Los Hollister



23

Y EL SECRETO DE LAS MARMOTAS

JERRY WEST

Pete Hollister oye en la televisión que unos bandidos enmascarados han robado un millón de dólares de un tren en Nueva Inglaterra.

Mientras, la familia recibe una petición de su amigo Fritz, un tallista alemán. Necesita que los Hollister vayan a un museo cerca de Foxboro para conocer las dimensiones exactas de una escultura de un indio, tallada en madera, y llamada Amigo de los Colonos.





Jerry West

Los Hollister y el secreto de las marmotas

Los Hollister - 23

ePub r1.1

nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Whistle-Pig Mystery*
Jerry West, 1964
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



POLICÍAS Y LADRONES



—«Negrito» ha perdido a su mejor amigo —dijo Holly Hollister —. Por eso el pobrecillo no quiere nada. Ni siquiera come.

Holly, con seis años y el cabello recogido en trenzas, se columpiaba sobre la verja que rodeaba el jardín de la fachada de los Hollister. En la hierba estaban sentadas sus dos hermanas: Sue, de cuatro años, con el cabello rubio, y la morena Pam, que ya tenía diez años. La mayor de las hermanas había cruzado las piernas y sobre ellas tenía a la gata «Morro Blanco» y sus cinco mininos. Mientras acariciaba a la gata madre, Pam comentó:

—¿Qué habrá sido de la marmota amiga de «Negrito»? ¿Adónde se habrá ido el animalito?

Las tres hermanas Hollister estaban muy encariñadas con «Negrito», el perro de caza propiedad de Indy Roades. El patio trasero de la casa de Indy, el indio que trabajaba con el señor Hollister, llegaba hasta los bosques. Y en ese bosque había vivido una linda marmotita con la que «Negrito» solía correr y saltar todos los días. Pero el minúsculo animal había desaparecido y ahora «Negrito» aullaba con pena, porque había perdido a su compañera de juegos.

—¡Ya sé! —exclamó Holly, bajando de la verja, de un salto—. Nos llevaremos a «Morro Blanco» y sus hijitos a casa de Indy. Así, «Negrito» jugará con ellos.

A Pam le pareció una buena idea.

—A lo mejor Pete y Ricky quieren acompañamos —dijo.

Al instante, Holly echó a correr para atravesar el césped, en dirección a su casa, situada a orillas del Lago de los Pinos, llamando a sus dos hermanos. Al pecoso Ricky, de siete años, le encontró sentado en las escaleras del porche, con un vaso a su lado. Tenía en la mano una pistolita de agua y estaba haciendo prácticas de puntería sobre una huidiza hormiga negra.

—¡Canastos! ¡Claro que me gustará ir! —repuso el pelirrojo cuando Holly le habló de los planes que tenían las niñas.

Sin pérdida de tiempo cargó de agua la pistola y se la encajó entre el cinturón.

Luego Holly entró en la casa, llamando a Pete, el mayor de todos los hermanos, que tenía doce años. El muchachito estaba sentado en la sala, delante del televisor.

—¡Zambomba! Tenías que haber visto lo que ha pasado en Nueva Inglaterra… ¡Han asaltado un tren! —informó.

Y cuando se reunió con todos sus hermanos, en el patio, les contó las últimas noticias. Cerca de Foxboro un tren había sido asaltado y unos bandidos enmascarados robaron la valija del correo, donde iba casi un millón de dólares en efectivo.

—Iba en tres sacas postales con las iniciales U. S. —siguió diciendo Pete—. La policía tiene rodeada toda el área.

—Me gustaría estar allí para ayudarles —dijo Ricky, empuñando su pistolita de agua. Y en seguida propuso—: ¡Juguemos a policías y ladrones!

—Ahora —contestó Pam—, vamos a llevar a «Morro Blanco» y sus hijitos a que hagan compañía a «Negrito».

Después de atravesar varias calles, los Hollister llegaron a la casa de Indy Roades. Entraron en el patio trasero y encontraron a «Negrito» tumbado en la hierba, junto a su caseta. Apoyaba la cabeza sobre las extendidas patas delanteras, y no hizo más que levantar la vista para mirar, tristemente, a los niños.

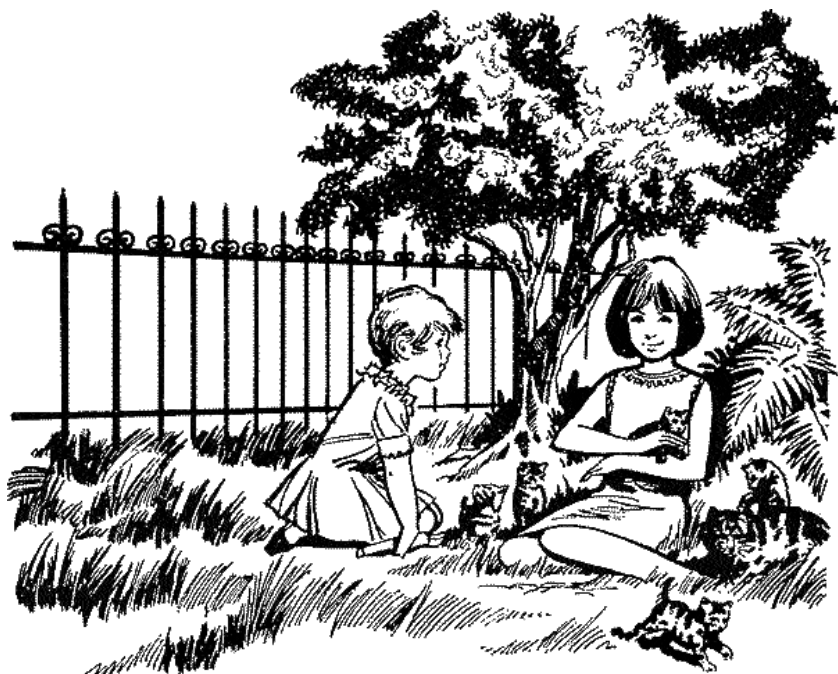
—Mira, te hemos traído nuestra gata y sus hijos, para que

jueguen contigo —comunicó al perro la cantarina vocecilla de Sue —. Ahora ya no estás solo, «Negrito», guapo.

El perro movió la cola sólo una vez. Luego volvió a quedar tristón. Las niñas dejaron a «Morro Blanco» y sus mininos en el suelo, y los seis lindos felinos desfilaron airosamente ante «Negrito». Pero éste continuó sin sentir el menor interés por ellos.

—No quiere que le molesten estos tontos gatos —opinó Ricky—. ¡Oíd! ¡Juguemos a policías y ladrones! Supongamos que los asaltantes del tren están en el bosque y nosotros les perseguimos.

—Y podemos utilizar a «Negrito» como perro policía —sugirió Holly, con los ojitos brillantes de emoción, ante tan magnífica idea.



—Id vosotros —dijo Pam—. Yo me quedaré aquí a cuidar de «Morro Blanco» y sus hijos.

—Yo «tamién» —resolvió la chiquitina Sue.

Pete, Ricky y Holly se internaron en el bosque, llamando a «Negrito» para que les acompañara. El perro de Indy obedeció, pero sin demostrar entusiasmo.

—Ven, «Negrito» —insistió Ricky—. ¡Hay bandidos, por aquí!

Empujando al «perro policía» delante, los tres «investigadores»

avanzaron sigilosamente, de puntillas, por el caminillo. Por él se llegaba a lo profundo del bosque, en donde los árboles eran más altos y estaban más juntos. En frente del grupo se elevaba una gran roca. Al pasar cerca de la roca, a Holly le cayeron encima varias piñas.

—¡Los asaltantes! —gritó deteniéndose y mirando a su alrededor llena de susto.

—¡Qué cosas te imaginas! —se burló Ricky—. Aquí no hay nadie.

Pero en aquel momento una piña rebotó sobre su nariz pecosa.

—¡Canastos! ¿De dónde ha venido?

Sin decir nada, Pete señaló la enorme roca. Era tan alta que no se podía ver la superficie, y cualquier persona que estuviera allí quedaba bien escondida.



Ricky guiñó un ojo y cabeceó, comprendiendo. Sin hacer ruido

se acercó a un abeto y trepó por él. Pronto llegó a la altura de la gran roca. Tendidos sobre la superficie de la roca, para no dejarse ver desde abajo, había dos chicos. Aunque no pudo verles la cara, Ricky les reconoció. Eran Joey Brill y su amigo, Will Wilson.

Sin hacer ruido, el pelirrojo sacó su pistola de agua y apuntó hacia la roca. Luego siseó:

—¡Chiiist!

Joey y Will volvieron las cabezas, sorprendidos, y… ¡puuuf! Un chorro de gotitas salpicó sus caras.

—¡Pete, les he alcanzado! —gritó el pecoso, bajando a toda prisa, para reunirse con sus hermanos.

Joey Brill, que siempre andaba molestando a los Hollister, se puso en pie y gritó:

—¡Os haremos pagar lo que habéis hecho!

—Bajad, bajad —invitó Pete.

—Estoy demasiado alto para saltar —gruñó Joey.

—Claro. Tendremos que bajar con precaución —añadió Will.

—Es una lástima. Nos veremos más tarde —repuso Pete.

Y él y sus hermanos regresaron hacia la casa de Indy. Delante de todos corría «Negrito».

—Hemos encontrado a los bandidos —anunció Ricky, riendo alegremente, cuando llegó junto a Pam y Sue. Y contó lo que había pasado con Joey y Will.

—Ahora querrán vengarse —dijo Pam, mientras ella y sus hermanas recogían los gatitos.

—Me parece que «Negrito» está un poquitín más contento —dijo Holly, cuando regresaban a casa.

Pronto estuvieron en el camino del jardín, que iba desde la carretera a la orilla del Lago de los Pinos. En el jardín, junto a la casa, vieron a su madre que estaba recogiendo flores.

—Tenéis carta, hijos —anunció, alegremente, la señora Hollister —. La encontraréis en la mesa del vestíbulo.

Pam corrió adentro y volvió con una carta con matasellos de Alemania. Después de abrirla a toda prisa, vio que la escribía un ancianito, tallista en madera, al que habían conocido en un viaje a la Selva Negra, en donde los hermanos Hollister resolvieron un misterio.

—¿Qué dice? —se interesó Sue, dando tironcitos de la falda de Pam.

—El señor Fritz necesita que le hagamos un favor.

Y Pam explicó que el tallista necesitaba conocer las dimensiones exactas de cierta escultura de un indio, tallada en madera, y llamada Amigo de los Colonos.

—Es una estatua, y el señor Fritz tiene un pedido para hacer otra igual —concluyó Pam.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¿Y dónde encontramos al Amigo de los Colonos? Puede estar en Alaska…

—Yo os diré dónde podréis encontrarla —intervino la señora Hollister, mientras se quitaba los guantes—. Indy Roades es aficionado a estudiar todo lo relativo a las esculturas indias. Tiene un libro con grabados de ellas.

—Gracias, mamá —contestó Pete—. Quizá podamos ver a Indy cuando vaya a su casa a comer.

El muchachito corrió al teléfono para llamar al Centro Comercial. Éste era una tienda donde se vendían artículos de ferretería, de deportes y juguetes, que el señor Hollister poseía en la parte comercial de la ciudad. Indy estuvo de acuerdo en recibir a los niños en su casa, al mediodía, para que vieran el libro de grabados.

Cuando volvió al patio, Pete vio que Ricky sacaba al burro «Domingo» de su pesebre, en el garaje, mientras las niñas contemplaban la escena. El pelirrojo se había sentado a lomos de «Domingo» y un hermoso perro pastor saltaba una y otra vez hacia él, ladrando ruidosamente.

—¡A callar, «Zip»! —ordenó Holly, que no cesaba de retorcerse una de las trencitas—. Tú no puedes montar. Además, ¡mírate! Estás todo mojado. ¡Ya has estado otra vez cazando ranas en el lago!

El perro se sacudió briosamente y dejó a las niñas cubiertas de gotitas de agua. Luego, corrió por el césped, para volver al lago.

La señora Hollister preparó unos bocadillos para que Pete y Pam comieran temprano. En cuanto hubieron terminado, los dos hermanos mayores se encaminaron a casa de Indy. Su amigo detenía el coche cuando ellos llegaron.

Indy Roades era un hombre bajo y ancho, con el pelo negrísimo

y la piel rojiza. Era un verdadero indio, perteneciente a la tribu Pueblo, de Nuevo Méjico. El joven indio sonrió afablemente al salir del coche.

—Así que también vosotros estáis interesados en las esculturas indias. Entrad, que os enseñaré el libro.

«Negrito» le siguió, tristón, hasta el interior de la casa, en donde Indy sacó de una estantería de su salita, un gran volumen a todo color. Pete y Pam se sentaron en el suelo y abrieron el libro.

—¡Qué bonitos colores! —exclamó Pam, mientras iban pasando las páginas en que se mostraban las tallas indias en madera, coleccionadas en todos los Estados Unidos.

—Estamos buscando una que se llama El Amigo de los Colonos —explicó Pete.

—¡Mira! ¡Mira! ¡Aquí está! —dijo su hermana.



El Amigo de los Colonos llevaba un gorro con plumas en su erguida cabeza. Tenía la barbilla firme y muy saliente y la nariz tan recta como una flecha. Sostenía una pipa de la paz y en su mano derecha mostraba tres mazorcas de maíz.

Pam leyó el texto. Decía que El Amigo de los Colonos estaba en un museo, llamado el Pueblo Pionero, de Foxboro, una ciudad de Nueva Inglaterra.

—¡Zambomba! ¡Foxboro! —gritó Pete—. Pero ¡si es donde hoy han asaltado el tren!

—Tal vez podemos ir allí y tomar las medidas del indio, como nos pide el señor Fritz.

—Y de paso encontrar a los ladrones del tren —añadió Pete.

Indy les dijo que podían llevarse prestado el libro, siempre que lo necesitaran. Después de dejarlo en el estante, el simpático indio llevó a los niños en coche hasta su casa, porque quería ver a su amiguita Sue. Los pequeños estaban en la cocina, comiendo, con su madre.

—¡Indy! ¡Indy! —Sue empezó a dar alegres saltitos y, tras bajar de su silla, corrió a saludar a su amigo.

Él la hizo girar, en sus brazos, un par de veces, luego la sentó sobre su cabeza.

—Soy un tótem —anunció Sue, entre risillas.

Indy la bajó al suelo, haciéndola describir un gran arco en el aire.

—Mamá, hemos averiguado dónde está El Amigo de los Colonos; en Foxboro, donde se ha cometido el robo al tren.

—¿Por qué no vamos todos allí? —propuso Ricky.

La señora Hollister movió lentamente la cabeza, indicando que no podía ser.

—Creo que no iréis, hijos. Ni papá ni yo podemos disponer de tiempo, ahora.

—¡Sapos fritos! —rezongó el pecoso—. Creí que podríamos resolver otro misterio y tener aventuras.

Indy empezó a silbar una tonadilla y miró al techo.

—Yo tengo unos cuantos días de vacaciones —dijo, distraídamente, como hablando con el aíre.

Holly comprendió en seguida y le echó los brazos al cuello.

—Entonces, tú podrás llevamos, Indy, guapín.

La señora Hollister intervino, objetando:

—¿Cómo iba a arreglárselas con cinco niños, Indy?

—Es que también estará Flor de Nieve —contestó el buen indio, con una sonrisa.

—¿Flor de Nieve? ¿Qué es eso? —se extrañó Holly.

—Es mi hermana. Sus amigos la llaman Emmy, pero su nombre indio es Flor de Nieve. Va a venir a visitarme. Tal vez entre ella y yo pudiéramos llevar a los hermanos Hollister a Foxboro…

—¡Oh, mamá, di que sí, por favor! —suplicó Pam.

La señora Hollister se echó a reír y contestó:

—Si Flor de Nieve está de acuerdo, por mí no hay inconveniente.

Sue dio un fortísimo abrazo a su madre, mientras Holly y Ricky empezaban a dar saltos y lanzar gritos de guerra, entusiasmados con la idea del viaje. Todos estuvieron muy contentos a lo largo del día.

Al atardecer, Pete tomó su juego de baloncesto y él y Ricky salieron a jugar en frente del garaje. «Domingo», desde su pesebre, contemplaba a los chicos. Cada vez que Ricky fallaba la tirada, el burro lanzaba un:

—¡Iiiih!… ¡Aaaah!

—Me pone nervioso —se lamentó el pequeño—. Por eso no hago buenas tiradas.

—Seguro —dijo Pete, volviendo a encestar Porque esta mañana tenías muy buena puntería con la pistola de agua.

Cuando se hizo demasiado oscuro para poder ver la red, Pete dejó su juego junto al garaje y él y su hermano entraron en la casa. Poco después, Pete iba a telefonear para hablar con Dave Meade, su mejor amigo. Dave tenía la edad de Pete y vivía cerca de los Hollister.

—¡Hola! Me he enterado de que os vais a Foxboro —dijo Dave.

—¿Cómo puede ser?



—Holly ha ido dando la noticia —repuso Dave, con una risilla —. Mis padres conocen una familia en Foxboro.

—¿De verdad? ¿Quiénes son?

—Venid a casa Pam y tú, que hablaremos de todo.

El mayor de los Hollister explicó a su padre a dónde deseaban ir y por qué. El alto y atlético señor Hollister contestó:

—De acuerdo. Pero no vengáis demasiado tarde. —Luego sonrió, comentando—. Ya veo que andáis metidos en nuevos trabajos detectivescos. Esos asaltantes del tren deben vigilar sus pasos.

Riendo alegremente, Pete y Pam salieron de casa. Al pasar junto al garaje, oyeron un ruido.

—¿«Zip»? ¿Eres tú? —preguntó Pam.

No obtuvo respuesta. Pero, un momento después, «Domingo» rebuznó.

Pete se detuvo y cuchicheó a su hermana:

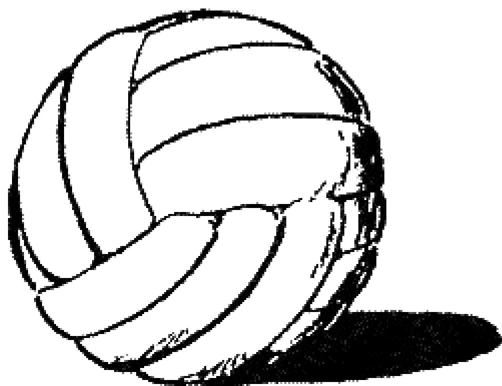
—¿Crees que habrá alguien husmeando por el jardín, Pam?

Apenas había terminado de hablar cuando…

¡CLOC!

Algo duro golpeó con fuerza la cabeza de Pete.

UNA BÚSQUEDA MISTERIOSA



Pete dio un grito de sorpresa cuando una de sus pelotas de baloncesto le golpeó en la cabeza. Dio media vuelta, a toda prisa, y levantó la vista. A pesar de la oscuridad pudo ver a Joey Brill arrodillado en el tejado del garaje.

—¡Ya está! Hemos quedado igualados —gritó el camorrista.

Corrió por el borde del tejado y saltó a tierra por el otro extremo, mientras Pete iba a buscar la pelota. Cuando este último volvió, Joey ya había desaparecido entre las sombras.

—¿Estás herido? —le preguntó Pam.

—No. Estoy bien —respondió su hermano, yendo a dejar la pelota en el garaje—. Vamos. Veremos qué nos dicen los padres de Dave, sobre Foxboro.

Había un trayecto de sólo cinco minutos hasta la casa de Dave, pero Pete y Pam aún ahorraron tiempo atravesando un solar vacío que había detrás de la propiedad de los Meade, y llamaron a la puerta trasera de la casa.

—Hola —saludó Dave—. Me imaginé que vendríais por aquí.

El amigo de Pete, que era alto y tenía el cabello lacio, acompañó a los Hollister a través de la cocina, hasta la sala, en donde estaban

sus padres leyendo.

—¿Qué hay, Pete? Hola, Pam —dijo la señora Meade.

Su marido, un hombre bajo y ancho, levantó la vista del periódico y les saludó con un cabeceo.

—Nos hemos enterado de que os vais a Foxboro.

—Os gustará todo aquello —añadió la esposa—. Sobre todo, el Pueblo Pionero.

La señora Meade explicó que el lugar lo constituían históricos edificios antiguos, que habían sido trasladados a los terrenos del museo.

—¿Y ustedes conocen gente en Foxboro? —preguntó Pam.

—Sí. A los Culver —repuso el señor Meade—. Son viejos amigos nuestros. Tienen una niña de la edad de Holly, más o menos.

—Eso es estupendo —contestó Pam—. ¿Y cómo es esa niña?

—Muy linda, aunque… —la señora Meade titubeó.

—¿Qué? —insistió Pam.

—Pues… Tal vez lo averigüéis por vosotros mismos, pero confío en que no. Puede que ahora haya cambiado.

Pete y Pam quedaron asombradísimos.

«¿Por qué tanto misterio?» —pensó Pete.

Y Pam estaba a punto de hacer aquella misma pregunta en voz alta, cuando la señora Meade pidió que la perdonaran un momento, pues tenía que hacer una llamada telefónica.

—Vamos a escuchar las noticias —propuso, entre tanto, el señor Meade, extendiendo un brazo para conectar la televisión.

La primera información que el locutor leyó fue relativa al robo del tren de Foxboro. Además, proyectaron vistas de la ciudad y del Pueblo Pionero. Una gran casa de madera blanca apareció en la pantalla.

—Ésta es la famosa Posada de la Diligencia —informó el locutor.

En seguida presentaron el interior del viejo edificio y los teleespectadores pudieron ver una gran sala y, a cada lado de ella, una hilera de indios tallados en madera. Pero la escena cambió pronto y ni Pete ni Pam pudieron identificar al Amigo de los Colonos. Aunque el presentador continuó explicando que aquellas tallas eran de gran valor por ser poco comunes.

Cuando terminó el boletín informativo, Dave desconectó el

televisor.

—Vaya… No sabía que los indios de madera fuesen tan valiosos —dijo.

—Indy Roades tiene un libro que habla de ellos —le explicó Pam—. Y algunos valen mucho dinero.

—Yo sé dónde hay una talla india —anunció el señor Meade.

—¿Tú? ¿Dónde, papá?

—Pensaba haberte hablado de ello cuando llegué de la oficina —le contestó el padre.

El señor Meade, que trabajaba en la compañía de servicios públicos de Shoreham, dijo a los niños que uno de sus obreros había ido al sótano de una casa vacía para recoger un contador de gas.

—Las personas que vivían antes allí están a punto de vender la casa —añadió—, por eso nosotros nos llevamos el contador, que necesitaba ser reparado.

El señor Meade siguió explicando que el obrero le había dicho que en aquel sótano había visto la escultura de un indio tallada en madera.

—¿Crees que podríamos ir a verlo, papá? —preguntó Dave.

—Claro que sí. ¿Por qué no venís a mi oficina mañana y yo averiguaré dónde está, exactamente?

—Iremos —dijo Pete, con entusiasmo.

—Creo que ahora tendremos qué marchamos —recordó Pam. Y como la señora Meade seguía en el teléfono, dijo a Dave—: Dale las buenas noches por nosotros.

—Muy bien —contestó Dave—. Iré a buscaros mañana, a las nueve.

Pete y Pam salieron de casa de los Meade y echaron a andar, atravesando el solar. De repente oyeron un crujido entre los matorrales de en frente.

—¡Si es Joey Brill, esta vez no me pillará desprevenido! —cuchicheó Pete.

Un momento después, de detrás de la maleza salía un chico. Dando un gran salto, Pete se precipitó sobre él y los dos rodaron por el suelo.

—¡Eh, déjame levantarme! ¿Qué te pasa? —protestó la voz de Ricky.

Asombrado, Pete soltó a su hermano.

—Pero ¿eres tú? —preguntó, riendo, mientras ayudaba al pequeño a levantarse.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ricky? —le preguntó Pam.

—¡Foxboro y el Pueblo Pionero, y la Posada de la Diligencia! —dijo el pecoso, sin aliento—. ¡Salieron en la televisión! El teléfono de los Meade estaba comunicando. Por eso he venido yo mismo a decíroslo.



—Ya lo sabemos —contestó Pam—. Hemos visto el programa. Pero, de todos modos, gracias.

Mientras se dirigían a casa, Pete habló del indio de madera que el obrero del señor Meade había visto en un sótano.

—¡Canastos! ¡Qué estupendo! —exclamó Ricky—. ¿Creéis que será tan valioso como los otros?

—Espero que sí —contestó Pete.

—Creo que las estatuas de indios en madera son preciosas —declaró Ricky, muy convencido.

A la mañana siguiente, aún no habían terminado Pete y Pam el desayuno, cuando llegó Dave.

—¿Estáis preparados para ir a la búsqueda del indio? —preguntó, sonriendo alegremente, al entrar en el comedor de sus amigos.

Pete acabó de beber la leche, dobló la servilleta y se levantó de

la mesa.

—Estoy preparado, Dave —contestó.

—Yo también —dijo Pam—. ¿Creéis que nos hará falta una linterna?

—Sí —opinó Dave—. Puede que el sótano sea muy oscuro, sobre todo siendo de una casa vieja.

Mientras Pam iba a buscar la linterna, Holly y Ricky anunciaron, a voces, que querían tomar parte en aquella aventura de los mayores, pero la señora Hollister les hizo callar, diciendo:

—Tenéis que hacerme varios encargos. Esta mañana, no puedo prescindir de vosotros.

Holly y Ricky quedaron muy hoscos y desencantados, pero Pete prometió:

—Si encontramos algo raro, podemos telefonearos para que vayáis a verlo.

—No os olvidéis —suplicó Holly, haciendo un mohín.

—Si os encontráis en apuros, avisadnos —se ofreció Ricky, abombando el pecho con aire poderoso.

—No nos asustará nada —le tranquilizó Pete.

Unos minutos después, él, Pam y Dave, se encaminaban al centro de la ciudad. Cuando llegaron a las oficinas de los servicios públicos, Dave les guió hasta el ascensor, en el que subieron hasta el cuarto piso.

—La oficina de papá está por aquí —dijo Dave.

El señor Meade, que estaba sentado ante su escritorio, se levantó para saludarles.

—Llegáis oportunamente —dijo—. He estado hablando con Mike, uno de nuestros encargados de reparaciones. Tiene que hacer un trabajo unas casas más allá de la que habitaron los Quinn, y él se ocupará de llevaros en un vehículo de la compañía.

Pete miró a su hermana. Ella sonrió, moviendo la cabeza de arriba abajo con gran decisión.

—Bien. Podemos ir ya —dijo el padre de Dave.

Bajó con ellos en el ascensor y salió a la parte trasera del edificio, donde un hombre de expresión alegre, vestido con un mono, les fue presentado como Mike.

—Déjales en la casa de los Quinn, Mike. El sótano está abierto.

Estoy seguro de que a los Quinn no les importará que entren.

Y el señor Meade explicó, luego, que los Quinn eran un matrimonio de edad que se habían ido a vivir a una casa de apartamentos.

—Muy bien —dijo Mike, haciendo un guiño—. Creo que cabremos todos delante, aunque sea algo apretados, si Pam se sienta en las rodillas de alguno. ¿Con quién preferirá?

—En las de Dave, naturalmente —repuso Pete, riendo y haciendo que su hermana se pusiera colorada como una cereza.

Cuando todos estuvieron instalados en la camioneta, Dave se comportó muy serio, sin decir ni una palabra en todo el trayecto. Mike condujo hasta una calle corta, de la parte vieja de la ciudad, hasta detenerse frente a una casa grisácea. Al bajar, Pam se fijó en que las cortinas y persianas habían sido retiradas y todo el edificio presentaba el aspecto de estar desierto.

—¿Podréis volver a casa por vuestra cuenta? —les preguntó Mike.

—¡Claro que sí, zambomba! —contestó Pete—. Gracias por habernos traído.

—Me alegro de haber sido útil —aseguró el operario, antes de reanudar la marcha.



Una fuerte ráfaga de viento alborotó los cabellos de Pam, mientras ella, Pete y Dave corrían hacia la parte posterior de la casa. Allí encontraron una puerta de sótano, de las antiguas, por las que tanto gusta a los niños colarse. Entre Pete y Dave abrieron las dos hojas de aquella puerta, tanto como les fue posible, teniendo en cuenta que los goznes estaban oxidados.

Pete abrió la marcha por un corto tramo de escaleras de piedra que llevaban hasta una puerta interior. Al abrirla les dio la bienvenida un fuerte olor a humedad.

—¡Qué casa tan vieja! ¡Lo menos tiene cien años! —calculó Dave.

Pam encendió la linterna y fue haciendo pasar el haz de luz por toda la estancia sombría.

Los tres avanzaron con cautela. Pam se sacudía el cabello para quitarse las telarañas que se le iban adhiriendo. Al poco, la luz de la linterna les permitió ver una estrecha abertura en la pared. Enfocando el interior, vieron que aquélla era la entrada a un

cuartito en el que se guardaban varias cestas vacías.

—Debía de ser un sótano para guardar fruta —opinó Pete—. En las casas antiguas solían guardarla así.

Los tres niños siguieron avanzando y pasaron ante un horno, ennegrecido por el humo. De repente sonó un ¡Bom! estremecedor, y el sótano se oscureció más todavía.

—¡Huy! —exclamó Pam—. ¿Qué ha sido eso?

—Creo que el viento ha cerrado las puertas de fuera —contestó Dave, que añadió, impaciente—: Pero ¿dónde estará ese indio de madera?

La luz de la linterna fue iluminando todos los rincones, pero en ninguna parte se veía la figura de madera.

—Puede que alguien la haya encontrado antes que nosotros y se la haya llevado —dijo Pam.

—Pero el obrero la vio ayer mismo —repuso Dave.

—Estoy pensando que si se cierran las dos puertas podemos quedar encerrados aquí. Voy a asegurarme de que las dos queden abiertas.

—Yo te ayudaré —se ofreció Dave.

Los dos chicos subieron las escaleras y empujaron la puerta que se había cerrado.

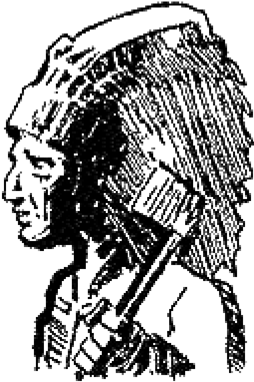
Entre tanto, Pam fue iluminando las paredes de abajo, hasta detenerse en un panel de madera, largo y estrecho.

«¿Será un armario? —se preguntó—. Sí, claro. Hasta tiene un picaporte».

Sus dedos se cerraron sobre el frío pomo y de un tirón, abrió. Luego pasó el haz luminoso por el interior, escudriñando todos los rincones. Desde arriba, un rostro terrible la contemplaba. Pam dio un grito.

¡Pam casi se desmaya de terror!

EL INDIO MALHUMORADO



El estremecedor grito de Pam hizo que los dos chicos volvieran apresuradamente a donde ella estaba.

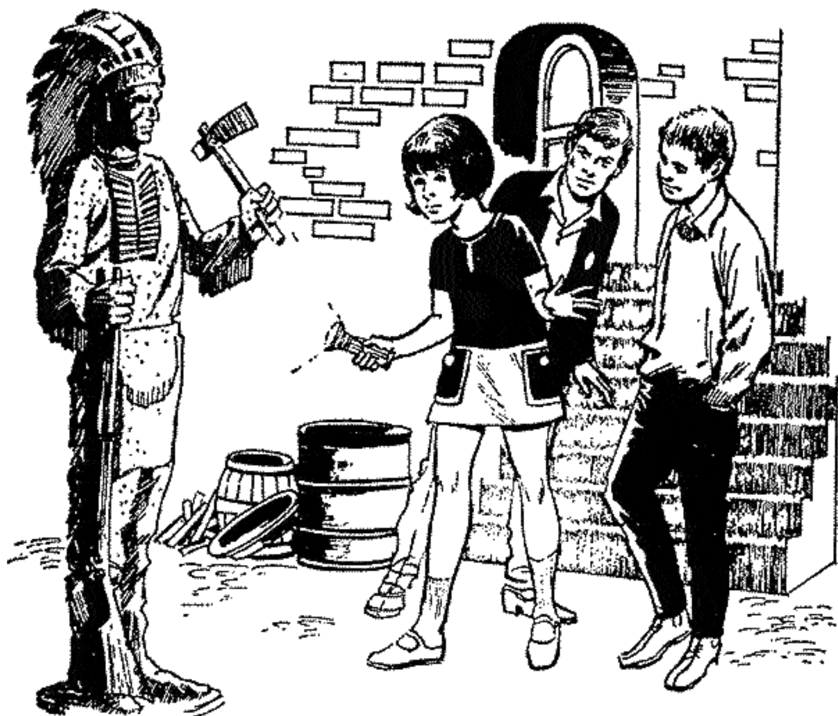
—¡Oh! Só… sólo ha sido… el indio de madera. —Pam respiró profundamente. El corazón le latía con gran rapidez—. Me ha asustado.

—No me extraña —dijo Pete, contemplando la cara ceñuda.

A la luz de la linterna, los altos pómulos daban una profunda sombra a las cuencas de los ojos y la boca apretada tenía un aspecto amenazador. Además, en la mano izquierda, levantada, llevaba un hacha de guerra. En su derecha, con la culata descansando sobre la base de la estatua, había un rifle de madera.

—No es un indio muy simpático —comentó Dave—. No es raro que lo escondieran en un armario.

—Hay que sacarlo —dijo Pete.



A empujones y tirones, entre los dos chicos lograron sacar de su nicho la gran figura, que dejaron en pie, en el suelo del sótano.

—A lo mejor podríamos quedarnos con él —dijo Dave que estaba sacudiendo el polvo de los hombros del indio.

Pam opinó que podían ponerse en comunicación con los señores Quinn, los propietarios de la estatua.

—Yo les telefonearé —se ofreció Pete.

—Muy bien. Nosotros vigilaremos al indio —declaró Dave.

Pete subió las escaleras y respiró profundamente al salir a la luz del sol. Descendió por la calle y dos manzanas más allá llegó a un puesto de caramelos que tenía cabina telefónica. Pete abrió el listín en la Q y pasó un dedo por toda la columna de nombres. Encontró cinco Quinn con diferente teléfono.

«¡Zambomba! No voy a tener bastantes monedas para telefonear a todos» —pensó.

Decidió recurrir al vendedor de caramelos para hacerle unas preguntas sobre el matrimonio que se había trasladado de casa.

—Él se llamaba Peter J. Quinn —le contestó el hombre.

Pete sonrió.

—Tiene el mismo nombre que yo —dijo.

De este modo, pudo encontrar en seguida el número exacto. Fue una voz trémula, de mujer, la que contestó a su llamada.

—Soy Pete Hollister —dijo el muchachito—. Mi hermana Pam, mi amigo Dave Meade y yo acabamos de ver el indio que tienen ustedes en el sótano de su casa vieja. Puede ser de mucho valor y queríamos saber si ustedes…

Pete fue interrumpido por la voz de la señora. Según escuchaba Pete empezó a sonreír, alegremente.

—¿De verdad? ¿Podemos quedarnos con él? ¿Sin pagar nada? ¡Gracias, gracias, señora Quinn! —exclamó antes de colgar.

Pete volvió a la vieja casa corriendo todo el camino y llegó sin aliento al sótano.

—¡Podemos quedarnos con el indio! —gritó.

—¿Te han dado permiso los señores Quinn? —preguntó Pam, que seguía manteniendo encendida la linterna.

—¡Claro que sí! —repuso Pete, más que contento—. La señora Quinn dice que no quiere volver a ver a ese odioso indio. Que siempre le asustaba. Por eso lo metió en el armario.

—Pero ¿cómo nos lo llevaremos a casa? —dijo Pam.

Haciendo chasquear los dedos, Pete contestó:

—Tengo una idea. Si traemos el trineo de Ricky y el de Donna Martin, poniendo los dos juntos, podríamos tender encima al indio. Así lo llevaríamos a casa arrastrando.

—Muy bien. Esta vez telefonearé yo —dijo Pam.

Salió a toda prisa, a telefonear a Ricky, mientras los dos chicos quedaban en el sótano. La niña volvió muy pronto, diciendo que Holly, Ricky, Donna Martin y Jeff y Ann Hunter llegaban en seguida a prestar su ayuda. Llevarían tres deslizadores.

—¡Eso es estupendo! —declaró Dave.

Mientras esperaban, Pam estuvo mirando por el sótano y encontró un vestido viejo con el que limpió el polvo al indio. A pesar de todo, el hombretón de madera seguía resultando muy enfurruñado y feo.

—Necesitas un baño —dijo Pam al ceñudo salvaje.

—Mirad. Se le puede quitar el rifle del brazo —observó Dave.

Pete quitó al indio el arma de madera y la sacó a la calle, donde Dave la examinó a la luz del día.

—¡Zambomba! Si parece un fusil de verdad —dijo Pete, cuando su hermana subió a admirar también el arma.

Después de contemplarla largo rato, los tres se sentaron en los peldaños que bajaban al sótano, para esperar a los demás. Había transcurrido casi media hora cuando oyeron gritos y risas, procedentes del final de la calle. Pam se puso en pie y fue a mirar.

—¡Ahí llegan! —anunció.

Los cinco niños caminaban, cantando alegremente, y tirando de sus deslizadores. En uno de ellos viajaba, orgullosa, Sue. Cuando el grupo estuvo cerca, Pam pudo ver que en el trineo de los Hollister había varias cuerdas.

—¡Venimos a capturar a un indio! —anunció a gritos Ricky, mientras la fila de niños penetraba en el patio trasero de la casa.

—Muy bien —contestó Pete—. Entrad y os echaremos una mano para que dominéis a este fiero guerrero.

—¡Es divertidísimo! —dijo Donna, la gran amiga de Holly, que tenía las mejillas encamadas de emoción.

—Decidnos qué tenemos que hacer —pidió Ann Hunter, la niña de cabello ensortijado que era la mejor amiga de Pam.

Jeff, el hermano de Ann, que tenía ocho años, no dijo nada, pero los ojos le despedían chispitas de entusiasmo.

—Ann, entre tú, Donna y Jeff podéis atar los trineos juntos —indicó Pete—. Los demás, venid conmigo.

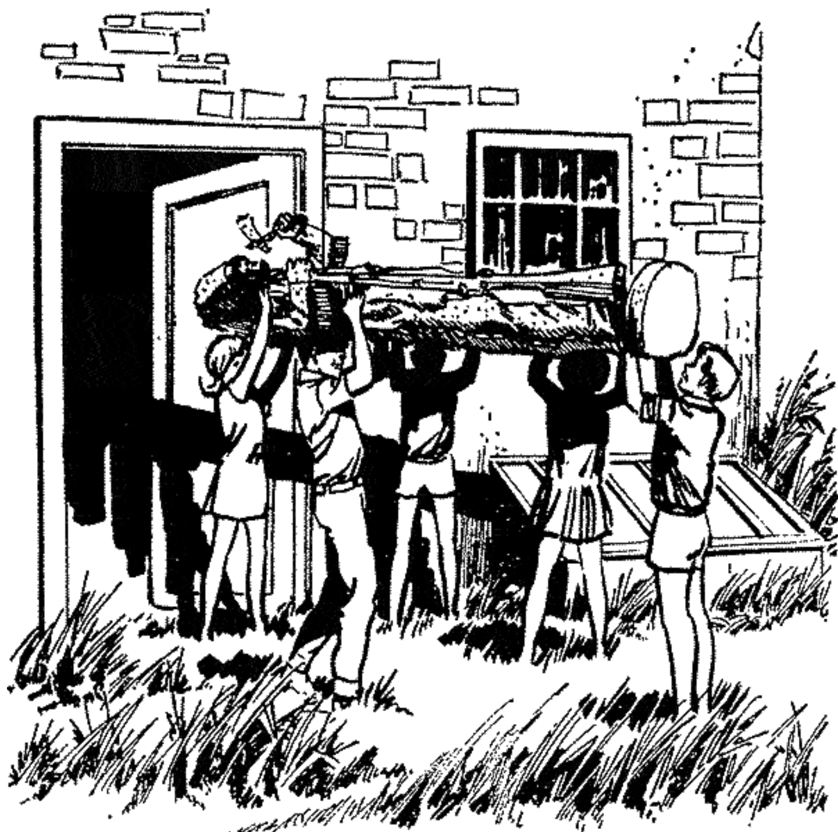
Cuando entraron en el sótano, Pete volvió a dejar el rifle junto al indio. Luego, entre él y Dave lo tendieron en el suelo y varias manos lo tomaron con precaución para llevarlo a la luz del día.

—Ya están los trineos preparados —anunció Ann.

—Muy bien. Pues hay que tumbar al indio encima, con cuidado —dijo Dave.

¡El enorme indio ocupaba dos trineos y medio! Muy pronto estuvo sólidamente atado.

—Bueno. Tendríamos que poner un nombre a este buen hombre —consideró Dave, mientras el grupo se ponía en marcha.



—Parece un apache salvaje —dijo Pam.

—Me gusta mucho Parche —hizo saber, muy oronda, Sue.

Al oírla, todos rieron de buena gana. Pero Pam dijo:

—A mí me parece que ése es un buen nombre. Le llamaremos «Parche».

Cuando las ruedas de los trineos pasaron sobre un agujero de la acera, el extraño vehículo sufrió una sacudida y el rifle se estremeció sobre el costado del indio.

—Pete, me gustaría llevar un rato ese rifle. ¿Me dejáis? —preguntó el pecoso.

—Muy bien. Pero no hagas tonterías. Forma parte de la estatua y no podemos perderlo.

—Tendré cuidado —prometió, gravemente, Ricky.

Pete y Dave se ocuparon de extraer otra vez el rifle y se lo tendieron a Ricky. Sonriendo, feliz, el pelirrojo se echó el arma al

hombro y caminó marcialmente.

Los demás se fueron turnando para tirar unas veces por delante de los trineos y otras veces para empujarlos por detrás. Los transeúntes se detenían a mirar y sonreían al ver la extraña mercancía.

—¿Adónde vais a enterrar al jefe Lluvia Sobre el Rostro? —preguntó un señor, echándose a reír.

—¡Vaya, vaya! —exclamó una señora—. Veo que habéis capturado a Toro Sentado.

—Sí. Pero está tan cansado que ya no va a poder sentarse nunca más —contestó la traviesa Holly—. Por eso va acostado.

Estaba llegando la alegre caravana a la carretera de Shoreham cuando por ella pasó Joey Brill en su bicicleta.

—¿Qué lleváis ahí? —preguntó.

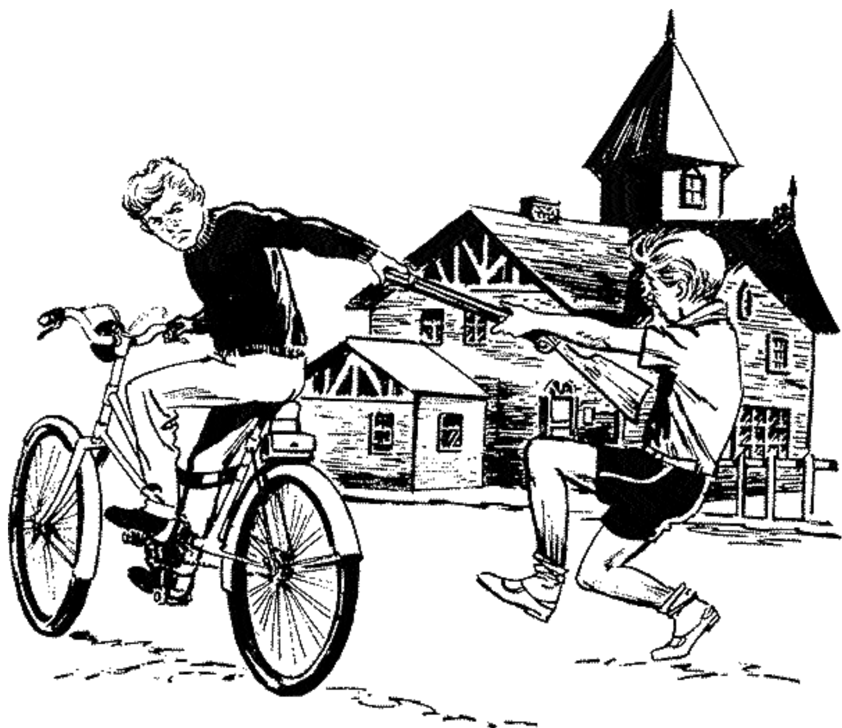
—Al indio «Parche» —contestó Sue.

Joey pedaleó para acercarse a la figura de madera, pero lo que miraba con interés era el rifle de Ricky. De repente, tan rápidamente que Pete no pudo impedirlo, el camorrista tiró del arma que llevaba al hombro el pecoso.

—¡Quieto! —protestó Ricky, cogiéndose a la culata con las dos manos.

Joey siguió tirando del cañón y pedaleó. Pero Ricky no soltó el arma y se encontró yendo detrás de Joey, medio corriendo, medio arrastrado.

—¡Suelta el rifle! —vociferó Joey.



Al mismo tiempo se volvió para mirar a Ricky amenazadoramente. Pero al hacerlo, la bicicleta fue a parar contra un árbol. El chicazo se precipitó de cabeza, sobre la hierba que rodeaba el árbol, soltando el rifle. Ricky aprovechó el momento para agarrar debidamente el arma y correr junto a los demás.

—¡Mira lo que has hecho! ¡Por tu culpa he chocado! —dijo Joey, rabioso, mientras se ponía en pie y levantaba su bicicleta.

—Te lo has hecho tú mismo —le contestó Pete—. No eches la culpa a mi hermano.

En ese momento, el oficial Cal, el joven policía amigo de los Hollister, pasó en su coche patrulla. Al verle, Joey saltó rápidamente sobre su bicicleta y desapareció pedaleando.

—¡Mire, oficial Cal, tenemos un viejo indio! —dijo Holly.

El policía detuvo su coche, bajó y fue a contemplar la figura atada a los trineos.

—Este hombre parece haber sostenido una dura lucha —bromeó el policía.

—Él, no; pero Ricky, sí —rió Pete—. Ha tenido que recuperar el

rifle.

—Creo que Joey querrá volver a quitárnoslo —dijo Ann Hunter.

—Por si acaso, os daré escolta policial hasta casa —se ofreció Cal.

Volvió a su coche y condujo lentamente junto a los niños, hasta que éstos desmontaron la talla de madera en la propiedad de los Hollister. Todos le dieron las gracias y el policía se alejó en su coche.

—Guardad a «Parche» aquí, en vuestra casa —dijo Dave.

—Muy bien —repuso Pam—. Le voy a dar un buen baño con agua y jabón.

La señora Hollister salió de la casa cuando Ann ayudaba a Pam a lavar al indio. Al terminar el aseo, los colores rojo, amarillo y verde del indio brillaban deslumbradoramente.

—«Parche» está elegantísimo —afirmó la señora Hollister, contemplando con admiración al indio, que había sido colocado en pie, en el centro del patio.

Una hora más tarde, cuando el señor Hollister llegó en el coche, para comer, fingió sentirse asustado por la figura de expresión tremebunda.

—¿Crees que me atacará, Sue? —preguntó, al detener el coche.



—¡Pero, papito, si es de madera! —dijo la chiquitina—. ¿Ves?

Y valerosamente, Sue se acercó a dar unas palmadas al indio.

—Tengo una idea —dijo Pete—. ¿Por qué no colocamos a «Parche» a la entrada del Centro Comercial, esta tarde? Atraería muchos clientes.

—Buena ocurrencia —aplaudió el padre, encaminándose al teléfono para hablar con Indy Roades—. Hola, Indy. Quisiera que vinieses a casa con la camioneta. Hay un hombre de tu tribu que desea ver el Centro Comercial.

Indy, lleno de curiosidad por lo que había dicho su jefe, llegó en seguida con la camioneta. Al ver a «Parche» sonrió, complacido.

Poco rato después y durante toda la tarde, delante del Centro Comercial del señor Hollister, en la parte céntrica de la ciudad, se agolpaba la gente. Todos contemplaban al indio de madera que les miraba con fiereza, empuñando un «tomahawk» en una mano y en la otra un rifle. Los hermanos Hollister, situados a un lado, contemplaban la escena. Un hombre comentó:

—Apostaría algo a que es la única talla india que hay en la

ciudad.

Al oír aquello, Sue entró en la tienda para decirle a su padre:

—Papaíto, «pensó» que el pobre «Parche» está demasiado solito.

—Y ¿qué solución se te ha ocurrido?

—Que sería más «filiz» con otros indios de madera.

—Es posible —le contestó el padre, mientras envolvía una raqueta de tenis que acababa de adquirir un joven.

Éste miró a la chiquitina y preguntó:

—¿Te refieres a los que salieron por televisión anoche? ¿Los del Pueblo Pionero de Foxboro?

—¡Sí, sí! Así, «Parche» tendría montones de amigos.

Después que el cliente se marchó, el señor Hollister telefoneó a Foxboro. El director del Pueblo Pionero le dijo que aceptaría muy gustoso el indio, como regalo.

—Pregúntale cómo es el Amigo de los Colonos —apuntó Sue.

El señor Hollister preguntó por aquella figura y le dijeron que era una de las tallas que se exhibían.

—Magnífico —repuso el señor Hollister—. Nosotros podemos añadir otra. Es decir…, si mis hijos están de acuerdo. Después de todo, el indio es de ellos.

Sue salió corriendo a decir a los demás lo que sabía.

—Buena idea —dijo Pam.

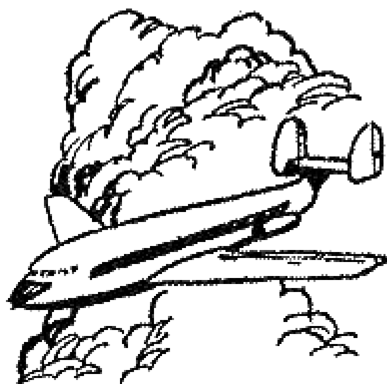
—Mi voto es sí —dijo Pete—, si a Dave le parece bien.

—¡Viva! —gritó Holly—. ¡Cuando venga Flor de Nieve nos llevaremos a «Parche» de viaje al Pueblo Pionero!

Holly miró a su alrededor, buscando ya a Ricky para hablar de aquella novedad. Pero por entonces ya no había muchos curiosos y vio que su hermano estaba algo alejado de la estatua de madera y estaba haciendo oscilar un lazo. Cuando fue lo bastante largo, Ricky lo hizo pasar alrededor de la cabeza de «Parche». Luego dio un tirón que a él le pareció suave. Pero fue lo bastante fuerte para que el pobre indio se tambalease.

—¡Canastos! ¡Se está cayendo! —gritó el pecoso.

UNA HUCHA MARMOTA



Pete y Pam corrieron junto al tambaleante indio, y lo mismo hicieron varias personas mayores. Entre todos empujaron la figura de madera hasta dejarla debidamente firme.

—Lo siento mucho —dijo Ricky, bajando la cabeza—. El pobre «Parche» me va a tomar antipatía por lo que he hecho.

Al oír el alboroto, el señor Hollister había salido de la tienda, a tiempo de ver cómo se salvaba la estatua de una gran caída.

—Creo que nuestro indio estará más seguro en casa —dijo—. Por hoy, ya hemos hecho bastante propaganda del Centro Comercial.

—Sí, sí —asintió Pam—. ¿Podremos volver a llevarle en la camioneta?

El padre contestó que sí y llamó a Indy, que llevó el vehículo hasta la fachada de la tienda. Entre Pete y el señor Hollister cargaron a «Parche» en la parte trasera de la camioneta, con fusil y todo. Los niños se instalaron junto a la figura. Cuando llegaron a casa de los Hollister, Holly y Pam insistieron para que se llevase dentro al indio de madera.

—La sala será el lugar más seguro para él —opinó Pam.

—Sí. Así podremos hacer compañía a «Parche» toda la noche —añadió Holly.

Con la ayuda de todos, el tesoro de los Hollister fue conducido al interior de la casa, hasta situarle junto al gran reloj de pared de la sala. Los niños dieron las gracias a Indy y, cuando éste se marchó, Pete fue al teléfono para llamar a Dave.

Cuando la señora Hollister bajó, a ver qué ocurría, sonrió y dijo:

—¿Qué, hijos? ¿Vamos a tener un huésped permanente en nuestra casa?

—No, no, mamaíta —contestó Holly—. «Parche» se marchará a vivir al Pueblo Pionero, con los demás indios de madera.

—Si Dave está de acuerdo —recordó Pam a su hermana.

—¡Yo creo que dirá que sí, canastos! —exclamó Ricky.

—Ha dicho que sí —anunció Pete, unos minutos más tarde.

—Eso está bien —dijo la señora Hollister—. Pensé que tal vez haríais una tienda india para «Parche», si se quedaba aquí.

Aquella noche Indy Roades telefoneó a los Hollister y dijo que su hermana Flor de Nieve llegaría al día siguiente, en el avión del mediodía.

—Le ha parecido que sería buen día el domingo para llegar aquí, puesto que hemos planeado salir para Foxboro el lunes.

—¿Podemos ir nosotros a esperarla? —pidió Pam.

Indy contestó que sí.

La espera de nuevas aventuras hizo que, al día siguiente, todos los niños se despertaran temprano. Holly fue la primera en bajar las escaleras. Al llegar a la planta baja dio un grito.

—¡Dios mío! ¿Qué es lo que pasa? —preguntó Pam, bajando a toda prisa por las escaleras.

Holly se tapó la boca con la mano. Con la otra señalaba la cabeza del indio de madera. En la parte más alta del indio se encontraba… ¡«Morro Blanco», la gata! El animal alargaba la cabeza para contemplar el rostro del indio.

—¡«Morro Banco», baja en seguida, no sea que hagas cosquillas a «Parche» y el pobre estornude! —dijo Holly, entusiasmada.

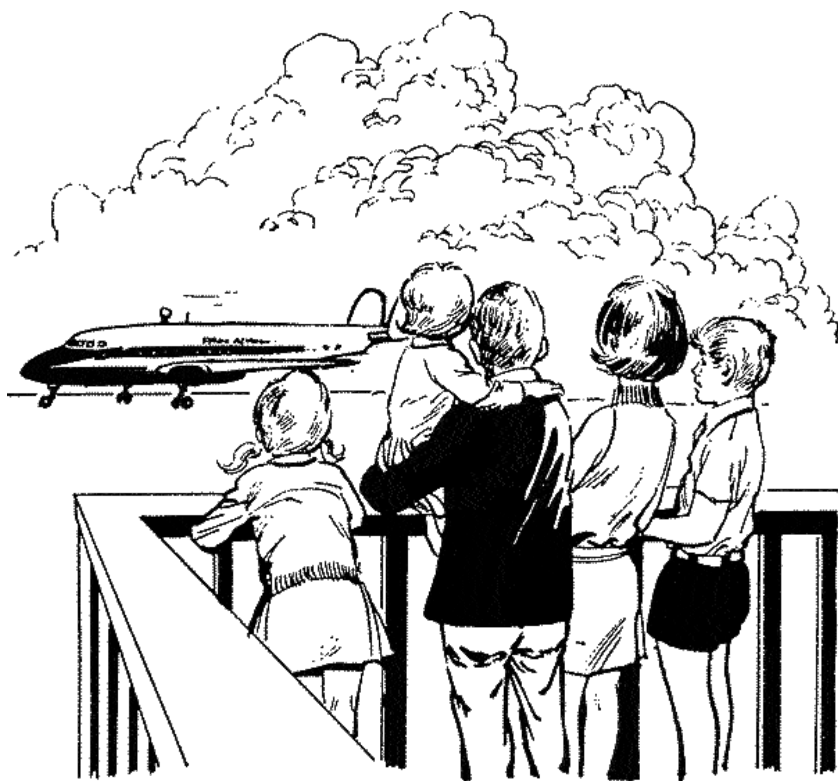
Cuando los demás bajaron a toda prisa, para contemplar la escena, «Morro Blanco» saltó al suelo y corrió al sótano, para reunirse con sus pequeños. Las caritas de todos los niños

resplandecían de entusiasmo mientras se arreglaban para ir a la iglesia. Luego, la señora Hollister llevó a sus hijos al aeropuerto, en la furgoneta.

Llegaron diez minutos antes de que tomara tierra el avión de Flor de Nieve. Por eso tuvieron tiempo de ir a la plataforma de observación para ver la entrada del avión.

—¡Ahí está! —exclamó Pete, cuando el enorme aparato se deslizó por la pista y fue a detenerse ante el edificio principal.

Pronto los pasajeros empezaron a salir como en cascada. Seis pares de ojos —los de los Hollister— se iban posando con insistencia en cada viajero que asomaba por la portezuela.



—¡Canastos, mamá! No veo a Flor de Nieve —dijo Ricky.

—Ni yo —añadió Pam.

Al fin entró el último viajero en el edificio. Los cinco Hollister miraron a su madre con desaliento.

—¡Zambomba! No ha venido. Ahora no podremos ir a Foxboro

—se lamentó Pete.

—Puede existir algún error —repuso la señora Hollister—. ¿Os dijo Indy cómo era su hermana?

Ricky contestó resueltamente:

—¡Tiene que ser como una india! ¡Claro!

Pero la madre opinó:

—En ese punto podemos estar todos equivocados. Vamos de prisa a la sala de espera.

Los niños bajaron del observatorio y atravesaron el edificio principal del aeropuerto, mirando, durante el trayecto, a todos los que pasaban.

«Qué tonta soy —se dijo Pam, mientras miraba los rostros de todos los que pasaban—. Emmy Roades no va a ir vestida con ropas de india».

Seguía la señora Hollister mirando y buscando por todas partes, cuando una joven guapa, de cabello muy negro, vestida a la última moda, se acercó a ella.

—Perdone —dijo, con una simpática sonrisa—. ¿Es usted la señora Hollister?

—Pues… sí. Y usted… ¿es Flor de Nieve?

—La misma y me complace conocerla —dijo la hermana de Indy, que se volvió a Pam y, con un guiño, añadió—: ¿Esperabas encontrar a una india adornada con plumas?

Notando que los niños se sentían avergonzados, se echó a reír alegremente y rodeó con sus brazos a Holly y Sue.

—Tengo entendido que vamos a tener una gran aventura. Mi hermano me habló, por teléfono, de las figuras indias.

A todos los Hollister les agradó, instantáneamente, Emmy Roades. La joven se sentó en el asiento delantero de la furgoneta, junto a la señora Hollister, se quitó el elegante sombrero y sacudió su esponjosa melena corta, negra como el ébano.

—Estoy contentísima de haber venido. No he visto a Indy desde hace varios años.

—Viene usted directamente a nuestra casa, a cenar —le dijo la señora Hollister—. Su hermano está allí.

Durante el trayecto desde el aeropuerto, los cinco hermanos se turnaron para ir contando a Emmy todo lo que había sucedido en

los últimos días. Pete preguntó a la visitante si había leído la noticia del asalto al tren. Emmy la había leído. Pam quiso saber si su invitada sabía algo sobre las tallas indias. También sabía.

—¿Y sobre perros? ¿Qué sabe de los perros de caza? —preguntó Holly, mientras su madre continuaba conduciendo sin distraerse ni un instante.

Cuando Emmy contestó que en una ocasión había tenido un perro de caza, Holly se entusiasmó.

—Entonces podrá ayudarnos a que el perro de Indy vuelva a estar contento de nuevo —dijo, retorciéndose una trenza.

—Haré lo que pueda —dijo la india, sonriendo—. He oído que «Negrito» echa de menos a su cerdito silbador.

—¿Cómo dijo?

—Cerdo silbador. Es una especie de apodo con que se conoce, en algunos lugares, a las marmotas —dijo Emmy, volviendo la cabeza —. ¿No lo habíais oído antes?

Los niños tuvieron que confesar que no y Emmy siguió diciendo:

—Si podemos encontrar otro cerdo silbador para «Negrito», estoy segura de que el pobre animal dejará de estar mohíno.

Ya no cabía ninguna duda de que Emmy iba a ser una gran amiga para los Hollister. También la madre de los niños sintió admiración por la joven y quiso hacerle un cumplido:

—Lleva usted un traje muy elegante —dijo.

Emmy explicó por qué. Ella era la encargada de compras de los más grandes almacenes de Phoenix, Arizona.

—Me encantan los vestidos. Me gusta comprarlos y venderlos.

Ricky se reclinó en el asiento, apoyando la barbilla en las manos, y suspiró diciendo:

—¡Y nosotros que pensábamos que iba a venir con una chaqueta de ante, llena de flecos!

Cuando llegaron a casa de los Hollister, Indy corrió a la furgoneta para saludar a Emmy. Los niños aplaudieron cuando los dos hermanos se abrazaron, muy emocionados. Todos entraron en la casa rebosando alegría.

La señora Hollister y Pam entraron en seguida en la cocina para preparar una cena rápida. Mientras Emmy admiraba a «Parche», Sue estaba muy ocupada en su habitación. Más tarde, cuando la

madre llamó a todos para cenar, la pequeñita bajó las escaleras, gritando:

—¡Mirad lo que tengo! ¡Una hucha de cerdo silbador!

Sue sostenía en sus manos un sonrosado cerdo de barro cocido. En el hocico le había encajado un pequeño silbato. Soplando una y otra vez el pito, la pequeña se acercó a la mesa.

—«Negrito» va a ponerse contentísimo cuando lo vea.

La ocurrencia de Sue hizo mucha gracia a los demás. Todos ocuparon sus asientos y, después que Pam rezó una pequeña oración, cada uno se dispuso a saborear la deliciosa cena. Estaban casi terminando el pastel de crema y chocolate cuando la señora Hollister ladeó la cabeza y dijo:

—¿No habéis oído nunca el trabalenguas de la marmota?

Los niños contestaron que no.

—Pues ahora os lo digo —repuso la madre y recitó:

«Si una marmota marmotease,
marmotearían todos los mamíferos.
¿Cuánto marmotearía una marmota,
si todos los mamíferos marmoteasen?».

—¡Canastos! ¿Cuándo has aprendido eso, mamá? —preguntó Ricky, mirando complacido, a su madre.

—Cuando tenía tu edad. Mi abuelo me lo enseñó. Dejadme escuchar cómo lo decís.

Los niños repitieron el trabalenguas lentamente y la madre les reconvino, riendo:

—¡No, no! Todos a la vez y muy de prisa.

Se produjo una gran confusión cuando los cinco hermanos intentaron repetir el trabalenguas adelantando cada uno a los demás.

Los reunidos pasaron un buen rato durante la cena y la familia Hollister lamentó que llegase la hora de que Emmy y su hermano debían marcharse a dormir. La simpática hermana de Indy se llevó al cerdito con el silbato, prometiendo probar si a «Negrito» le consolaba. Cuando, a la mañana siguiente, los dos hermanos volvieron, ella informó con tristeza de que el perro de caza no había

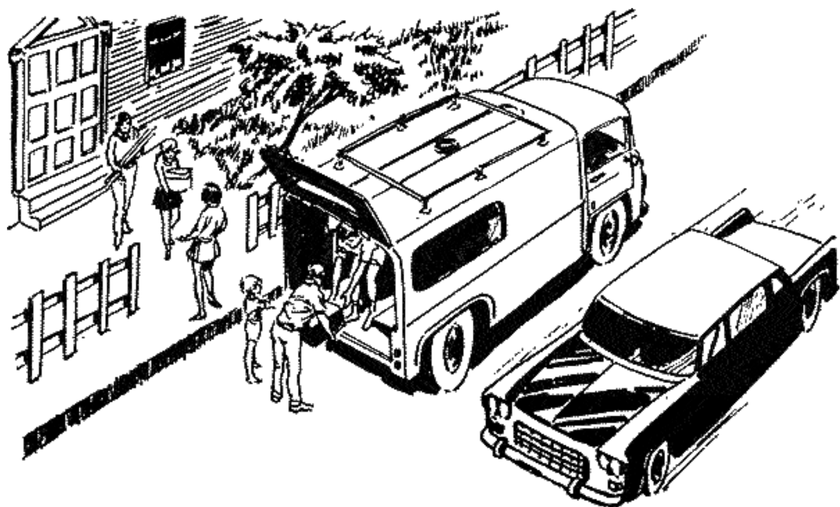
creído que el cerdito hucha fuese una marmota.

—Porque es un perro listísimo —dijo Sue, convencida, recuperando su hucha.

—«Negrito» está fuera, en el coche —añadió Emmy—, por si diera la coincidencia de que, en el camino, encontrásemos un cerdito silbador.

—¡Estupendo! —exclamó Holly, palmoteando, al tiempo que saltaba alegremente.

Se había decidido que los viajeros utilizarían la furgoneta de los Hollister, de modo que fue en ese vehículo en donde se cargaron todos los equipajes. Indy no olvidó incluir un gran paquete de botes de alimento para perro, además de una garrafa con agua, para que «Negrito» estuviese bien atendido. Luego Emmy llamó al animal, que corrió a instalarse en la parte posterior.



—Esperen —pidió Pete—. Se me ha olvidado una cosa.

Corrió a casa y volvió con un transistor de radio, de bolsillo.

—Como nunca se sabe… —comentó—. Esto puede sernos muy útil.

Aún no había acabado de hablar cuando Sue salió de la casa, cargada con una bolsa de papel marrón.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Pam.

—Es un secreto —repuso la pequeñita—. Me lo llevo.

Ya todo estaba en la furgoneta, menos el indio de madera.

—Lo ataremos arriba, sobre el portaequipajes —dijo Indy.

—Yo traeré algo para taparle —ofreció Pete, marchando al garaje.

De un estante tomó una especie de sábana de plástico, y salió corriendo, dando una cariñosa palmada a «Domingo», al pasar.

—No estaremos fuera mucho tiempo, muchacho —dijo.

El señor Hollister e Indy se ocuparon de levantar a «Parche», provisto de su hacha de guerra y su rifle, hasta la parte alta de la furgoneta.

Cuando la figura estuvo bien atada y protegida con el plástico, la señora Hollister exclamó:

—¡Cielo santo! Parece que alguien se haya escondido sobre nuestro coche, armado con un fusil. ¿Veis cómo se ve todo el contorno?

—Pero, mamá, nadie se va a fijar en eso —contestó Pete.

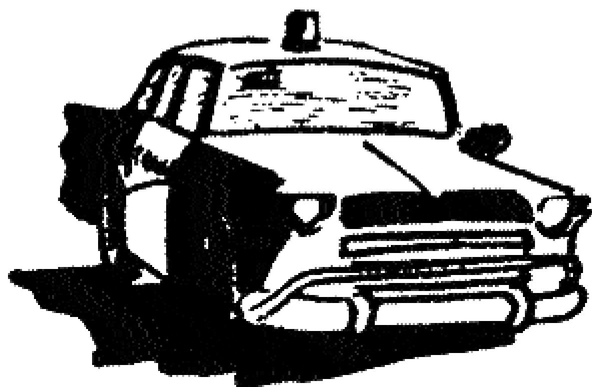
La señora Hollister quedó un poco indecisa, pero no dijo nada más. Despidió a sus hijos con un beso, y los cinco hermanos se instalaron en la furgoneta.

—No se preocupen por ellos —dijo Emmy—. Indy y yo cuidaremos bien de su familia, señora Hollister.

Mientras los niños sacudían las manos y gritaban, diciendo adiós, la furgoneta salió por el camino del jardín, emprendiendo el viaje hacia Nueva Inglaterra. Sue iba sentada en las rodillas de Emmy y entre ellas y el conductor iba Holly. Hacía una mañana muy clara y el ambiente era límpido. Pronto Shoreham fue quedándose atrás. Ante los viajeros se abría la interminable carretera.

Pero no había recorrido la furgoneta ni veinte kilómetros, cuando se oyó el sonido penetrante de una sirena. Pete volvió la cabeza para mirar por la ventanilla posterior.

—¡Nos persigue un coche de la policía! —exclamó.



—¡No puede ser que la policía nos persiga! —declaró Indy, mirando el cuentakilómetros—. No vamos a demasiada velocidad.

Sin embargo, el oficial frenó junto a la furgoneta e hizo señas a Indy para que se detuviese al lado de la cuneta.

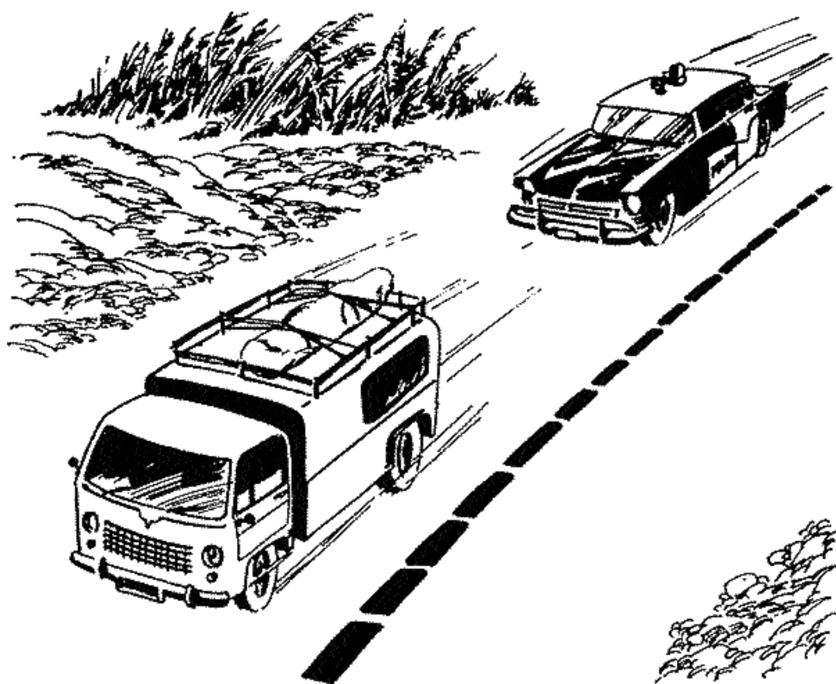
—¡Qué horror! Nos van a arrestar —dijo Holly, mordiéndose los labios.

—No hay por qué preocuparse —le tranquilizó Emmy.

—Buenos días —saludó el oficial, aproximándose a la furgoneta.

—Buenos días —repuso Indy—. ¿Ocurre algo?

El policía levantó la cabeza, mirando a lo alto de la furgoneta.



—Parece que bajo esa cubierta hay alguien escondido, empuñando un arma. ¿Qué hay de eso? —preguntó el policía.

—¡Si es un indio de madera! —exclamó Ricky—. ¡Canastos, mamá tenía razón!

El policía quedó muy sorprendido.

—¿Todos estos niños son de usted? —preguntó a Emmy.

—¡No, no! —replicó ella, explicando, a continuación, los motivos de aquel viaje.

—Desde luego, no hay nada malo en llevar esa talla india encima de la furgoneta —dijo el policía, sonriendo—. Pero será mejor que el rifle lo lleven dentro.

—También es de madera —aclaró Pam.

—Pues está muy bien imitado. Otro oficial podría volver a detenerles.

Pete e Indy bajaron del vehículo, descolgaron el rifle y lo metieron en la parte trasera.

—Muy bien —asintió el policía—. Que tengan un buen viaje.

Estaban a punto de ponerse en marcha cuando Sue abrió su bolsa de papel y sacó la hucha del cerdito. Después de dar un

pitido, dedicado al oficial, explicó:

—Es un cerdo silbador, pero no hace que «Negrito» se ponga contento.

El policía sonrió, perplejo. Cuando Holly le dio una explicación completa sobre el perro de Indy y la marmota, el oficial metió la cabeza en el interior del coche, palmeó a «Negrito» y dijo:

—En el lugar a donde vais encontraréis cientos de marmotas. «Negrito» volverá a sentirse contento.

Cuando reanudaron el viaje, Pete sacó el transistor y sintonizó varias estaciones de radio, durante el camino. Los boletines de noticias seguían hablando de la búsqueda de los asaltantes al tren de Nueva Inglaterra.

Indy hizo una parada para tomar una comida rápida. A media tarde, Ricky anunció:

—Indy, yo vuelvo a tener mucho apetito.

—Yo también —confesó Pete.

Con una sonrisa, Emmy propuso:

—Bajemos a tomar un helado.

En el primer puesto que encontraron por la carretera, Indy se detuvo y compró cucuruchos de helado para todos, incluido «Negrito». Holly se encargó de sujetar el helado del perro, que lo lamió, complacido. Luego se tumbó, apoyando la cabeza en el regazo de la niña.

—Dentro de una hora, más o menos, buscaremos un buen restaurante —dijo Emmy—. Quiero que todos quedéis bien alimentados.

Al anochecer, Pam distinguió junto al camino un letrero que decía:

ESTA NOCHE CENA EN LA IGLESIA. TODO EL MUNDO QUEDA INVITADO. VENGAN A CONTEMPLAR LA REUNIÓN DE ABEJAS COSTURERAS.

—Esto parece muy interesante. Vamos allí —propuso Emmy.

Pero Sue se mostró preocupada.

—A mí no me gusta que me pique una abeja —objetó.

Pam contuvo la risa y explicó a la pequeñita:

—Reunión de abejas costureras sólo quiere decir que varias señoras se reúnen para coser, juntas.

El cartel decía que la cena parroquial se celebraba en el pueblo próximo y los viajeros lo encontraron sin dificultad. La iglesia se encontraba en el fondo de un gran patio cubierto de césped. En la parte de delante había varias casetas, adornadas con bonitas banderolas. A un lado se veía una cocina de campaña. Y cerca de la cocina, hileras y más hileras de bancos y mesas de madera.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Hemos llegado a la hora precisa de cenar.

Indy llevó la furgoneta a un gran espacio dedicado a aparcamiento. Ante el lugar donde se detuvo, había dos coches, y el que hacía el número tres era igual a la furgoneta de los Hollister.

—Pero será fácil encontrar la nuestra —dijo Ricky—, acordándonos de estos dos coches que hay en medio.

Mientras Indy iba a adquirir los vales para la cena, Emmy y los niños tomaron el airé fresco, bajo la arboleda.

—¡Mirad! —dijo la india—. ¡Venden un elefante blanco!

—¿Sí? —preguntó Sue, mirando a su alrededor—. No veo ningún elefante blanco, Emmy.

—Ni yo —dijo Holly.

—No seáis tontinas —intervino Pam—. ¿Habéis oído alguna vez que se venda un elefante en una iglesia?

Las pequeñas dijeron que no y Pam les hizo comprender que todo había sido una broma de Emmy. Ésta explicó que se le había ocurrido aquella idea porque acababa de ver anunciada una subasta. De vez en cuando, los ciudadanos pertenecientes a una parroquia llevaban de sus casas alguno de esos objetos que, aunque tienen valor, nunca se utilizaban, y con ellos se celebraba una subasta.

—Debe de ser bonito —opinó Ricky.

—Ya lo creo. Uno puede adquirir muchas cosas curiosas y bonitas —respondió Emmy—. Vamos a echar un vistazo.

Se acercaron a una gran caseta y Emmy dio a cada niño una moneda, diciéndoles con un guiño:

—Podréis hacer compras a precio de regalo.

Estaban los niños buscando entre una gran variedad de objetos de loza y de metal, cuando empezó a llegar gente para cenar. Cuando Indy fue a buscarles con los vales ya comprados, los niños

habían hecho sus compras.

—Bueno. Veamos qué ha comprado cada uno —dijo Emmy.

—Yo tengo un tesoro —afirmó Sue, que apretaba en su manecita gordezuela un alfiletero con la forma de una sirena.

Pete mostró un silbato antiguo de policía. Pam había comprado un florero decorado a mano, y Holly un pajarito azul de cristal.

—¿Qué has comprado tú, Ricky? —preguntó Pete al pecoso, que escondía las manos en la espalda.

—Nada importante.

—Déjanoslo ver —suplicó Holly.

—¡Bah! No es nada que pueda gustar a las chicas.

—Ya «sabo» —afirmó Sue—. Es un indio de madera pequeñín.

—No es eso. —Y Ricky mostró la mano en la que guardaba un estuche de cuero negro.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó Emmy, curiosa.

Ricky levantó la tapa que cerraba a presión. Dentro había seis cuentagotas de distintas medidas.

—¡Cuentagotas! ¿Y para qué vas a usarlos? —preguntó Holly.

—¿Para qué vas a usar tú ese pájaro azul? —preguntó Ricky, por su parte. Y luego añadió—: Nunca se sabe cuándo se va a necesitar un cuentagotas.

Volvió a cerrar el estuche y los visitantes buscaron asiento en una larga mesa cubierta con un mantel blanco. Pocos momentos después los socios jóvenes de la parroquia empezaron a servir la cena.

Fueron dejando sobre la mesa grandes y humeantes platos de pollo y buey. Junto a esos platos colocaban platitos con potaje de judías y maíz, puré de patata, embutidos, aceitunas y apio. Además, sirvieron grandes fuentes con pan reciente, y recipientes con mantequilla, mermelada y dulces.

Ricky miró a Emmy y preguntó:

—¿Puedo empezar ya?

—Todavía no —le cuchicheó Holly—. Espera a que recemos la oración de gracias.

—¡Canastos! Con esta cena tan grande, tendrás que decir una oración de gracias muy larga, Pam.

Sin embargo, la hermana mayor rezó una oración breve, y

seguidamente empezaron la apetitosa cena. «Negrito» se tumbó a los pies de Indy y aguardó, pacientemente. En todas las mesas se entablaron alegres conversaciones, acompañadas de risas, mientras la gente del pueblo y los viajeros saboreaban la cena.

La gran jarra de leche que colocaron ante los niños pronto quedó vacía y la sustituyeron por otra llena.

—¡Hurra! —exclamó Indy, al cabo de un rato—. Ya llega el postre.

Éste consistía en pastel de dos clases: de manzana y de frambuesa.

—¡Escarabajos con alas! ¿Podemos comer una tajada de cada uno? —preguntó el goloso de Ricky.

—Vas a estallar —le advirtió Emmy.

El pelirrojo no supo hacer otra cosa más que sonreír, mientras le servían los dos trozos de pastel. Al terminar, dejó escapar un gran suspiro.

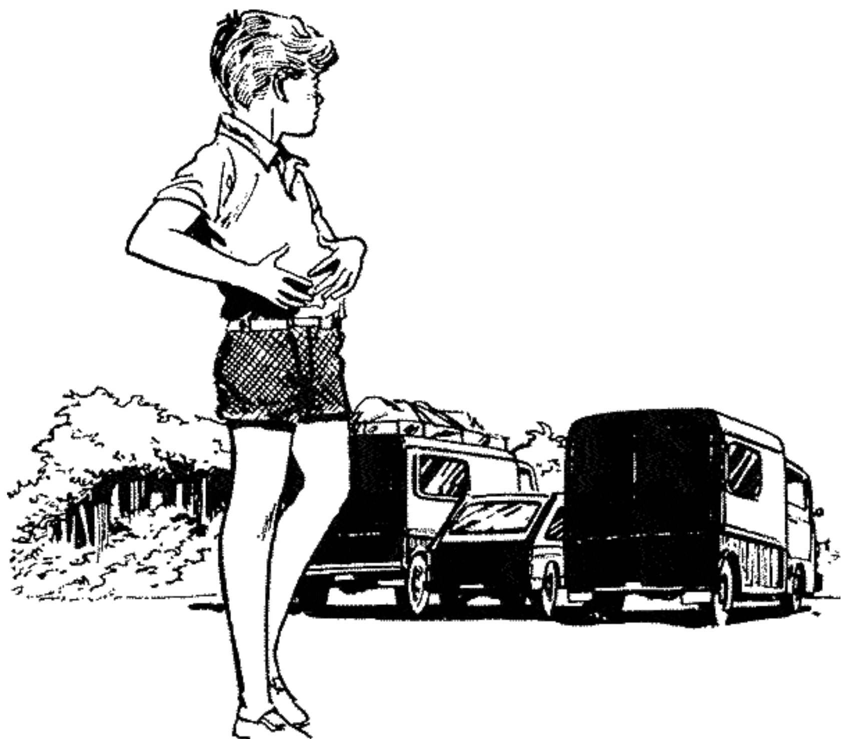
—Me extrañará mucho que seas capaz de sostenerte en pie —dijo Pam, riendo.

Ricky movió la cabeza, asintiendo, y murmuró:

—Me gustaría encontrar un sitio donde tumbarme. Me siento un poco raro.

Emmy le dijo que podía ir al coche, mientras los demás se quedaban a ver la reunión de costura.

Desapareció la sonrisa del rostro de Ricky, mientras se dirigía a la furgoneta. Encontrándose pesado y fatigoso, el pequeño abrió la portezuela y se dejó caer en el asiento posterior. A los pocos minutos dormía profundamente. Entre tanto, Pete e Indy llevaron a «Negrito» hasta la cocina de campaña, donde una señora grande y robusta, de rostro encamado, dio al animal un recipiente con restos de pollo y un tazón con leche.



—Es un obsequio —dijo, amablemente, sin querer cobrar nada.

Mientras el perro de caza comía, Emmy y las niñas se acercaron a la mesa en que se había iniciado la reunión de costura. Alrededor de la mesa se habían sentado ocho señoras que cosían en una colcha.

—Esto es lo que llamamos una colcha de la amistad —explicó una dama alta y delgada, de cabellos grises, añadiendo que en otras épocas, las niñas escribían sus nombres en las colchas—. Así, cuando una se acostaba, tenía en la cama los autógrafos de sus amigas.

—Me gustaría hacer alguna vez una colcha de la amistad —dijo Pam a Emmy—. Puede que entre todas mis vecinas y yo hagamos una.

Las damas de la parroquia se inclinaron sobre la costura, metiendo y sacando afanosamente la aguja. Incluso Holly, siempre tan aficionada a los juegos de los niños, miraba fascinada las puntadas que iban en aumento, llenando poco a poco casi toda la

colcha.

—Hay una capa de tejido de abrigo, entre la tela de encima y el forro —explicó la señora alta—. Nosotras cosemos las tres capas de tela juntas.

Estuvieron un rato más contemplando la labor. Luego, Emmy dijo:

—Estoy pensando en vuestro hermano Ricky. ¿Qué tal se encontrará? ¡Os aseguro que nunca había visto a un niño que comiera tanto!



Precisamente en aquel momento Ricky abría los ojos. Al ir despabilándose, el pequeño se dio cuenta de que la furgoneta estaba en movimiento. Sí. Avanzaba, dando trompicones, por un camino irregular.

Poco a poco, Ricky se fue irguiendo. Pero… ¡si en el asiento del conductor había una mujer a la que no conocía!

Al principio, el miedo hizo que el pequeño no pudiera ni mover los labios. Luego, como en un estallido, gritó:

—¡Socorro! ¿A dónde me lleva usted?

Sobresaltada, la conductora dio un giro imprevisto al volante. El coche se desvió del camino y… ¡fue a meterse en un maizal!

UNA OCA AGRESIVA



Asustada por los inesperados gritos de Ricky, la conductora de la furgoneta soltó una exclamación al ver que se precipitaba al maizal. Una rueda delantera tropezó con una roca y… ¡Bum!

La furgoneta se detuvo con una sacudida y la mujer volvió la cabeza.

—¡Dios mío! Si es un niño. ¿Cómo te has metido en mi coche?

—Pues… pues pensé que… era el nuestro —repuso Ricky—. Nosotros tenemos uno igual.

—¿Habíais aparcado para cenar en la parroquia?

—Sí, señora.

—Comprendo. Ya lo vi. Tiene gracia. Al principio creí que se trataba de alguno de los ladrones.

—¿Quiere decir uno de los ladrones que robaron el tren?

—Sí —contestó la señora, saliendo del coche para comprobar qué averías se habían producido.

También Ricky salió y miró la rueda izquierda delantera.

—Se ha deshinchado una rueda —dijo—. Se la cambiaré.

La desconocida dijo que era la señora Callie Dorn. Era una mujer bajita y gruesa, de cabello gris, ondulado, y mejillas gruesas,

todavía sonrojadas por el susto.

—Yo soy Ricky Hollister —se presentó el pelirrojo, mientras sacaba las herramientas de la parte trasera de la furgoneta.

Con la ayuda de la señora Dorn, Ricky levantó con el gato la furgoneta y cambió el neumático.

—Ahora, lo mejor será que yo vuelva. Me estarán buscando —dijo Ricky, mirando, preocupado, el camino vecinal.

—Yo te llevaré, como es lógico —dijo la señora Dora.

Y después de dar las gracias al pequeño por su ayuda, la señora puso el vehículo en marcha, de regreso a la parroquia. Al llegar, tanto Ricky como la señora Dorn vieron un grupo de gente que rodeaba la furgoneta de los Hollister. El pequeño saltó en seguida a tierra y corrió hacia los demás.

—¡Estoy aquí! ¡Me equivoqué de coche!

La señora Dorn, que iba tras él, añadió:

—Y me dio un susto de muerte. Me sorprende que se confundiera de vehículo, porque ustedes llevan ese extraño bulto ahí arriba, y yo no.

—Creo que estaba demasiado harto para fijarme en nada —dijo Ricky, avergonzado.

Emmy dio las gracias a la señora Dorn, e Indy Roades se ofreció para repararle el neumático averiado.

—Gracias, pero de eso ya me ocuparé yo —dijo ella, añadiendo que se alegraba mucho de que Ricky no fuera uno de los asaltantes del tren.

—Pronto será noche cerrada —dijo Emmy—. Tenemos que buscar un lugar cercano en donde dormir. ¿Conoce usted algún motel, señora Dorn?

La señora contestó que no había ninguno hasta recorrido varios kilómetros.

—Pero yo hospedo gente en mi casa. Si a ustedes no les importa un lugar algo antiguo, pero cómodo, ya lo saben…

Cuando se acordó pasar la noche en casa de la señora Dorn, los viajeros subieron a su furgoneta y siguieron a la señora por el mismo camino por donde Ricky le diera tan tremendo susto un rato antes.

El camino ascendía por la montaña. Muy cerca de la cumbre, y a

la izquierda, se levantaba una vieja granja, con columnas en el porche. Indy condujo hasta la parte posterior de la casa y aparcó cerca de la furgoneta de la señora Dorn, delante de un pequeño granero.

Mientras los niños salían en tropel, «Negrito» se puso en pie, se desperezó y luego volvió a tumbarse, tan largo como era, sobre el asiento trasero, y cerró los ojos. Ninguna de las llamadas o caricias que se le hicieron bastaron para obligarle a moverse.

—Dejadle. Es que quiere dormir en la furgoneta —opinó Pete.

—¿Tiene usted animales? —preguntó Holly a la señora Dorn.

—Sólo conservo unas cuantas gallinas y una vieja oca —repuso la señora—. Se llama «Alfonso», aunque no sé por qué. Lamento deciros que no es muy amable.

—A lo mejor será porque tiene nombre de chico —dijo Pam, con una risilla.

Pete y Ricky ayudaron a Indy a llevar los equipajes a la casa, y la señora Dorn mostró a los huéspedes las habitaciones. Los altos ventanales llegaban del suelo hasta casi el techo. Los muebles estaban muy usados, pero bien cuidados, y en el suelo había alfombras de colores alegres.

Mientras Indy y su hermana hablaban con la señora Dorn, los niños bajaron las escaleras y salieron de la casa para visitar el corral. Era casi completamente de noche y Pete abrió la marcha hacia el recinto de las gallinas, que estaba junto al granero. Sue corría con los otros, cogida de la mano de Pam.

Cuando llegaron al corral, la pequeñita desapareció detrás del granero. Un momento después volvía corriendo a toda la velocidad de sus piernecitas, con los ojos muy abiertos por el miedo.



—¡Ay! ¡Ay! —chillaba—. ¡Va a comerme!

Un instante después, la oca más grande que Pam viera en su vida, apareció, entre corriendo y volando, por la esquina del granero. Graznando y alargando el largo cuello, perseguía a la pequeñita. Todos los demás quedaron inmóviles por la sorpresa, cuando Sue y «Alfonso», la oca, pasaron ante ellos como una exhalación.

—¡Socorro! ¡Socorro! —chillaba la pobre Sue, bajando por una cuesta cubierta de césped.

En aquel momento, de la casa salió Emmy corriendo. Se quitó los zapatos con una sacudida y echó a correr detrás del ave.

—¡Canastos! Ya está alcanzándola —exclamó Ricky.

Emmy llegó junto a la oca cuando ésta estaba a punto de picar a Sue. La india alcanzó a la oca por el largo cuello.

—¡Basta! —ordenó Emmy, y de un empujón, envió al animal al granero.

Mientras corrían todos hacia Sue y su salvadora, Pete miró a Emmy con admiración.

—¡Caramba! ¡Yo creo que habría podido ser una gran campesina!

Indy, que se había unido al grupo, sonrió al oír aquello, y dijo:

—Os pondré al corriente de un gran secreto. Mi hermana es «campesina». Juega en el campo de deportes de los grandes almacenes, con el equipo de balón-mano.

Sue, con el cabello cayéndole sobre la frente en rizos empapados en sudor, echó los brazos al cuello de Emmy y dijo:

—¡Gracias por salvarme de esa oca tan mala!

Como ya estaba todo muy oscuro, los niños fueron con los mayores a la casa. Apenas habían entrado cuando Ricky anunció:

—Tengo hambre.

—Debes de tener una pierna hueca, en la que metes todo lo que comes —observó Indy, sonriendo.

La señora Dorn dijo, en seguida:

—Los pequeños siempre tienen apetito. ¿Qué os parece si tomáis galletas y leche?

Todos siguieron a la señora Dorn hasta la cocina, en donde había unos grandes fogones para carbón, colocados sobre una base de piedra. Se notaba el agradable olor que desprendían las manzanas que adornaban el centro de la tosca mesa de roble.

La dueña de la casa fue a la despensa y volvió con una bandeja llena de pastas azucaradas. Luego sirvió vasos de leche para sus huéspedes.

—Señora Dorn, háblenos de los asaltantes del tren —pidió Ricky, mientras mascaba una galleta—. ¿Estuvieron por aquí?

—Eso creemos —repuso la señora—. La policía ha dicho que pasaron varios individuos sospechosos por el pueblo. Los oficiales estuvieron registrando mi granero, por si alguno se hubiera escondido en él.

—Puede que fuera una falsa alarma —dijo Indy—. Después de todo, usted está muy lejos de Foxboro.

—Allí es a donde vamos mañana —explicó Pam—. Vamos a llevar una estatua india al Pueblo Pionero.

La señora Dorn sonrió.

—¡Ah! ¡Eso es lo que lleváis sobre el coche! —Y añadió—: Conoceréis al señor Edmundo Marshall. Es director del museo y

primo de mi marido. Se alegrará mucho de recibir vuestro indio. Edmundo anda siempre buscando objetos nuevos que exhibir. Últimamente ha estado intentando adquirir un viejo puente cubierto.

—Ya no quedan muchos por aquí —comentó Indy.

—¿Y ha encontrado alguno? —quiso saber Ricky.

—Sí —replicó la señora Dorn—. Precisamente está en Foxboro.

—¿Desmontarán el puente y lo reconstruirán en los terrenos del museo? —preguntó Pete.

—Eso era lo planeado —contestó la señora Dorn.

Y añadió que unos pleitos sobre terrenos impedían la venta de aquella reliquia. A eso había que añadir una fuerte tormenta que la pasada primavera había desbordado el río Woosatch y debilitado mucho los cimientos del puente.

—Edmundo teme que la reliquia quede destruida antes de haberla podido adquirir y trasladar al museo —concluyó la señora Dorn, moviendo la cabeza.

Mientras la dueña de la casa charlaba con sus huéspedes, Sue se había quedado dormida en brazos de Emmy, con una galleta en la mano.

—Si nos disculpa usted, señora Dorn —dijo Indy—. Creo que lo mejor será que vayamos a dormir.

Pete se fue a dormir, preguntándose si, realmente, alguno de los asaltantes del tren andaría oculto por aquellos alrededores. Le despertó, muy temprano, el cacarear de un gallo. Después de frotarse los ojos, cargados de sueño, Pete despertó a Ricky.

—¿Por qué no te vistes y salimos a echar un vistazo? —cuchicheó el hermano mayor.

Los dos chicos se vistieron sin hacer ruido y bajaron de puntillas al alfombrado vestíbulo. Por el camino se encontraron con Pam y Holly que, completamente vestidas, también bajaban de los dormitorios.

Al llegar al piso bajo, los cuatro quedaron muy sorprendidos, viendo que la señora Dorn estaba ya en la cocina.

—Buenos días, niños —saludó, afablemente—. Veo que sois madrugadores.

—¿Podemos encargarnos de dar de comer a las gallinas? —se

ofreció Pam.

—Claro que sí. Encontraréis un saco de maíz en una esquina, pasada la puerta del granero. Podéis esparcir unos puñados de grano en el gallinero.

Los niños se habían fijado en que la cocina estaba encendida y despedía un rico olor a pastelillos al horno, Holly se preguntó si la señora Dora estaría haciendo algo especial para ellos. La señora miró a la pequeña y adivinó lo que estaba pensando.

—Sí. Son para vosotros —dijo, sin que se lo preguntaran—. Pronto estarán cocidos y podréis llevároslos para el viaje.

—¡Haaam! ¡Qué ricos! —exclamó Holly, relamiéndose.

Muy contentos, los cuatro dieron las gracias a la señora y salieron a toda prisa para dar de comer a las gallinas.

Aunque por el este el cielo estaba muy claro, todavía no había salido el sol. Pete fue el primero en entrar en el granero. A la escasa luz del interior pudo distinguir el saco de maíz y, al lado, un cazo de metal. Pete abrió el saco y cogió una cantidad de grano con el cazo que servía como medida. De repente, cuando iba a salir, oyó a su espalda un fuerte graznido.

—¡Otra vez «Alfonso»! —gritó Pam.

Derramando la mitad del maíz, Pete echó a correr, perseguido por la malintencionada oca. Pero, en aquel mismo momento, se oyó un ladrido. «Negrito» saltó por la ventanilla de la furgoneta y atravesó a todo correr el césped, en dirección a «Alfonso».

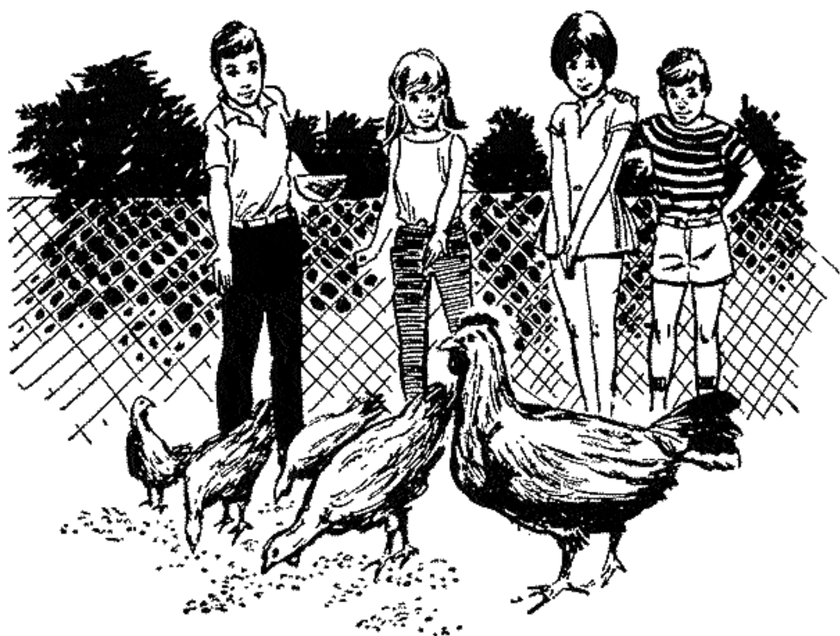
—¡Canastos! «Negrito» está mejor —exclamó Ricky.

Las orejas del perro oscilaban con el viento, mientras se lanzaba en línea recta sobre la malvada oca.

Al ver al perro, «Alfonso» cambió la dirección de su carrera. «Negrito» corrió tras ella, ladrando furiosamente. La persecución continuó colina arriba, por la parte posterior del granero. Pero, de repente, el perro se detuvo, levantó una pata y olfateó el aire. Se había olvidado por completo de la oca «Alfonso», la cual huyó como un cohete a buscar refugio.

Mientras «Negrito» reanudaba la carrera hacia la parte más alta de la montaña, Pete volvió al granero, cogió más maíz y lo esparció en el gallinero. Los cuatro hermanos contemplaron a las gallinas, que cacareaban alegremente y bajaban una y otra vez la cabeza,

para picotear su desayuno.



Ahora el horizonte tenía un color rojizo y asomaba un segmento del sol, por encima de una montaña distante.

—¡Eh! ¿Adónde se habrá ido el perro? —preguntó Ricky.

—¡«Negrito»! ¡«Negrito»! Ven —llamó Holly.

—¡Ahí está! —anunció Pam, señalando una punta negra que destacaba en el verdor de la cima montañosa.

—Sí. Es su rabo —concordó Pete.

—Pero ¿dónde está la continuación de «Negrito»? —se inquietó Holly.

Todo lo que los Hollister podían ver era el negro rabo del perro oscilando alegremente, a uno y otro lado, como una bandera.

ZUZU



Los Hollister corrieron a donde veían asomar el rabo del perro.

—«Negrito», ¿qué estás haciendo? —preguntó Pam.

—Está haciendo un agujero en el suelo. Nada más —dijo el pecosillo.

—No, no. «Negrito» está a medio camino de la madriguera de una marmota —afirmó Pete.

—¡Oooh! ¡Mirad! —exclamó Holly. A un metro de distancia una marmota asomó la cabeza y gritó. Holly declaró, contentísima—: La marmota está saliendo por la puerta trasera.

También «Negrito» se enteró de lo que ocurría. Sacó la cabeza y corrió hacia el animalito. La marmota miró al perro con ojos muy abiertos y en seguida retrocedió al interior de su madriguera. «Negrito» se quedó contemplando el lugar un rato, antes de trotar alegremente hacia los Hollister. Llevaba el hocico manchado de barro rojizo.

—¿Qué, hombre? —dijo Pete, inclinándose para acariciarle—. Ya ves que en el mundo hay más de una marmota.

Con el perro pisándoles los talones, los niños volvieron a la casa para desayunar. Sue rió alegremente y palmoteo, al enterarse de la

aventura de «Negrito». Mientras los huéspedes comían huevos con tocino, sentados a la mesa de la cocina, la señora Dorn estuvo hablándoles más sobre las marmotas.

—Vienen a ser ardillas subterráneas. Los turistas, cuando ven una marmota correteando, cruzan apresuradamente la carretera. Se imaginan que es un castor, un mapache o un cachorro de oso.

—¿Ha visto usted alguna vez un cachorro de marmota? —inquirió Holly.

—Sí —contestó la señora Dorn—. Al nacer no miden más que unos diez centímetros. Son como un rebujito de carne rosada, sin pelo, y son ciegos.

—¿Dónde nacen? —quiso saber Pam.

—En sus nidos subterráneos, bien protegidos con hierba.

—¿Cuándo? —preguntó Pete.

—En la primavera. Cada camada suele ser de cinco pequeñuelos. Cuando han crecido un poco, cada hijo construye su propia guarida. Luego, en septiembre u octubre, se disponen a dormir su sueño de cuatro o cinco meses.

A los Hollister les sorprendió mucho saber que las marmotas americanas invernaban igual que los osos. Ricky preguntó:

—¿Y qué suelen comer?

—Casi todos los productos de la tierra, en especial las verduras de mi huerto —repuso la señora Dorn, con una sonrisa—. Pero también les gustan las tortas de avena y el pan.

Cuando sus huéspedes hubieron terminado el desayuno, la dueña de la granja les había explicado muchísimas cosas sobre las marmotas.

—Sabe usted mucho de esos animalitos, ¿verdad, señora Dorn? —dijo la amable Pam.

—Sí. A mí me parecen muy lindos.

Y explicó que los indios algonquianos les daban un nombre muy curioso.

—Les llamaban «We-jack».

—Seguro que de ahí proviene el nombre americano de «woodchuck» —adivinó Pete.

—Estás en lo cierto —repuso la señora Dorn—. Y los indios chippewas le llamaban «kuk-wah-geeser».

—A mí también me gusta un «jersey» —declaró Sue, que había entendido mal.

—Los canadienses franceses le llamaban el «siffleur», es decir, el silbador.

Los niños habrían querido seguir haciendo preguntas sobre las marmotas, pero Emmy les recordó que era hora de irse.

Mientras se cargaban los equipajes en la furgoneta, Holly se quedó en la cocina, con la señora Dorn, dando un tazón de leche a «Negrito», para que también fuese bien desayunado.

Cuando todos los viajeros estuvieron preparados para meterse en el vehículo, la dueña de la granja entregó a Pam un paquete de pastas. Todo el mundo le dio las gracias a la señora, y Sue corrió a abrazarla.

—Dad recuerdos míos a Edmundo —pidió la señora Dorn, y todos le prometieron hacerlo.

«Negrito» fue el último en entrar en la furgoneta. Y mientras ésta se alejaba, el perro miraba con añoranza el campo en donde había jugado con el «cerdo silbador».

A lo largo de la mañana, Indy y su hermana se turnaron en la tarea de conducir, mientras los Hollister jugaban a las adivinanzas y comían pastelillos. Cuando se aproximaban a la ciudad de Foxboro, Indy detuvo la furgoneta frente a un edificio en donde hacían guardia dos policías. Uno de ellos se acercó para explicar que ellos formaban parte del cordón tendido en toda aquella área para intentar dar caza a los asaltantes del tren.

—¿Creen ustedes que están por aquí? —preguntó Pete.

—Creemos que están; al menos dos de ellos. Fueron cuatro hombres los asaltantes del tren. Un par escaparon. Los otros dos probablemente están escondidos, esperando una oportunidad de escapar.

—Nosotros andaremos con los ojos bien abiertos, por si podemos detenerles —se ofreció Ricky, muy gravemente.

El policía soltó una risilla y contestó:

—No te preocupes de eso, hijo. Bueno. Adelante y buenas vacaciones.

Cinco minutos más tarde vieron un gran cartel que decía:

VIAJE EN EL ELEVADOR.

CONTEMPLE TRES ESTADOS DESDE LA CUMBRE
DE LA MONTAÑA WHITEHALL

Recorrida una milla o más, los viajeros pasaron ante la entrada al transbordador aéreo y vieron los cables que se extendían sobre la ladera de la montaña.

—¡Montemos en eso! —propuso, impetuosamente Ricky.

—Ahora no. Primero tenemos que ver Foxboro —dijo Pete.

Todos los demás estuvieron de acuerdo con el mayor de los Hollister. Después de otro trecho de varias millas llegaron a Foxboro. Era una población pequeña de Nueva Inglaterra, con lindas casas blancas y grandes árboles. Cerca del centro del pueblo pudieron ver la entrada al Pueblo Pionero. Indy viró a la izquierda, avanzando por una amplia extensión despejada, y se detuvo ante una taquilla de billetes. En ella un letrero decía «No se permite la entrada a los perros».

Después de pagar las entradas, Indy llevó el coche al cercano aparcamiento y todos salieron, incluido «Negrito». Pete permitió que el animal retozara y se desperezase unos minutos. Luego le hizo volver a la furgoneta. El perro se instaló, tristón, en el asiento trasero, y se quedó contemplando a sus amigos, que cruzaban la gran puerta blanca para entrar en el Pueblo Pionero.

—¡Zambomba! ¡Qué bonito! —exclamó Pete, al pasar ante varias tiendas, antiguas y atractivas.

A lo lejos, sobre una colina, se levantaba una iglesia de alto campanario, y pequeñas casitas se agrupaban sobre algunos montículos diseminados.

Mientras los visitantes avanzaban por el polvoriento camino, vieron acercarse una carreta, tirada por dos bueyes. El carretero era un anciano de abundante barba. En la parte posterior de la carreta iba una docena de visitantes.

—¡También yo quiero montar en la carreta! —pidió Holly, a gritos.

—¡Y yo! —añadió Ricky.

—Todos iremos —prometió Indy, y los niños se adelantaron, llamando al conductor.

Éste se detuvo y el grupo de los Hollister subió a la carreta.

—¡Arreee! —gritó el hombre, y los animales volvieron a ponerse

en marcha.

Ricky se abrió paso hasta la parte delantera de la carreta y, mirando al viejecito barbudo, preguntó:

—¿No podría yo aprender a conducir?

El anciano se levantó, cogió a Ricky en vilo y le sentó a su lado, en el pescante. Luego, puso las riendas en las manos del pecosillo.



—No esperes que empiecen a galopar —dijo, con una risilla. Y añadió una advertencia—: Nunca silbes a estos animales. Si lo hicieras, la pareja de bueyes se negaría a seguir adelante.

Durante un breve rato, el hombre estuvo enseñando a Ricky cómo debía manejar las riendas. Luego, volvió a hacerse cargo él de la conducción, porque los bueyes habían iniciado el ascenso por una pequeña colina.

—¡Mirad! ¡Ahí está la Posada de la Diligencia! —advirtió Pam, cuando llegaron a la cima y se detuvieron ante una gran casa blanca de madera, con un amplio porche delantero.

—Pero ¿qué hacen esos hombres aquí? —preguntó Ricky.

Saltó inmediatamente de la carreta, y sus hermanos le imitaron seguidos por Indy y Emmy. Todos acudieron junto a unos hombres que estaban sacando varias figuras indias, de madera, de la Posada

de la Diligencia.

—¡Fijaos! ¡Ahí está el Amigo de los Colonos! —advirtió Pam.

—¿Por qué se llevan esas figuras? —preguntó Pete a los hombres.

—Vamos a hacer fotografías para una revista nacional.

—¿Dónde está el señor Marshall? —volvió a preguntar Pete.

—Aquí, ayudándonos —contestó el hombre, con una sonrisa.

Pete y Pam acudieron inmediatamente a presentarse al director del museo. Éste era un hombre de anchos hombros y cabello rubio, ya canoso. Dijo que le alegraba saber que los viajeros habían tenido una agradable estancia en casa de la señora Dorn.

Entonces habló Holly, para preguntar:

—¿Todavía no ha conseguido usted el puente cubierto?

—Conque habéis oído hablar de eso, ¿eh? Pues todavía no, pero lo estoy intentando.

Pete habló en seguida al señor Marshall del indio de madera que ellos habían traído.

El señor Marshall llamó a uno de sus ayudantes y, acompañados por Indy y los dos hermanos Hollister, fueron al aparcamiento, para buscar a «Parche». Entre todos trasladaron la figura hasta el porche de la Posada de la Diligencia. ¡Qué aspecto tan furibundo tenía «Parche», ahora que estaba al lado de otros indios, también tallados en madera, más risueños!

—Es un ejemplar muy poco corriente —declaró el señor Marshall, con entusiasmo—. Os agradezco muchísimo que lo cedáis al Museo. Todos vosotros tenéis permiso para venir a verle tantas veces como deseéis. Ya dejaré dicho en la entrada que podéis pasar sin pagar.

Los viajeros le dieron las gracias. Luego, mientras el fotógrafo se disponía a hacer las fotografías, Indy dijo:

—Ahora será mejor que nos vayamos. Tenemos que buscar un motel.

Encontraron uno no muy lejos del museo. Era un lugar acogedor, desde donde se podía contemplar toda la población. Emmy reservó cuatro habitaciones, que se hallaban situadas en hilera, con puertas de comunicación entre sí.

Mientras Pete y Pam ayudaban a Indy y a Emmy a trasladar los

equipajes, Ricky, Holly y Sue jugaron al escondite, siempre perseguidos por «Negrito». Los pequeños corrían entusiasmados, de habitación en habitación. Por fin, en aquélla que iba a ser para Pete y Ricky, el pelirrojo cerró la puerta. Al instante llamaron sonoramente desde fuera.

—Seguro que es el director —susurró Holly.

Y al momento, los tres se escondieron debajo de la cama.

—No van a dejar que nos quedemos, porque hemos hecho mucho ruido —prosiguió Holly.

—¡Eh! ¿Qué es esto? —exclamó Ricky, mirando hacia los muelles del somier.

Estaba mirando un papel doblado, sujeto al somier con un alfiler. Lo soltó y lo desdobló. En el papel había un mapa, dibujado a lápiz.

En aquel momento una voz pidió:

—Abrid la puerta. Tengo que meter las maletas.

—¡Es Pete! —dijo Holly, saliendo, a gatas de debajo de la cama, para abrir a su hermano mayor.

Mientras Pete dejaba las maletas, el pelirrojo le tendió el mapa, diciendo:

—Mira lo que hemos encontrado.

Pete contempló el papel con detenimiento.

—¡Zambomba! Éstas son las afueras de Foxboro, el lugar en que las vías del tren cruzan el río Woosatch. ¡Quién sabe si esto no tendrá algo que ver con el robo!

Todos fueron detrás de Pete, que salió corriendo, para enseñar el papel a Pam y a los hermanos Roades. También estos últimos se mostraron muy interesados al ver el mapa, y acudieron al encargado del motel.

—Ésta es la mejor pista que se ha encontrado, hasta el momento —dijo el hombre, apresurándose a telefonear a la policía.

Unos minutos más tarde llegaban dos hombres en un coche patrulla.

—Habéis hecho un gran trabajo detectivesco —dijo uno de los recién llegados a Ricky.

—Pero ha sido por casualidad —dijo Holly, sinceramente.

Sin embargo, el policía aseguró que los niños habían sido muy

inteligentes al considerar el mapa como una pista.

—Haremos comprobaciones inmediatamente —dijo el otro oficial—. Hay que averiguar quiénes han ocupado esta habitación en las últimas semanas.

—¡Zambomba! ¡Ya estamos metidos en pleno misterio! —dijo Pete, con entusiasmo.

Indy sacudió la cabeza, comentando:

—Francamente, parece que los Hollister tenéis la habilidad de atraer todos los misterios. ¡Es algo que me deja atónito!

Los viajeros comieron en un restaurante anejo al motel. Entonces Pam recordó a la familia Culver.

—¿Por qué no vamos a verles ahora? —propuso.

El director del motel les dio la dirección de los Culver. Estaban muy cerca. Descendiendo por la calle, había que pasar dos casas, el almacén general y cruzar a la acera opuesta a la entrada del museo.

—Siendo tan cerca, no vais a necesitarme —dijo Emmy—. Me quedaré con «Negrito» y escribiré unas cartas.

También Indy tenía algo que hacer. Debía llevar la furgoneta a la gasolinera. De modo que los niños se pusieron en camino solos.

Al llegar a la casa, vieron una niña sentada en las escaleras de la fachada. Tenía una cabellera larga y lacia, que le caía sobre los hombros, y los ojos castaños, muy grandes.

—Estamos buscando a los Culver —dijo Pam, acercándose a ella.

—Yo soy Azuba Culver —contestó la niñita.

Sue sonrió, feliz.

—¡Zuzu! ¡Qué nombre tan «percioso»!

La otra niña se echó a reír y arrugó la naricita, tostada por el sol, al decir:

—Nunca me han llamado Zuzu, pero si queréis, vosotros podéis llamarme así. No es más feo que Azuba.

—Yo creo que es más bonito —opinó Ricky.

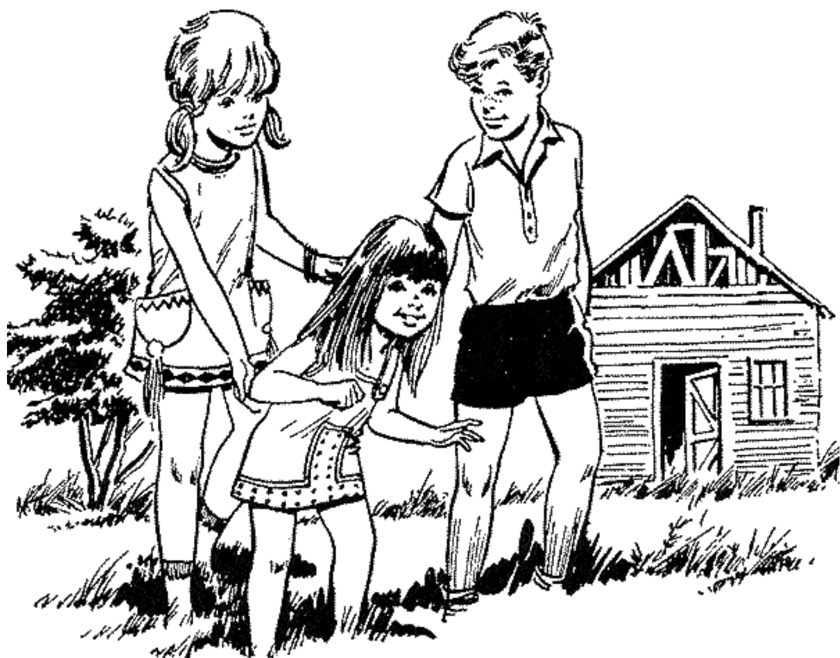
Cuando salió a la puerta una guapa señora, Pam le explicó quiénes eran ellos.

—¡Ah, sí! Entrad —invitó la señora Culver, muy cariñosa—. He recibido esta mañana una carta de la señora Meade, anunciándome vuestra visita.

Pete, Pam y Sue entraron en la casa, con la señora Culver, pero

Ricky y Holly se quedaron hablando con Zuzu.

—¿Queréis ver a mis amigos? —les preguntó la niña—. Ahora están aquí mis hermanas.



—Sí, sí —afirmó Holly.

—Y tomaremos un helado —prometió Zuzu a sus nuevos amigos.

Los tres se encaminaron al patio trasero. Varios árboles daban sombra al trecho de césped y a una parte de las flores del jardín. Al fondo había una casita destinada a que los niños jugaran.

—Os enseñaré a mis hermanas —dijo Zuzu, tomando a Holly de la mano.

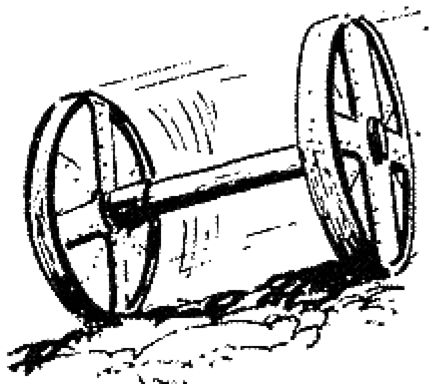
Cuando llegaron a la casita de juegos, Zuzu Culver entró en ella con Holly, seguida de Ricky.

—Tenemos visita —anunció Zuzu, muy contenta.

Holly quedó más que sorprendida.

—¿Estás son tus hermanas? —preguntó casi sin voz.

OREJAS MOVIBLES



Sentadas en dos sillitas estaban las dos muñecas más raras que Holly y Ricky vieran nunca. En realidad eran botellas de leche, vestidas con largas faldas y toquillas, y con pañuelos en la «cabeza». Zuzu se detuvo ante aquellos objetos, balanceándose sobre sus pies.

—Se llaman Laura y Juanita —explicó, orgullosamente.

—Pero… pero si son «hermanas imaginarias» —dijo Holly, sin poder comprender.

—Claro —contestó tranquilamente Zuzu—. Yo tengo muchas, muchas cosas imaginarias.

Ricky, mirándola de reojo, preguntó algo sobre lo que empezaba a sentirse inquieto.

—¿Y los helados?

—¡Aquí, aquí! —dijo Zuzu, aproximándose a una mesita, en la que había una cazuela de juguete, llena de barro seco.

—Éste es mi helado imaginario —explicó—. ¿Queréis un poco?

—¡Aggg! —hizo Ricky.

Pero Holly fue más amable y con una cucharita fingió estar paladeando el helado de barro.

—¡Humm! Está riquísimo.

Luego se acercó a las muñecas y las abrazó.

Para entonces, los otros hermanos ya habían terminado de hablar con la mamá de Zuzu y se encaminaron a la casita de juegos.

Al verles, Holly corrió a su encuentro para explicar a Pam, en un cuchicheo, algo sobre las singulares muñecas-botella.

—Ah, sí —contestó la hermana mayor—. Su madre ya nos ha hablado de eso. Dice que nunca se sabe cuándo Zuzu dice una cosa verdadera y cuándo no.

Después que Pam y Sue aparentaron tomar un poco del extraño helado, Pete propuso:

—¿Por qué no vamos a la tienda y compramos unos cucuruchos de helado verdadero?

—¡Sí, sí! —exclamó Zuzu—. Yo lo quiero de chocolate.

—Podemos comprarlo de dos sabores —dijo Ricky—. ¡Vamos, Holly, te desafío a una carrera!

A los pocos minutos, su hermana y él llegaban a los escalones de madera de la entrada. Los otros les alcanzaron muy poco después.

Cuando Holly abrió la puerta, una campanilla tintineó.

—Hummm. ¡Qué olorcito! A caramelos y bombones —dijo la niña.

—Esta tienda de estilo antiguo, qué bonita es —comentó Pam.

A un lado de la gran estancia había un mostrador muy largo y, en el centro, una negra y barriguda estufa.

—¡Zambomba! ¡Mirad qué monstruo de hierro! —exclamó Pete.

En ese momento, sin que supieran de dónde, brotó una risilla y una voz profunda dijo:

—Puede parecer un monstruo ahora, pero en invierno es un cariñoso amigo.

Los Hollister miraron a su alrededor. Al final del mostrador pudieron ver a un hombre alto, delgado y rubio, sentado en una alta banqueta. Al ponerse en pie y encaminarse a los recién llegados, sonrió.

—¿En qué puedo serviros? —preguntó.

—Querríamos unos helados de cucurucho —respondió Pete.

El tendero se dirigió a un depósito que estaba en el otro extremo de la nave. Mientras los niños iban pidiendo lo que deseaban, él servía a cada uno las bolas de delicioso helado.

—Para Azuba ya sé lo que tengo que ponerle —dijo el hombre —. A ella le gusta el chocolate.

Mientras se relamían con los ricos helados, los niños se dedicaron a explorar aquella encantadora tienda. Nunca, antes, habían visto otra igual. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y en uno de los mostradores se veían varios rollos de tela de alegres colores. En una esquina había un cuartito donde se leía «Correos».

«¡Canastos! —pensó Pete—. En esta tienda hay de todo».

Las niñas y Ricky habían hecho corro en torno a un recipiente de cristal lleno de caramelos de muchas clases: rellenos de licor, de fruta, bolitas de anís, peladillas, pirulís con palo y chocolatinas caseras.

Ya todos los demás habían elegido lo que preferían, cuando Pam preguntó:

—¿Quieres algún caramelo, Zuzu?

La niña dijo que sí con la cabeza y escogió un cubito lleno de barritas de caramelo. El tendero le entregó unas cuantas.

Pam, sonriendo, comentó:

—Tiene usted unas cosas tan buenas, señor…

—Wallace. Me llamo Wallace —contestó el rubio tendero.

Y mientras él guardaba los caramelos de los niños en una bolsa, de una habitación del fondo salió un chico que tendría la edad de Pete. Como de manera casual se acercó a Pete, que estaba examinando la estufa, y dijo:

—Hola.

—Hola.

—Me llamo Wally Wallace.

—Yo soy Pete Hollister, de Shoreham.

Mientras Pete hacía las presentaciones, sus hermanos prorrumpieron en risillas, hasta que Sue acabó diciendo:

—Oye, eres muy «divirtido».

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Wally puede mover las orejas!

El muchachito de Nueva Inglaterra sonrió muy complacido y dijo:

—Estaba esperando a ver si lo notabais.

—Hazlo otra vez, anda —pidió Holly.

Wally Wallace, permaneciendo perfectamente quieto, empezó a

mover las orejas de arriba abajo.

—¡Zambomba! ¡Qué gran cosa! Quisiera saber hacerlo —confesó Pete.

—¿Nunca lo has intentado?

—No.

—Es muy fácil. Basta con que lo pruebes.

Los Hollister y hasta Zuzu se quedaron muy quietos y empezaron a hacer mil gestos extraños, hasta conseguir que sus orejas se movieran un poco.

—Tu oreja izquierda lo hace muy bien —dijo el nuevo amigo de los Hollister a Ricky.

Y todos rieron al contemplar al pecoso. Incluso al padre de Wally, el tendero, le hizo mucha gracia.

Ya Wally Wallace se había convertido en el favorito de los recién llegados y Pete dijo que le alegraba mucho haber encontrado un chico de su edad, con quien divertirse, en Foxboro.

—También a mí me gusta «Walla Walla» —notificó Sue.

—Quizá pueda enseñaros la ciudad y los museos —se ofreció el chico—. Hago algunos trabajos, en horas libres, para el señor Marshall, y me permite entrar allí siempre que quiero.

—Eso nos gustaría mucho —repuso Pete.

—¿Veis algo más que queráis comprar? —preguntó Wally.

Pam, que había estado admirando dos colchas hechas a mano, colgadas en la pared, contestó:

—Me gustaría llevarle una a mi madre, pero son demasiado caras.

—Sí. Cuestan mucho —asintió el muchachito de Foxboro—. ¿Por qué no le llevas un poco de jabón casero?

Wally mostró a Pam una cesta llena de pelotitas envueltas en papel de seda de color. Pam cogió una para olería.

—Es perfumado —comentó. Y compró media docena de aquellas bolitas.

Mientras envolvía el jabón, el señor Wallace dijo a Pam que había colchas antiguas, muy bonitas, expuestas en el museo.

—Debéis ir a verlas —añadió.

—¿Por qué no vienes con nosotros? —preguntó Pete a Wally.

El chico accedió y Pam recordó en seguida:

—Pero antes tenemos que llevar a Zuzu a su casa.

Por el camino, Zuzu anunció con entusiasmo:

—Yo vi a los ladrones.

—¿A los asaltantes del tren? —preguntó Ricky, asombrado.

La pequeña movió repetidamente la cabeza de arriba abajo.

—Cerca del molino viejo… Allí les vi.

Pete hizo un guiño a Pam y Wally miró a la pequeña comprensivamente.

—Ya vemos que tienes mucha imaginación —dijo Ricky, con la cara muy seria.

—A ver si tienes cuidado en no decirnos tonterías, Zuzu —pidió Holly—, porque nosotros somos detectives.

Los ojos de Zuzu se tornaron redondos como platos.

—¡Ooh! —dijo, admirativa—. Eso es lo que quiero ser.

Cuando llegaron a casa de Zuzu, ésta tenía las comisuras de los labios de color oscuro de tanto comer caramelos rellenos, y corrió al interior de la casa.

Wally y los Hollister recorrieron la corta distancia que les separaba de los terrenos del museo. En la puerta, Pete dijo al empleado quiénes eran y el hombre hizo un movimiento con la mano, indicándoles que tenían entrada libre. Mientras se aproximaban a la Posada de la Diligencia, Pete y Pam hablaron a su nuevo amigo de la figura india de madera y del trabajo que habían venido a hacer a Foxboro.

—Entonces, vamos a medir ahora mismo al Amigo de los Colonos —sugirió Wally.

Todos entraron en tropel en el viejo edificio, donde les saludó una mujer vestida a la antigua, con una cofia en la cabeza. Wally le pidió una cinta métrica. Por casualidad, ella llevaba una en el bolsillo y se la prestó.

—Gracias —dijo Pam—. Es que vamos a tomar las medidas de un indio.

Wally les condujo al largo pasillo en donde estaban las figuras de madera, formando dos hileras una frente a la otra. Holly fue la primera en llegar junto al Amigo de los Colonos.

—¡Aquí está! —gritó y giró sobre sus talones, sacudiendo las trenzas, que rozaron al indio.

Pero, en lugar de volver a caer sobre los hombros de Holly, ¡las trenzas se quedaron pegadas al indio!

—¡Socorro! —gritó la niña, luchando por desprenderse.

La joven guía del museo corrió a su lado, exclamando:

—¡Dios mío! ¡Tenía que haberos advertido! Ahora me acuerdo de que al Amigo de los Colonos le han dado una capa de goma laca esta mañana.

—¡Eso ya lo vemos, canastos! —exclamó Ricky, alegremente.

La amable joven ayudó a Pam a tirar de las trencitas de Holly, para separarlas del indio, pero, a pesar de todo, muchos cabellos siguieron adheridos a la estatua.

La joven corrió a los sótanos y volvió con un trapo que había sido impregnado en alcohol de quemar.

—No es que sea precisamente perfume francés, pero disolverá la laca de tu cabello.

Pam y Holly le dieron las gracias y ella dijo:

—Volved mañana para medir al indio. Entonces ya estará seco.

—¿Os gustaría ver juguetes antiguos? —preguntó Wally, cuando salía con sus nuevos amigos de la Posada de la Diligencia—. ¡Algunos son viejísimos!

El chico acompañó a los demás a una casa que se parecía a la tienda de su padre. Pero en lugar de objetos para la venta, en las estanterías y mesas se exhibían juguetes antiguos de los que se habían podido encontrar por las casas de Foxboro.

En la estancia sonaba una musiquilla tintineante, que salía de una caja de música en cuya tapa bailaba un payasito.

En el estante inmediato, Ricky descubrió un coche de bomberos tirado por caballos, y Pete encontró un extraño mono mecánico. Iba adornado con un sombrero colonial, con plumas, y llevaba un tambor.

Una sonriente señora encargada de aquella sección, dio cuerda al juguete. Los chicos contemplaron, fascinados, cómo el mono batía repetidamente el tambor.

Entre tanto, las niñas admiraban las muñecas antiguas. Muchas de ellas iban vestidas de señoras y tenían lindísimas cabezas de fina porcelana.

—¡Son requeteguapísimas! —afirmó Sue.

—Sí, pero tendrás que tener mucho cuidado con ellas o se romperían —advirtió Pam.

—A mí me gustan esas esquilas —dijo Holly.

—Son esquilas de juguete —dijo Wally—, pero suenan de verdad.

Holly las hizo tintinear y exclamó con un mohín:

—¡Cuánto me gustaría comprara una para «Morro Blanco»!

—Puedes comprarla —le dijo la amable guía de la sección, acercándose—. En la tienda de recuerdos hay esquilas de ésas, que hacen las gentes del pueblo.

Después de contemplar todos los juguetes, buscaron la tienda de objetos de regalo, que se encontraba cerca de la salida. Holly probó el tintineo de varias esquilas, hasta encontrar la que más le gustó para «Morro Blanco», su gata de Shoreham. Luego Pam preguntó a la vendedora dónde se exhibían las colchas, y la mujer les indicó la puerta inmediata, correspondiente a un edificio de piedra. Pam, Holly y Sue se separaron de los chicos para ir a contemplar los cobertores.



—¡Qué bonitos! —exclamó Pam, admirando los alegres colores de las colchas, que estaban extendidas en toda su longitud y sujetas en bastidores que los visitante podían ir pasando igual que las hojas de un libro.

Otra joven empleada se acercó a decirles:

—Hay una colcha que creo os gustará ver.

Señalaba una colcha hecha con muchas piezas distintas. En el centro de cada pieza se veía una firma a tinta.

—Es una colcha de la amistad —explicó la empleada.

—Hemos visto hacer una —contestó Pam.

—¡Huy, mirad! —exclamó Holly, señalando un extraño nombre —. ¡Cuz Phoebe!

—¿No os parecería bonito tener un primo que se llamase Phoebe? —dijo Pam.

Examinando la colcha con atención, las niñas pudieron ver un

tablero de ajedrez en una de las piezas, una mesa con flores, en otra, un ancla, una gallina y hasta un tigre.

Entre tanto los chicos habían cruzado una gran extensión de terreno cuadrado, hacia un granero que, según les dijo Wally, estaba lleno de aperos y equipo de granja, antiguos. En frente, sobre una pequeña elevación del terreno, había dos grandes ruedas con un eje entre ellas.

—¡Canastos! ¿Qué es eso, Wally? —preguntó Ricky.

El muchachito de Foxboro explicó que se trataba de mi extraño artefacto que antes se usaba para arrastrar árboles colina abajo. Se ponía un gran tronco sobre el eje y se mandaba, rodando, hasta el camino, en donde era cargado en una carreta tirada por caballos.

Mientras ellos estaban contemplando el extraño transportador de troncos, llegaron cuatro chicos también a mirar. Les seguían a distancia una mujer y un hombre.

—¡Qué chicos tan brutos! —comentó Ricky, viendo que los otros empujaban y golpeaban las ruedas.

Aunque el artefacto tenía las ruedas hundidas varios centímetros en el suelo, los chicos lograron moverlas.

Los mayores estaban hablando y no se dieron cuenta. Unos momentos después las ruedas quedaban fuera de la hendidura que las mantenía inmóviles.



—¡Cuidado! —gritó Pete.

Pero ya era demasiado tarde. Los cuatro chicos se alejaron corriendo y el gran artefacto empezó a rodar directamente hacia él. En su prisa por escapar, Pete dio un traspié y cayó sobre el lugar por donde pasarían las gigantescas ruedas.

¡Debía darse prisa en alejarse, ya que de lo contrario, las ruedas pasarían sobre él y le dañarían!

UN PUENTE PELIGROSO



Mientras Pete se alejaba, arrastrándose, del camino de las dos gigantescas ruedas, Ricky y Wally corrieron hacia ellas. Les dieron un fuerte empujón y así cambiaron la dirección del artefacto. Éste pasó a muy pocos centímetros de Pete y chocó con un poste, antes de detenerse. Por fortuna, el poste estaba bien hundido en la tierra, recubierta de hormigón, y no se movió.

—¡Canastos! —murmuró el pecoso, que se había quedado muy pálido.

—Después de todo, no ha ocurrido nada —dijo Pete, dando unas palmadas en el hombro a Wally—. Gracias por salvarme. ¡Qué cerca he estado de una catástrofe!

Wally sonrió y ayudó a Pete y Ricky a llevar el armatoste al lugar en que estaba en un principio. Estaban fijándolo cuando salió el señor Marshall de la Posada de la Diligencia.

—¡No juguéis con el transportador de troncos, muchachos! —gritó, corriendo hacia ellos.

Wally le contó lo que había sucedido y el director del museo buscó a los cuatro mozalbetes, pero no pudo encontrarlos.

—Parece que hoy todo sale mal —dijo el señor Marshall,

mirando hacia el cielo, con desencanto, mientras se formaba en su frente una arruga de preocupación.

—¿Le ha sucedido algo? —se interesó Pete.

—Todavía no —contestó el señor Marshall, explicando que el hombre del tiempo había anunciado una probable tormenta—. Un huracán avanza en esta dirección. Huracán Cora, creo que lo llaman. Y si llega con fuerza, me temo que esta vez el viejo puente quedará barrido.

Mientras él hablaba, se aproximaron Pam, Holly y Sue.

—¿Por qué los huracanes tienen nombre de niña? —preguntó Sue.

La inesperada ocurrencia cambió por un momento el curso de la conversación. Nadie parecía encontrar respuesta. Hasta que Ricky, sonriendo, declaró:

—Ya sé por qué. Porque las chicas sois tan terribles como un huracán.

Hasta el señor Marshall sonrió por un momento. Luego volvió a aparecer preocupado. Contestando a una pregunta de Pam, explicó la historia de los pleitos sobre el puente de madera. Una señora llamada Paciencia Jones había sido la propietaria del puente y de la tierra de uno y otro extremo. En su testamento había dejado la propiedad a una sobrina nieta.

—¿Es una nena pequeñita? —preguntó Holly.

—No. La sobrina es una Señora de mediana edad. Está deseando vender el puente. Pero un sobrino de la difunta, que vive en Francia, ha dicho que el testamento no es válido.

El director del museo siguió explicando que el sobrino nieto había impugnado el testamento, diciendo que la firma de Paciencia Jones era falsa.

—Pero eso parece fácil de comprobar —dijo Pete—. ¿No hay alguna firma de esa señora, para hacer la comparación?

—Ahí está el problema. En que no podemos encontrar otra firma de la señora Jones.

En ese momento los ojos de Pam se pusieron muy brillantes.

—Ya sé —dijo—. ¡Puede que la firma de esa señora esté en alguna colcha de la amistad!

—Hemos pensado ya en eso —contestó el señor Marshall,

sacudiendo con desánimo la cabeza—, pero no hemos podido localizar una con su nombre.

—Si la firma pudiera ser localizada, el asunto se solucionaría definitivamente.

—Creo que podría probarse que el testamento es legal y podríamos adquirir el puente.

—Entonces, busquemos otras colchas de la amistad —propuso Pam—. A lo mejor encontramos una firmada por Paciencia Jones.

El director del museo se encogió de hombros y murmuró:

—Aun suponiendo que la encontraseis, ahora ya no podríamos adquirir el puente antes de que lo derribe el huracán. Pero si queréis buscar una colcha, adelante. De todos modos, no penséis en las del museo. Las hemos examinado todas.

Mientras el señor Marshall se marchaba, muy desalentado, Pete preguntó:

—¿Dónde está ese puente cubierto, Wally?

—No muy lejos de aquí. Cerca del Camino del Molino Viejo. ¿Queréis que vayamos a verlo esta noche, después de cenar?

—¡Buena idea! —asintió Pete—. ¿Querrás ir a buscarnos al motel?

—Claro. Ahora me marcho, que tengo que hacer unos recados para papá.

Wally meneó sus portentosas orejas y se alejó.

Los Hollister regresaron al motel y contaron a Indy y su hermana todo lo que había sucedido.

—¡Si pudiéramos encontrar esa firma, Emmy! —dijo Pam—. Me da pena el señor Marshall. Me gustaría saber dónde vivió Paciencia Jones. Si alguna vez hizo una colcha de la amistad, puede que todavía esté en su casa.

—Preguntemos al director del motel —propuso Pete.

—Buena idea —aprobó Indy—. Al mismo tiempo preguntadle por algún sitio especial donde tomar una buena cerveza.

Cuando Pete y Pam preguntaron al hombre, éste dijo:

—Podréis matar dos pájaros de un solo tiro, yendo a la posada de la Montaña Verde. Es un excelente restaurante y, al mismo tiempo, es la casa donde vivió Paciencia Jones.

Después que el hombre les dio la dirección del restaurante, los

dos hermanos le dieron las gracias y volvieron con los demás.

Pete explicó lo que el hombre les había dicho.

—Pues vayamos allí, a cenar —decidió Emmy.

Mientras entraban en la furgoneta, notaron que el color del cielo, que hasta entonces había sido de un azul transparente, tenía ahora un desagradable color negruzco.

—Parece que se aproxima al huracán —dijo Indy.

—Pam, no te desanimes si la búsqueda de la colcha no resulta más que una pérdida de tiempo —aconsejó Emmy, rodeando con un brazo los hombros de Pam—. Me temo que el puente no va a poder resistir la tormenta.

—Ya lo sé, pero, de todos modos, voy a intentar encontrar la firma de Paciencia Jones.

Diez minutos más tarde, Indy aparcaba junto a una gran casa blanca, que se levantaba en el centro de un amplio prado. Cuando se acercaban a la puerta de la fachada les salió al encuentro una señora de cabellos plateados, con un vestido de flores.



—¡Nosotros somos «ditictives»! —dijo de pronto Sue, mientras la señora les acompañaba a una mesa.

—¡Magnífico! ¿Y qué esperáis encontrar aquí?

Mientras tocios se sentaban, Pam dio las primeras explicaciones.

—Es muy posible que Paciencia Jones hiciera una colcha de la amistad —dijo la posadera—. Esas colchas eran muy populares por entonces. Pero aquí no tenemos ninguna de ellas.

Después de presentarse como la señora Hull, la mujer continuó:

—Soy la dueña de esta casa. El día antes de que yo la comprara, todos los muebles fueron subastados. Yo había mirado antes las cosas, por encima, pero no recuerdo haber visto ninguna colcha.

—Tal vez estuviera revuelta con otras cosas —apuntó Pam—; en algún cajón, en una cómoda…

La señora Hull quedó pensativa un momento. Luego cabeceó,

meditabunda.

—Ahora que lo mencionas, había una gran caja de cartón, con cosas en desuso, que se vendió sin llegar a ser abierta.

—¿Recuerda usted quién la compró? —preguntó, al momento, Pam.

—Sí. Era… —Entonces la posadera se interrumpió—. Perdón. Ahí viene otro cliente.

Los niños estaban deseando que la señora Hull volviera.

—Mientras tanto, a ver si decidís lo que vamos a cenar —propuso Indy.

Mientras los demás leían la carta del menú, Sue se deslizó fuera de su asiento, para encaminarse a una gran chimenea que había al fondo del comedor.

La señora Hull y Sue regresaron casi al mismo tiempo. Emmy dejó escapar un grito contenido al ver a la pequeñita, y la posadera exclamó:

—Pero, querida, ¿dónde has estado?

Toda la carita de Sue estaba sucia de hollín.

—Estaba buscando a Papá Noel y se me han manchado las manos un poquito.

—Y luego te has tocado la cara, hijita —dijo Emmy.

—No hay que preocuparse —dijo la dueña del restaurante.

La tomó de una mano y desapareció con Sue. A los pocos momentos volvían y, ahora, la carita de Sue resplandecía de limpieza.

—Ya hemos hablado con la camarera —dijo Pam—. Por favor, ¿querrá usted decirnos quién compró aquella caja con cosas en desuso?

—Fue la señora Álamo. La que vive en la Carretera del Molino Viejo.

—Esta noche vamos a ir cerca —recordó Pete—. ¡Al puente cubierto!

—Entonces, pasaréis ante su casa.

—Indy, ¿podremos detenemos a ver a la señora Álamo, por favor?

Antes de que Indy hubiera podido responder, habló la señora Hull.

—No os servirá de nada. La señora Álamo no estará en casa hasta mañana. Todos los martes los pasa en casa de su hermana, que vive a unas cincuenta millas de aquí.

Pam puso una cara muy larga.

—No importa —dijo Pete—. De todos modos, iremos con Wally a ver el puente.

Ricky arrugó la frente, al tiempo que decía:

—Ir sólo a mirar no es divertido. Hay muchos aparatos de gimnasia en la parte trasera del hotel. Yo prefiero quedarme allí.

—Yo «tamén» —afirmó Sue.

—Y yo —decidió Holly.

—Está bien —aceptó Emmy—. Yo me quedaré haciéndoos compañía a vosotros tres y a «Negrito».

—Yo llevaré a los demás al puente.

Aunque la cena era muy apetitosa, los niños no pensaban en otra cosa más que en terminar pronto. En cuanto Indy hubo pagado la cuenta y Pam dio las gracias a la señora Hull, corrieron todos a la furgoneta.

Poco después de haber llegado ellos al motel, se presentaba Wally. Pam le habló de la caja que la señora Álamo había comprado en la subasta.

Wally movió de un lado a otro la cabeza.

—Seguramente no se acordará de lo que había dentro. Es muy olvidadiza. Yo os enseñaré dónde vive.

Siguiendo las indicaciones del muchachito de Foxboro, Indy condujo la furgoneta fuera de la ciudad. Pronto llegaron a un puente moderno, luego a una carretera estrecha que avanzaba por el borde del río.

Al poco rato Wally señaló una caseta.

—Ahí es donde guardo mi motora —dijo—. Si queréis, puedo llevaros a dar un paseo en ella.

—Claro que sí, ¡zambomba! —contestó Pete.

—Pero no podremos hasta dentro de un par de días, porque tengo la barca recién pintada. Se está secando en el patio de casa. —En aquel momento Wally señaló una casa blanca, a su izquierda —. Aquélla es la casa de la señora Álamo.

Unos momentos después pasaban ante un molino de piedra,

situado al otro lado de la carretera. Se había hundido el techo y el edificio, medio oculto por los sauces, estaba casi en ruinas.

Algo más allá, Wally dijo a Indy que virase de nuevo a la derecha. Entonces penetraron en un camino cubierto de maleza. Ante ellos se levantaba el viejo puente. Indy detuvo el coche y todos salieron. Era casi completamente de noche y se veía el brillo intermitente de las luciérnagas. Pete anduvo delante de todos hasta un letrero que decía:

PELIGRO. NO SE DEBE PASAR

—No debes seguir adelante —dijo Pete.

—No, pero podemos cruzar el puente a pie —propuso Wally—. Dentro resulta todo muy fantasmal.

Mientras los exploradores se metían por el puente de madera, sus pasos resonaban con un ruido a hueco. Había un fuerte olor a humedad y podredumbre.

Wally, que marchaba delante, señaló un gran agujero del suelo. A través del mismo podía verse, abajo, el agua. Por fin salieron al otro extremo del puente. Indy contempló la vieja construcción y sacudió, dudoso, la cabeza.

—Dudo que esto pueda soportar un huracán.

—De todos modos, no hay que perder la esperanza —opinó Pam—. Yo voy a seguir buscando la firma de Paciencia Jones.

—Será mejor volver en seguida —dijo Pete—. Es casi completamente de noche.

Estaban penetrando nuevamente por el puente, cuando se oyó un chapoteo y notaron un revoloteo en torno a sus cabezas.

Pam dio un gritito de miedo.

—Son golondrinas —explicó Wally.

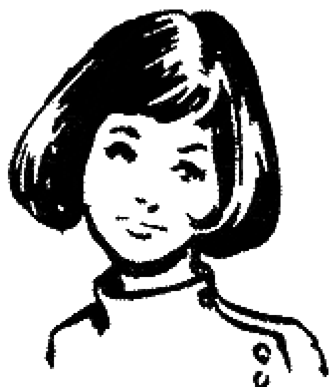
—Quiero salir de aquí en seguida, antes de que esos pájaros me picoteen —dijo Pam, muy nerviosa.

Y echó a correr, sin ver más que la opaca claridad que se filtraba desde fuera, por los extremos del puente.



Pero, en su prisa, Pam había olvidado el agujero. De repente, la paz que reinaba en aquellos parajes se hizo añicos, a causa del grito estridente que exhaló Pam. ¡La niña acababa de caerse, por el agujero, a las aguas del río!

LA RANITA Y EL «RANITO»



Pam cayó al agua, produciendo un gran chapoteo. Quedó sin respiración, pero en seguida se vio obligada a luchar contra los remolinos de agua. Mientras ella intentaba nadar hasta la orilla, Pete, Wally e Indy atravesaron el puente y corrieron a la orilla del agua, en la oscuridad.

—¡Por aquí, Pam! —gritó Pete, al distinguir la cabeza de su hermana—. ¡Nada hacia aquí y nosotros te agarraremos!

Mientras intentaba, desesperadamente, llegar a la orilla, Pam engulló una gran bocanada de agua y empezó a toser. A pesar de lo mucho que se esforzaba, la fuerte corriente la empujaba río abajo. Los dos chicos e Indy corrían por la orilla, siguiendo a la pobre Pam.

Se les hundían los pies en los trechos pantanosos y daban tropezones con los pedruscos, mientras iban aproximándose al viejo molino.

Detrás de la gran rueda había un remanso. Al ver aquello, Pete gritó:

—¡Procura sujetarte a la rueda, Pam!

El primero en llegar al viejo edificio fue Pete, seguido de cerca

por Indy y Wally. El muchachito trepó por una pared de piedra, medio en ruinas, y llegó a lo alto de la rueda. Por fin Pam había llegado a las aguas tranquilas y se agarraba, exhausta, a un lado de la rueda.

—¡Sujétate! Yo iré a buscarte —gritó Pete.

Pero, cuando intentaba descender por las palas de madera, la rueda de molino crujió y dio una repentina sacudida. ¡Pete se vio lanzado de cabeza, junto a su hermana! Pero en seguida salió a flote, rodeó a Pam con un brazo y nadó con ella hasta las aguas vadosas. Juntos se abrieron paso hasta un trecho cubierto de vegetación.

—¿Os habéis herido? —preguntó Indy, mientras ayudaba a la chorreante Pam a subir a la orilla.

Pam contestó, sin aliento:

—No, no…

Sólo se había hecho una desholladura en la rodilla al caer del puente.

—Pero estás muy fatigada —dijo Indy—. Volveremos a casa ahora mismo.

Pidió a los chicos que hiciesen compañía a Pam y él fue a buscar el coche. Indy corrió, en la oscuridad, y pronto los niños oyeron sus pasos veloces en la gravilla del camino. Luego, todo quedó silencioso.

—Este molino tan misterioso me hace sentir cosquilleos en la nuca —cuchicheó Pete, estremeciéndose bajo las ropas empapadas.

—¡Chiist! Me parece que oigo algo —murmuró Pam.

Los tres niños escucharon atentamente. No se oía otra cosa que el susurro de las aguas del río.

—Me pareció que era como un golpe —insistió Pam.

—Puede haber caído algo sobre la rueda —razonó Wally—. Seguramente algo arrastrado por la corriente.

—Éste sería un lugar estupendo para escondite de los ladrones, ¿no os parece? —preguntó Pete, mirando hacia el camino, con el deseo de ver aparecer los faros de la furgoneta.

—A mí me parece un sitio demasiado húmedo —fue la respuesta de Wally, que contemplaba las carcomidas paredes que tenía a su espalda.

—¿Los molinos tienen sótano? —preguntó Pete.

—No tengo ni idea —contestó su amigo—. Mirad, ahí viene Indy.

Dos brillantes faros parpadearon, cegadores, en la oscuridad. Luego la furgoneta estuvo haciendo maniobras hasta conseguir que el haz de sus faros indicase a los niños por dónde podían llegar al camino.

Castañeteando los dientes, Pete y Pam se metieron en la parte trasera del vehículo, mientras Wally se sentaba delante, junto al conductor.

Soplaba un fuerte viento cuando llegaron al motel y Wally bajó.

—¡Hasta mañana! —dijo el chico, marchando a toda prisa hacia su casa.

—Ahora, a daros una ducha caliente, los dos —indicó Indy a los dos hermanos, que estaban tiritando.

Pete y Pam corrieron a sus habitaciones y las encontraron vacías.

«Emmy debe de estar contándoles alguna historia» —pensó Pam, mientras abría el grifo del agua caliente.

Un cuarto de hora después, bien reanimada y seca, con el pijama y la bata puestos, iba a llamar a la puerta de Pete. También él estaba ya arreglado, y juntos fueron a la habitación de Emmy. ¡Qué risas y exclamaciones sonaban dentro!

Cuando Pete abrió la puerta y entró, con Pam, Emmy estaba diciendo:

—¿Sabéis algo de esas ranitas curiosas que se suben a los árboles?

Los niños se quedaron escuchando el aullido del viento, cada vez más fuerte, y luego contestaron que no, con la cabeza.

—Pues yo sé un trabalenguas de unas ranitas —dijo la hermana de Indy—. Primero lo diré lentamente, para que podáis repetirlo conmigo.

Con una sonrisa, Emmy recitó:

«Un rano, ranito reía a una rana,
ésta raneaba, subida en la rama.
La rana corría sobre la arboleda.

El rano, ranito, por la carretera».

Sue, que también iba en pijama, soltó una risilla, dispuesta a empezar. Pero Emmy dijo:

—Aún hay más. Un momento.

«El rano a la rama se quiso subir.
La rana, riendo, le dijo que sí.
Al rano del suelo la rana quería,
por rana de rama, el rano moría».

Emmy recitó el versito una vez más, lentamente, y todos los niños lo repitieron.

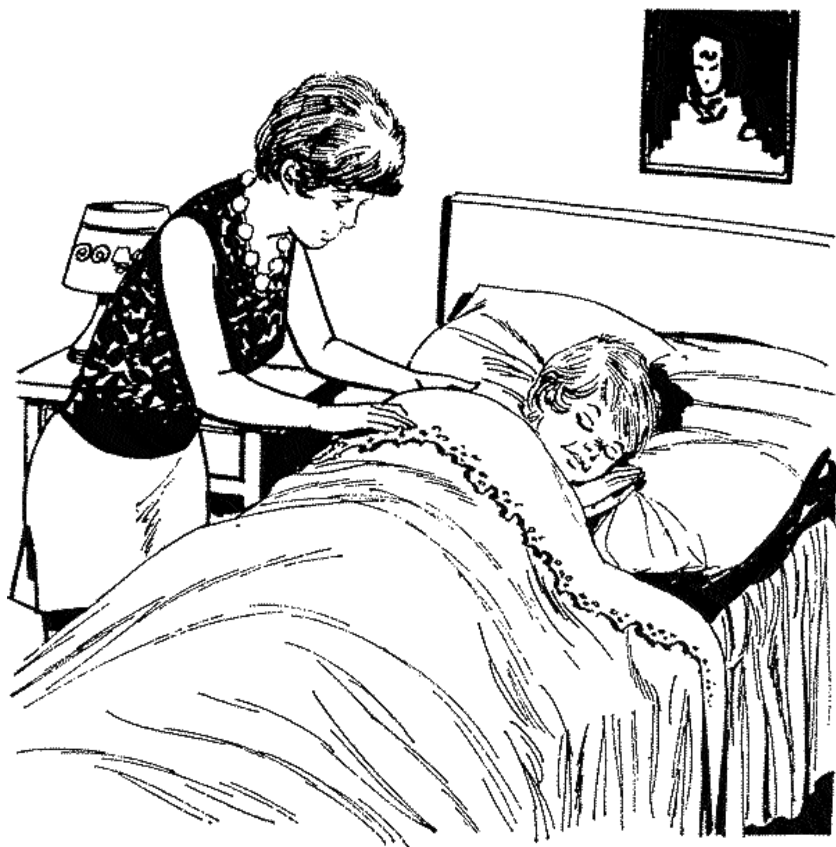
—Ahora más de prisa, más de prisa —apremió ella.

El alboroto y las risas que siguieron hicieron que «Negrito» se despertara. Hasta Indy asomó la cabeza por la puerta, sonriendo.

—¿A qué se debe tanta diversión? —preguntó.

—Un rano a la rana se quiso subir —dijo Holly, haciéndose un gran lío.

Empezaron otra vez las risas. Ricky reía tan de buena gana que se revolcó dos veces por la cama de Emmy. Sue fue la primera en dejar de reír. Viéndola suspirar, Emmy la tomó en brazos y la llevó a la habitación de Pam y Holly para meterla en la cama. Sue volvió a suspirar.



—El rabo del suelo… —murmuró; antes de quedarse dormida.

Cuando Emmy volvió con los demás, Pete, Pam e Indy le contaron sus aventuras.

—¡Cuánto me alegro de que estéis a salvo! —dijo la muchacha, abrazado a Pam.

Aquella noche, el aullido del viento entre los árboles estuvo presente durante todo el sueño de los viajeros. Cuando éstos despertaron, por la mañana, el cielo estaba oscuro y cargado de nubes. Pete conectó el aparato de radio a tiempo de oír decir al meteorólogo que el Huracán Cora estaba, sin duda alguna, camino de Nueva Inglaterra.

El noticiario siguió informando de que las autoridades habían intensificado la búsqueda de los dos ladrones del tren, a los que creían ocultos en el área de Foxboro.

Pete volvió a pensar en el viejo molino, pero acabó diciéndose que la policía ya habría buscado por aquellos parajes.

Durante la hora del desayuno. Emmy y las tres niñas decidieron ir a casa de la señora Álamo, en el Camino del Viejo Molino, para ver si lograban encontrar una colcha de la amistad, con la firma de Paciencia Jones. Pete y Ricky se ofrecieron para encargarse de tomar las medidas del Amigo de los Colonos, mientras Indy visitaba con más detenimiento el Pueblo Pionero.

—«Negrito» puede quedarse aquí, en el motel —propuso Pam.

Después de dar desayuno al perro, las niñas salieron al Camino del Viejo Molino. Emmy iba al volante de la furgoneta. Pam fue indicando el camino y muy pronto se encontraron ante la casa de la señora Álamo. En la parte trasera pudieron ver un cobertizo y un granero.

Emmy y las niñas subieron el tramo de escaleras de madera que llevaban a la puerta de la fachada. Hicieron sonar una campanilla y apareció la señora Álamo.

«Parece cualquier cosa, menos un álamo», pensó Pam.

La señora era casi tan ancha como la puerta. Tenía el cabello muy dorado y lo llevaba recogido en un moño, sujeto por una peineta de carey.

Después que Emmy presentó a las niñas y a sí misma, Pam explicó el motivo de su visita.

—Nos han dicho que usted compró una caja con cosas en desuso, en la subasta de la señorita Jones —dijo—. Querríamos saber si dentro había alguna colcha de la amistad.

—A ver… Dejadme pensar… —dijo la señora, hablando lentamente, mientras Pam contenía la respiración—. Pues…, creo que sí…

—¡Vivaaa! —gritó Holly.

—¿Podríamos verla? ¡Por favor! —suplicó Pam.

—Es que puede llevar un nombre importantísimo —añadió Holly, con aires de persona mayor.

—Dios mío… Es que no sé, exactamente, en dónde puede estar —dijo la señora Álamo—. Pero, entrad.

Mientras les hacía pasar a la sala, explicó que ella coleccionaba colchas antiguas.

—Y tengo en la buhardilla baúles llenos de ellas —añadió, jadeando por el corto trayecto hecho desde la puerta a la sala.

—¿Podríamos mirarlos ahora mismo? —preguntó Pam.

La gordísima señora empezaba a decir que sí, con un cabeceo, cuando, de improviso, exclamó:

—¡No, no! ¡Lo había olvidado!

Pam puso una cara muy larga, sin poder evitarlo. La señora Álamo dijo a los visitantes que tenía que ir a ver a un pariente enfermo, en Foxboro y que, de un momento a otro, tenía que llegar un taxi que iba a llevarla. Les prometió:

—Pero os buscaré esa colcha más tarde.

Desencantadas, Emmy y las niñas Hollister, volvieron a la furgoneta para regresar a la ciudad.

—Vayamos al museo a buscar a los chicos —propuso Holly, y las demás estuvieron de acuerdo.

Pero, al llegar a la Posada de la Diligencia, se encontraron con que entre las figuras de madera únicamente estaba el señor Marshall.

—Los muchachos tomaron las medidas del Amigo de los Colonos y se han marchado a inspeccionar el pueblo. Pero, ya que estáis aquí, ¿por qué no visitáis la Sala Carrusel? —indicó el señor Marshall—. Hay muchos encantadores animalitos de viejos tiovivos. Está en el tercer piso.

Mientras subían las escaleras de madera, Holly, con cara muy hosca, dijo:

—Apostaría algo a que Pete y Ricky se están divirtiendo más que nosotras.

En aquel preciso momento sus hermanos se hallaban en la herrería del pueblo. Al salir se encontraron con el señor Marshall.

—Os he estado buscando —dijo el hombre—. ¿Queréis hacerme un favor?

—Claro que sí —repuso Pete.

El señor Marshall les explicó que el conductor de la carreta iba a estar ausente una o dos horas. ¿Querría Pete encargarse de conducir la carreta llena de turistas?

—¡Zambomba! Lo haré encantado.

—Yo le ayudaré —se ofreció él pecoso—. Conozco mucho sobre

carretas y bueyes.

Los dos hermanos quedaron en encontrarse con el señor Marshall a la una, en la puerta de la vieja iglesia.

—¡Verás cuando Holly se entere! —comentó el pequeño, con entusiasmo.

—Podéis decírselo en seguida. La señorita Roades y las niñas están en la Posada de la Diligencia —informó el señor Marshall.

Pete y Ricky encontraron a las niñas, que estaban admirando la atractiva colección de animales tallados en madera, recogidos de viejos tiovivos. Una señora con traje de época les atendió y estuvo hablándoles de aquellas figuras.

—Como veis, hay leones, cebras y jirafas —dijo—. Pero, en los últimos años, lo que se ha hecho más popular son los caballos.

—Porque son menos «piligrosos» para cazar —dijo Sue, muy convencida de su sabiduría.

La empleada contuvo la risa y dejó de dar explicaciones. En seguida Pete y Ricky dieron la noticia.

—Querría haber estado con vosotros —dijo Holly, mientras bajaban las escaleras.

Fuera encontraron a Indy y, todos juntos, fueron a la cafetería del museo a comer algo.

Después las niñas salieron con Emmy a visitar la escuela del Pueblo Pionero y los chicos corrieron a encontrarse con el director. Éste ya estaba esperándoles, con la pareja de bueyes. La carreta se encontraba llena de turistas.

—Conducid lentamente —orientó el señor Marsall—. Y no dejéis que los bueyes se desboquen.

Los dos chicos subieron al pescante, Pete cogió las riendas y gritó:

—¡Arreee!

—¡Canastos! —exclamó Ricky, entusiasmado—. Imaginaremos que nosotros éramos pioneros.

Y empezó a dar saltos y a hacer contorsiones, hasta que su hermano tuvo que reñirle. Luego, mientras avanzaban hacia una pequeña alberca llena de flores, Ricky vio a sus hermanas que salían de la vieja escuela. El pequeño se llevó dos dedos a los labios y dejó escapar un estridente silbido.

Ya era demasiado tarde cuando recordó la advertencia que el viejo conductor le diera el día antes. Los bueyes se detuvieron en seco negándose a avanzar. Luego, se dedicaron a tirar hacia un lado y hacia el otro. Los dos animales se quedaron quietos cuando hundieron las patas delanteras en el agua de la alberca. Entre tanto, los turistas daban alaridos de miedo.

Pete miró a todas partes, buscando ayuda desesperadamente. A lo lejos descubrió a Indy, que charlaba con el señor Marshall.

—¡Indy! ¡Ayúdanos! —pidió, a voces.

El bueno de Indy llegó corriendo, se metió en el agua, agarró las riendas de los animales y les hizo salir de la alberca.

—Es culpa mía —confesó Ricky, cuando apareció a la vista el señor Marshall—. Es que he silbado. Pero no volveré a hacerlo nunca, habiendo bueyes cerca.

Aunque los turistas estuvieron a punto de remojarse los pies, no sucedió ningún percance. Y todos perdonaron a Ricky cuando el pecoso prometió portarse como mejor conductor que hasta el momento. Los visitantes empezaron a charlar y reír, mientras Pete y Ricky les conducían por el recinto, mostrándoles todo lo que tenía algún interés.

Entre tanto, Emmy llevó a Indy al motel, en la furgoneta, para que se pusiera ropas secas, y las niñas se entretuvieron en explorar los alrededores. Habían acordado reunirse todos a una hora determinada en la Posada de la Diligencia.

Ya era casi la hora de encontrarse todos, cuando el cielo empezó a ponerse negrísimo y el viento a soplar cada vez con más ímpetu. Al ver caer las primeras gruesas gotas de agua, las niñas corrieron a la Posada.

Acababan de meterse en el porche, cuando una verdadera cortina de agua empezó a caer. El cielo se puso tan oscuro como si fuese noche cerrada.

Unos minutos más tarde la furgoneta de los Hollister llegaba desde lo alto de la colina, con los faros encendidos, y se detenía ante el edificio. Mientras las niñas corrían hacia el vehículo, de las sombras surgieron los dos chicos, que también llegaban a la carrera.

—¡De prisa! ¡Entrad! —ordenó Emmy—. Tenemos aquí el huracán.

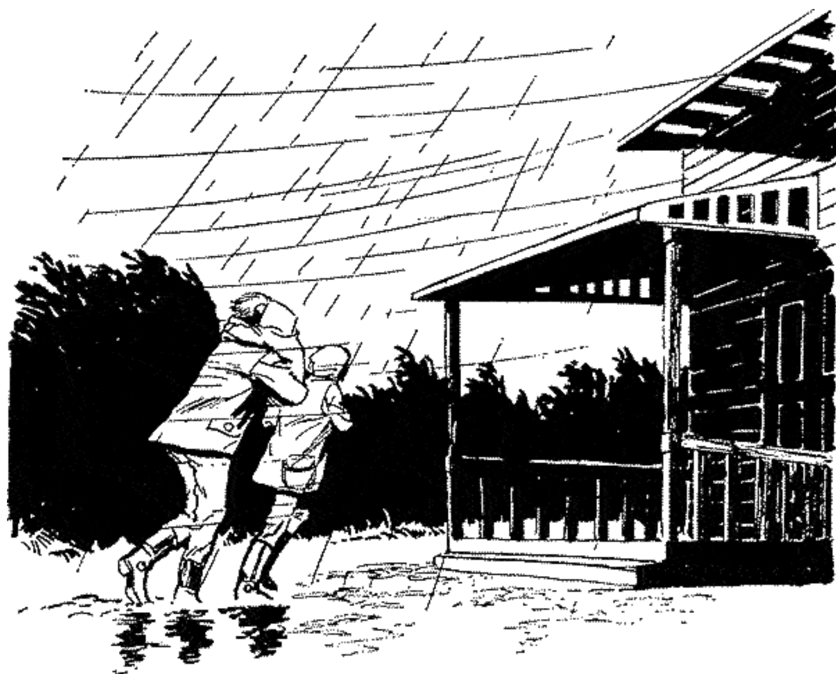
Mientras los cinco hermanos se metían en el coche, «Negrito», muy erguido en el asiento trasero, no cesaba de ladrar.

—Hemos metido a los bueyes en el corral, en el último momento —dijo Pete.

Indy condujo lentamente por la carretera sin empedrar, hacia la cima de la montaña más cercana. Pero la lluvia caía con tal fuerza que los limpiaparabrisas no permitían una clara visión del camino.

—No es posible —declaró Indy, deteniendo la furgoneta—. No debo seguir conduciendo bajo esta tormenta. Tendremos que meternos en alguna parte y esperar.

—Estamos cerca de la iglesia —dijo Pete, atisbando a través del agua que caía a raudales sobre el parabrisas.



Con Sue en brazos de Indy y «Negrito» sujeto por Pam, el grupo emprendió una carrera bajo la lluvia. Chorreando, entraron en la iglesia. El señor Marshall estaba allí. Pete sacó la radio de su bolsillo. Todas las noticias eran relativas al huracán Cora.

—Probablemente va a ser el peor de toda la historia de Foxboro —estaba diciendo el locutor.

—¿Qué haremos? —preguntó Pam.

—Quedarnos aquí hasta que concluya —dijo el señor Marshall.

Indy y él salieron bajo la tormenta y volvieron media hora más tarde con mantas, una linterna, bocadillos y un termo con leche, todo cubierto con una gran tela impermeable.

—Este huracán Cora va a resultar un verdadero gato montés —dijo el señor Marshall—. Iré a ordenar que se claven tablones en algunas ventanas del Pueblo o van a quedar hechas trizas.

Indy se ofreció a ayudar y los dos hombres salieron nuevamente.

Entre tanto, Pete había encendido un gran fogón que había en una esquina. Emmy y los niños se colocaron alrededor, y pronto tuvieron las ropas secas.

Cuando todos estuvieron dispuestos para acostarse, Indy todavía no había regresado. El viento golpeaba con fuerza el tejado. «Negrito» aulló, estremecido, junto a Pete.

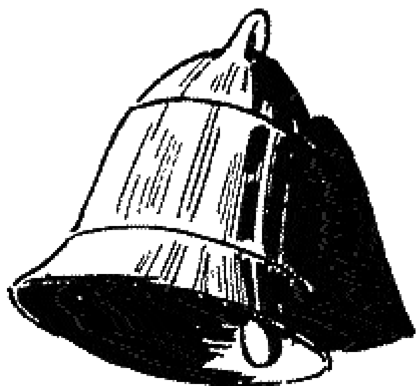
—Yo también tengo miedo —confesó Sue.

—No te preocupes, guapina —pidió Pam, abrazando a su hermana—. Puedes dormirte a mi lado.

Se extendieron las mantas sobre los bancos de la iglesia y los niños se acomodaron en aquellas duras e improvisadas camas. Durante largo rato todos permanecieron despiertos, escuchando el golpeteo de la lluvia. Por fin, fueron quedando dormidos.

De repente, a mitad de la noche, fueron despertados por un ruido extraño. Pete se puso en pie, de un salto, y quedó escuchando. ¡La campana de la iglesia estaba tocando!

DESCUBRIMIENTO DE «NEGRITO»



¡Ding! ¡Dong! El sonido repercutió por encima de la tormenta. Los niños escucharon, asustadísimos. ¿Quién podía estar tocando la campana?

—No hay nadie arriba —dijo Emmy, intentando tranquilizar a todos.

—¡Sí, sí hay! —afirmó Ricky—. ¿Cómo iba a sonar la campana, si no hubiera nadie?

—¿Será que uno de los ladrones está escondido en el campanario? —se le ocurrió decir a Holly.

—Si fuera así, ¿para qué iba a tocar la campana, indicándonos dónde está? —razonó Pam.

Por la imaginación de los niños pasaron infinidad de explicaciones para aquellas extrañas campanadas. Quizá los ladrones estaban intentando apartar la atención de Indy y el señor Marshall, que podían andar buscando por otro edificio. O uno de los ladrones estaba herido y quería pedir ayuda…

—Creo que tendríamos que investigar —dijo Pete, valerosamente—. Yo subo al campanario.

—Y yo —resolvió Pam.

Tanto Ricky como Holly exclamaron:

—¡También yo!

Pero Emmy decidió que con dos detectives habría suficiente.

—Tened cuidado —aconsejó a Pam y Pete, entregándoles la linterna.

Mientras ella acunaba a Sue en sus brazos, Pete y Pam salieron al pórtico y empezaron a subir unas escaleras de hierro que llegaban al campanario. Los dos avanzaban rápidamente en la oscuridad. Pete abría la marcha. Cuando la mano del muchachito tocó la plataforma del campanario, con la otra mano encendió Pete la linterna y el haz luminoso inundó todo el área. No se veía a nadie.

—¡Parece imposible! —exclamó Pete, subiendo al descansillo y ayudando a Pam a que subiera a su lado.

—Por lo menos, no era ninguno de los ladrones —dijo Pam, con un escalofrío—. Pero ¿quién tocaba la campana?

Pete enfocó la luz por encima de sus cabezas. Allí estaba la gran campana, de la que pendía una gruesa cuerda. Y junto a ella se veía el extremo de un largo tablón que había quedado desprendido a causa del huracán. A cada furioso embate del viento, el tablero golpeaba la campana.

—¡Zambomba! ¡Cuánto me alegra que sólo sea eso! —dijo Pete.

El muchachito volvió junto a las escalerillas y llamó a los demás, para decirles lo que sucedía. Estaba a punto de descender, cuando Pam se le acercó y le agarró por un brazo.



—¡Espera! —pidió.

—¿Qué pasa?

Pam se había acercado a una ventanita que daba a los terrenos del museo.

—La Posada de la Diligencia… —murmuró la niña—. ¿Ves la luz?

A través de la espesa lluvia, Pete pudo ver un resplandor amarillento que se movió en la entrada de la Posada.

—Puede que esté allí. Indy con el señor Marshall.

—Tienes razón —admitió Pam—. Creo que estoy muy nerviosa. Vamos abajo.

Pete ayudó a su hermana a bajar las escaleritas. Los dos hermanos volvieron a acostarse y, como estaban muy fatigados, no tardaron en quedar dormidos. Cuando despertaron, a la mañana siguiente, había pasado la tormenta, pero Indy no había regresado.

—El pobre debe de haber estado trabajando toda la noche —dijo Pam, desperezándose y bostezando—. Pero ahora ya podríamos regresar al motel.

Ricky fue el primero en salir. Pero volvió a entrar dos veces más

de prisa de lo que había salido.

—¡Inundado! —fue todo lo que dijo al principio—. ¡Mirad! ¡Hay agua por todas partes!

Seguidos por «Negrito», los viajeros corrieron a la puerta. Casi no podían creer lo que estaban viendo. Sólo las zonas altas de los terrenos del museo quedaron por encima del nivel del agua. Y parecían islas en medio de un gran lago. La iglesia y la furgoneta estaban rodeadas de agua.

—¿Qué ha pasado? —exclamó Pam—. ¿Dónde estarán Indy y el señor Marshall? ¡Oh, Dios mío!

Pete corrió a tomar su transistor y lo conectó. En seguida volvió con los demás, que escucharon atentamente.

—¡Una gran desgracia! ¡Todo el área de Foxboro está cubierta por las aguas!…

Mientras el locutor hablaba, se oyó el zumbido de un motor. Por la parte posterior de la iglesia llegó una lancha motora en la que iban dos policías.

—¿Están todos bien? —gritaron los oficiales.

—Sí. Pero ¿dónde están Indy Roades y el señor Marshall? —preguntó Emmy.

—Los dos han estado ayudándonos en las operaciones de salvamento, toda la noche —respondió uno de los policías. Aconsejó a Emmy y a los Hollister que continuaran en donde estaban hasta que bajasen las aguas—. Este trecho no tardará en secarse. Tenga —añadió, ofreciendo un paquete—. Son bocadillos y leche en envases de cartulina.

—Gracias —dijo Pam.

Y todos saludaron a los policías, que continuaron su viaje calle abajo, ahora entre grandes cantidades de agua. A distancia, los niños pudieron contemplar otras lanchas de rescate, que iban y venían, salvando a las gentes de las casas inundadas.

—Me alegro de que nuestro motel esté en terreno alto —comentó Pete—. De lo contrario, lo que llevamos en las maletas habría quedado hecho una pena.

Los cinco Hollister echaron una ojeada alrededor de su pequeña isla y pudieron comprobar que el agua ya empezaba a descender. Cuando pasó cerca una madera larga, flotante, Pete se aproximó a

recogerla. Escritas en el tablón leyó las siguientes palabras:

PELIGRO. NO SE DEBE PASAR

¡Era el mismo letrero que habían visto sobre el puente cubierto!

—Mira, Pam. Seguro que el puente ha quedado destruido —se lamentó Pete.

—Ya se ha quedado el señor Marshall sin él, para su museo —comentó, con tristeza, Pam.

—Claro. Seguro que a estas horas la corriente lo ha arrastrado muchos kilómetros río abajo —dijo Pete, sacudiendo la cabeza.

En aquel momento, «Negrito» empezó a ladrar, mirando unos matorrales cercanos a la iglesia. Holly y Sue se acercaron, a ver. Al contemplar lo que el perro había descubierto, prorrumpieron en gritos y exclamaciones de placer.

—¡Venid, venid «in siguida»! —ordenaba Sue.

Entre aquellos matorrales se había cobijado un grupo de animalitos campestres. Había un mapache, dos ardillas listadas, una rechoncha marmota y cinco marmotitas.

—¿No os parecen lindos? —dijo Holly, rebosando ternura, mientras acariciaba uno de los cachorros de marmota.

—Tened cuidado, no sea que la madre os muerda —advirtió Emmy.

—¡Seguro que tienen hambre! —dijo Holly, yendo en busca del paquete de bocadillos.

—Los pobres animales han debido de ser arrastrados hasta aquí por la corriente —opinó Emmy.

Cuando su hermana llegó con los bocadillos, Pam propuso:

—Podemos desayunar juntos.

Cada uno de los hermanos tomó un bocadillo y partió un pedacito para compartirlo con los animalillos extraviados. Todos éstos miraron con ojitos muy abiertos y brillantes a los niños, entre las ramas, pero no se aproximaron. «Negrito» ladraba, muy nervioso, olfateando a la familia de marmotas.

—¡Basta! —le ordenó Pete—. Les estás asustando.

Mientras obligaba al perro a apartarse, Pete se fijó en que una de las marmotas pequeñas tenía una pata torcida e inflamada.

—¡Mirad! —dijo el chico.

—Debe haberse herido mientras se arrastraba, buscando refugio —dijo Emmy.

—Ya sé lo que podemos hacer. He aprendido algo de socorrismo —dijo Pam, empezando a buscar dos palitos—. Necesito un poco de cuerda.

Al momento Ricky buscó en su bolsillo hasta sacar un trozo de hilo de pesca. Pam lo cogió y, con los dos palitos que había encontrado, entablilló la pata de la marmota. Entonces Holly corrió a la iglesia, recogió la esquila que había adquirido y se la puso alrededor del cuello al animal herido.

—Así le reconoceremos siempre —dijo.

Cuando terminaron de atender al animalito y lo devolvieron junto a su familia, los Hollister les acercaron miguitas de pan, pero las marmotas no las probaban.

—¡Ya sé lo que pasa! —declaró Ricky, corriendo a buscar su cajita de color marrón. Y volvió con los cuentagotas que había comprado—. ¡Ya sabía yo que podrían hacernos falta!

Cada uno de los niños cogió un cuentagotas, lo llenó de leche y alimentó a una de las marmotitas, como dándole un biberón.

Pasado un rato, el mapache y las ardillas se arriesgaron a probar el pan. Un rato después desaparecían de allí. En cambio la marmota madre no se movió. Después de haber tomado la leche, las marmotitas parecieron sentirse más fuertes. Todas empezaron a moverse e ir de un lado a otro, incluso la de la pata entablillada.

—La llamaré «Cojito» —decidió Sue, palmoteando al contemplar a los animalitos.

Era ya media mañana, y lo que parecía una isla alrededor de la iglesia, iba haciéndose más grande, a medida que el agua iba secándose. De repente, los niños olvidaron su interés por los animales, porque les llamó la atención el ruido de otra motora. En ésta llegaban Indy y el señor Marshall, que condujeron directamente a la iglesia, saltaron a tierra y sacaron del agua la motora.

—¿Ha quedado arrancado el puente, señor Marshall? —preguntó en seguida, Pete.

—Todavía no lo sé.

Entre risas y gran alboroto, los niños contaron su espeluznante

aventura de la noche, después de que Indy se marchara.

—Y nos asustamos cuando vimos luz en la Posada de la Diligencia —añadió Pam—, hasta que supusimos que eran ustedes los que estaban allí.

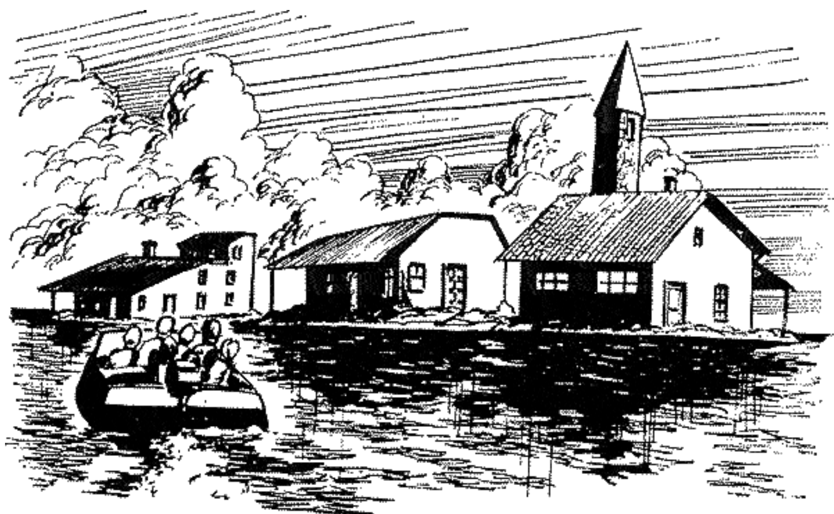
Indy y el señor Marshall se miraron, perplejos.

—No estuvimos en la Posada de la Diligencia anoche —dijo el director del museo.

—¡No estuvieron! —exclamó Pete.

—Ni siquiera nos aproximamos —declaró Indy—. Habladnos más sobre esa luz.

Después que Pete y Pam lo explicaron todo, el señor Marshall propuso ir inmediatamente a la Posada. Mirando a través de las aguas, los niños pudieron ver que el edificio había quedado en medio de lo que parecía una pequeña isla, como ocurría con la iglesia.



—Sólo hay espacio en la barca para dos de vosotros —dijo Indy.

—Pete, Ricky, id vosotros dos —dijo Pam.

La lancha se abrió camino entre el agua, hasta que su proa se detuvo en el prado delantero de la Posada. Los cuatro saltaron a tierra y corrieron al porche. El señor Marshall escogió una llave de un grupo de ellas que llevaba en el bolsillo, pero ya Ricky había abierto la puerta de par en par.

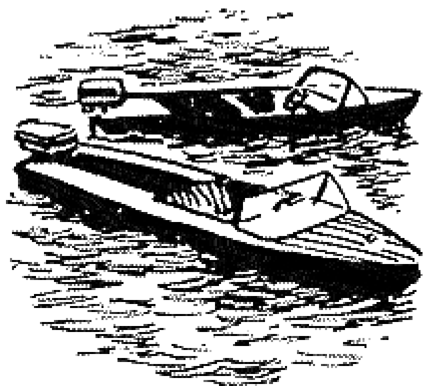
—¡No estaba cerrada con llave! —dijo el pecoso.

Entraron los cuatro a toda prisa y observaron las dos hileras de indios de madera.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, atónito—… ¡Faltan dos indios!

—Teníais razón —dijo el señor Marshall—. Los ladrones estuvieron aquí, anoche.

FORASTEROS SOSPECHOSOS



El robo de los dos indios de madera dejó anonadados a los dos hermanos Hollister.

—¿Te has fijado en los que faltan, Pete? —preguntó el pequeño.

Las dos figuras que habían desaparecido eran el Amigo de los Colonos y «Parche».

—No puedo comprenderlo —decía el señor Marshall, muy apurado—. ¿A quién se le puede ocurrir robar dos indios de madera?

—¡Y en medio de una tormenta! —añadió Indy.

—Busquemos bien, por si hay huellas —dijo Pete.

Los cuatro examinaron la sala, atentamente, pero sólo encontraron algo de barro seco, en el suelo.

—A lo mejor encontramos huellas, fuera —dijo Ricky, y salió de la Posada, seguido por los otros tres.

Pero como la tierra estaba tan empapada, no se podía distinguir el menor rastro de los ladrones.

—Todo lo ha borrado el agua —dijo, tristemente, Indy, llegando hasta el borde mismo de las aguas.

Pete suspiró, al preguntar:

—¿Qué hacemos ahora?

—Seguir aquí y buscar esos indios de madera —dijo, muy decidido, Ricky.

—A mí me parece muy bien —asintió Indy.

—Pero antes que nada tendremos que telefonear a Shoreham, para que papá y mamá sepan que estamos bien.

—Buena idea, Pete —dijo Indy.

—Yo me quedo aquí, por si veo pasar alguna motora de la policía —dijo el señor Marshall, mientras los otros tres volvían a entrar en la Posada.

Dentro, el teléfono estaba en perfecto estado y fue posible poner una conferencia con Shoreham.

Fue la señora Hollister quien se puso al aparato y Pete le explicó que todo iba bien.

—Pero nos hemos encontrado con un par de misterios —añadió.

A continuación preguntó si podían quedarse unos días más, y la madre repuso que podían hacerlo, siempre que Indy estuviese de acuerdo. Luego dijo que deseaba hablar con Ricky.

—Todo está inundadísimo, mamá —dijo Ricky, entusiástico—. Es estupendo.

Inmediatamente después preguntó por «Zip», «Domingo» y «Morro Blanco» y sus hijos. Después de contestar que todos los animalitos estaban bien, la señora Hollister habló con Indy y dio permiso para que los jóvenes detectives se quedaran en Nueva Inglaterra hasta haber puesto en claro todos los misterios.

Esto alegró mucho a Pete y Ricky, que salieron a tiempo de ver llegar una embarcación de la policía. En ella iban dos oficiales. El señor Marshall les hizo señas para que se aproximasen y Pete acudió a informarles del robo de las figuras indias.

—No pueden haberse marchado solas —dijo Pete.

—Ni siquiera nadando —añadió el pecoso.

Después de prometer estar alerta con respecto a aquellos objetos robados, los policías preguntaron a Indy y al señor Marshall si podían seguir prestando su ayuda en las tareas de salvamento.

—Con mucho gusto —dijo Indy—. Pero antes tendremos que dejar a los dos muchachos en la iglesia.

Estaba Indy diciendo esto cuando otra motora, conducida por un

chico, apareció por un lateral de la Posada.

—¡Hola, Pete! ¿Qué hay, Ricky? —saludó el joven timonel.

—Hola, Wally. ¿Ésa es tu barca? —preguntó Pete.

—Sí. ¿No te parece bonita?

—¡Canastos! Sí lo es. ¿Quieres llevarnos en ella hasta la iglesia? —pidió Ricky, señalando la islita en donde las niñas y «Negrito» correteaban.

—Saltad a dentro —invitó Wally, haciendo una exhibición de sacudida de orejas.

Mientras la motora de la policía se alejaba con Indy y el señor Marshall, Pete, Ricky y Wally se encaminaban a la iglesia. Durante el trayecto, los dos hermanos Hollister hablaron a su amigo del robo en la Posada. Luego, al llegar junto a sus hermanas, volvieron a contarlo todo y hablaron de su conferencia con Shoreham.

—Ahora tenemos dos robos por resolver —dijo Pam, hablando con los tres chicos que continuaban dentro de la barca.

—Y nos falta encontrar una colcha —apuntó Holly.



—¿Sabes algo del viejo puente, Wally? —preguntó Pam—. ¿Se lo ha llevado la corriente?

—No lo sé. Pero podemos ir allí y echar un vistazo.

A Pete y Ricky les entusiasmó la idea. Cuando Pam dijo que ella y las otras niñas se quedaban para atender a las marmotas, los tres jóvenes marineros se alejaron de la improvisada isla que rodeaba la

iglesia. En línea recta se dirigieron a las afueras de la población, donde todo estaba cubierto por las aguas.

—¡Canastos, no se puede ver el río porque está cubierto de agua! —exclamó Ricky, riendo.

—El puente tendría que estar ahí en frente —indicó Wally.

En el primer momento, los chicos no pudieron ver más que las copas de los árboles, salpicadas por toda clase de desperdicios. Pero cuando avanzaron un poco más, Pete gritó:

—¡Ahí está! ¡Todavía sigue en su sitio!

Era cierto. Se veía perfectamente la techumbre que cubría el viejo puente, el cual se tambaleaba de manera peligrosa, como si fuera a ser arrastrado por la corriente, de un momento a otro.

Otra embarcación, en la que iban tres hombres, avanzaba con precaución, cerca del puente. Al aproximarse a ellos, Wally preguntó a voces:

—¿Creen que se conservará en su sitio?

El hombre que iba en la parte delantera de la otra motora movió dudoso la cabeza.

—Vamos a volarlo —informó—. Venimos de la oficina de ingenieros.

Wally se llevó una mano a la boca, sin apartar la otra del timón, y gritó:

—Pero los del museo quieren ese puente.

—Es una lástima, pero tenemos que volarlo, por razones de seguridad.

—¿Y van a volarlo ahora mismo? —preguntó Ricky, con ojos muy redondos y rebosantes de emoción.

—No… Mañana —repuso el hombre—. Tenemos que reclutar un equipo de demolición.

—¡Zambomba! Tendremos que ir a buscar al señor Marshall y decírselo —opinó Pete—. A lo mejor les convence para que esperen.

Mientras hablaba, Pete se puso en pie para contemplar mejor el puente. En ese momento llegó flotando un tablón que tropezó en la lancha, Pete perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer de cabeza a las aguas fangosas. Por suerte, Ricky le sujetó y los dos hermanos cayeron al fondo de la embarcación.

—¡Vaya! ¡Has estado a punto de darte un chapuzón! —dijo

Wally—. ¿No sabes que no debes ponerte en pie en una barca?

Pete estaba consternado.

—Lo siento, Wally. Ya lo sabía. No volveré a hacer tonterías.

Wally, que había estado manteniendo la proa de su embarcación en contra de la corriente, hizo un viraje para conducir corriente abajo. Al pasar ante el viejo molino, vieron que las ruinas estaban casi totalmente cubiertas por las aguas. Pero, un poco más allá, las aguas se arremolinaban, tranquilas, en una pequeña caleta.

—Podríamos parar aquí un momento —dijo Pete—. Cerca vive la señora Álamo. Me gustaría preguntarle por la colcha.

—Eso es —aplaudió Ricky—. Además, el señor Marshall está con el equipo de salvamento y no podremos encontrarle hasta más tarde.

Wally condujo hasta la caleta que, normalmente, era un vallecito cubierto de arboleda, que se extendía desde el camino hasta la casa de la señora Álamo. El hijo del tendero ató su motora a un árbol y los tres bajaron. Mientras se encaminaban a la puerta, Wally se colocó una mano en la frente, para hacerse sombra en los ojos, y atisbó toda la ladera de la colina. Pete y Ricky miraron en la misma dirección que su amigo, pudiendo ver a dos hombres que trepaban rápidamente hacia la cumbre. Pronto desaparecieron en el bosque.

—Me gustaría saber quiénes son —comentó Pete.

—Los dos llevan maletas muy grandes —observó Wally.

Y Ricky añadió:

—Parece que tenían mucha prisa.

Pete tocó la campanilla de la puerta y a los pocos momentos salía a recibirles la señora Álamo. Después de hacer las presentaciones, Pete dijo:

—Nuestras hermanas estuvieron hablando con usted de una colcha. ¿No la ha encontrado usted todavía, señora Álamo?

La señora movió lentamente la cabeza, de un lado a otro.

—No he tenido tiempo. Iba a empezar a buscarla, cuando dos hombres llegaron a casa para pedirme hospedaje.

—¿Son esos hombres que hemos visto subiendo por la montaña?

—¿Cómo? ¿Queréis decir que se han ido? —preguntó la señora Álamo, muy sorprendida—. Bien. Nunca se sabe…

Los chicos empezaron a hacerle mil preguntas y la señora fue

explicando que los dos hombres, que por cierto eran muy barbudos, habían ido a su casa a primera hora de la mañana, y le habían pedido un lugar para dormir.

—Me dijeron que el agua había arrastrado lejos su coche. Me dieron tanta lástima que me olvidé completamente de la colcha que quería haber buscado.

—¿Han dormido en su casa esos hombres? —preguntó Ricky.

—No. En el granero. Como no les conocía de nada, me pareció que eso era lo más sensato.

—¿No podríamos ver el sitio en donde han dormido? —pidió Pete.

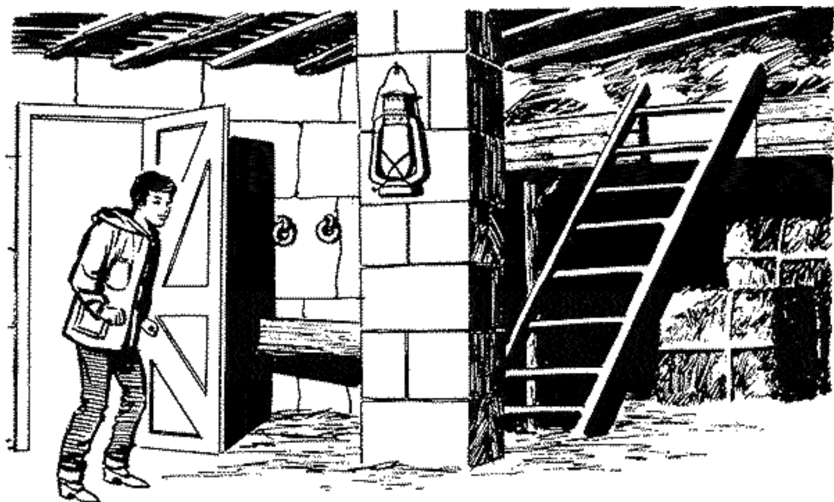
—Claro que sí —repuso la gordísima señora, y echó a andar con los chicos hacia la parte posterior de su casa.

—¿Le dijeron esos hombres cómo se llaman? —inquirió Pete, mientras la señora Álamo abría la puerta del granero.

—No. No se lo pregunté. Ni les cobré nada, porque iban a dormir sobre la paja.

Dentro del granero olía a humedad y a moho. La señora Álamo explicó que no tenía allí animales desde que murió su esposo, hacía varios años.

—Pero antes teníamos dos hermosos caballos y una vaca.



Mientras ella hablaba, Pete miró al oscuro interior. A un lado había una hilera de pesebres y, en el poste central de la estancia,

colgado de un clavo, había un antiguo farol. Una escalera llevaba al altillo. Pete subió por ella, y estuvo palpando la paja, por si encontraba algún objeto que los hombres hubieran perdido, pero no encontró nada.

—¿Es que buscáis algo? —preguntó la dueña de la casa.

—Pensé que podríamos encontrar una pista que nos indicara quiénes son esos hombres —explicó Pete—. Pero creo que no… ¡Un momento!

Mientras bajaba las escaleras, Pete pasó la vista por el farol y el clavo de donde colgaba. Un trocito de harpillera estaba prendido en el clavo. Pete cogió el trocito y salió a la puerta para examinarlo con más luz. No era más largo que la palma de su mano y en una parte se veía una S escrita en tinta negra.

—¿Puede ser un trozo de una saca de correspondencia con las iniciales U. S., de Estados Unidos? —comentó, mientras los demás se acercaban a mirar.

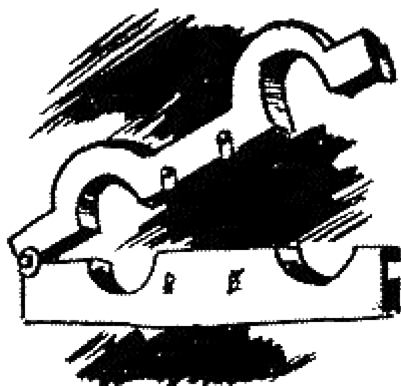
—¡Canastos! A lo mejor esto es una pista de los ladrones del tren, Pete —dijo el pecoso.

—Creo que a la policía le gustaría verlo —reflexionó Wally—. Por allí pasa una de sus lanchas, ahora.

A toda prisa, el chico de Foxboro llegó hasta el borde del agua y llamó por señas a los hombres de la embarcación. Cuando ésta se aproximó, Pete habló a los policías de lo que acababa de encontrar. Uno de ellos, que llevaba un «walkie-talkie», se aproximó para examinar el pedazo de saco.

—Creo que pertenece a una saca de correspondencia —declaró —. ¡Es la mejor pista que hemos tenido hasta el momento!

CORBATÍN Y CALCETINES



—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Eso quiere decir que los asaltantes del tren has estado en el granero.

—Nosotros les hemos visto subir por la montaña. Y llevaban una maleta grandísima —informó Ricky.

—Probablemente cargada con el dinero robado —dijo el policía.

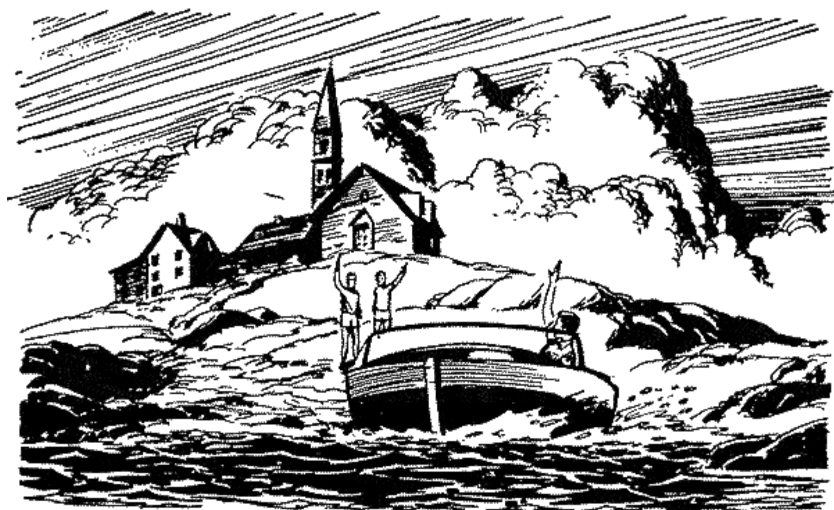
La señora Álamo habló de los dos hombres que habían acudido a pedirle alojamiento. Inmediatamente, el policía que llevaba el «walkie-talkie» llamó al cuartelillo para informar de lo que había averiguado. Al concluir añadió:

—Registraremos toda esta área. Puede que los ladrones continúen por aquí.

—Quizá encuentren su coche abandonado —apuntó Wally.

—No lo creo —repuso el policía, volviendo con su compañero—. Probablemente, todo lo relativo al automóvil es mentira.

—Si hubieran tenido coche, ya lo habrían usado para escapar —razonó Pete.



Mientras la motora de la policía se alejaba, los chicos dijeron adiós a la señora Álamo y volvieron a la embarcación de Wally. Ahora la proa se encontraba en tierra, porque las aguas se habían retirado varios palmos. Cuando Wally y Ricky estuvieron dentro, Pete desató la cuerda y dio un empujón a la barca.

El viaje de regreso al museo resultó mucho más largo que el de ida, porque habían empezado a emerger montículos de tierra y Wally tenía que conducir por los trechos, cada vez más pequeños, en los que quedaba agua. Esta vez pasaron ante una especie de alta meseta en la que Pete y Ricky no se habían fijado antes. En ella había dos artefactos de madera: Uno era alto y tenía en la parte superior tres agujeros, en hilera. El otro era bajo y presentaba dos orificios.

—Ahí está el corbatín y los calcetines —dijo Wally.

—¿Para qué es eso? —quiso saber Ricky.

—Se usaba para castigar a la gente, en la época colonial —explicó Wally—. Lo que llaman el corbatín es la picota, eso tan alto. El prisionero sacaba por los agujeros las manos y la cabeza y quedaba allí, aprisionado, para que la gente pudiera mofarse de él.

—Es como un collar de madera —dijo Ricky.

—He leído eso en la escuela. A los camorristas y murmuradores se les castigaba así —añadió Pete.

—El aparato pequeño son los calcetines, o cepo —siguió

diciendo Wally—. Uno tenía que sentarse en el suelo y meter los tobillos en esos agujeros.

Al estudiar atentamente los extraños artefactos, Ricky observó que parecían hechos cada uno de una sola pieza de madera.

—Pero ¿cómo se podía meter la cabeza por ese agujero? A mí me parece muy pequeñajo.

—Es que la mitad de arriba se levanta y se vuelve a bajar sobre el cuello y las muñecas del preso. Los calcetines funcionan del mismo modo —aclaró el muchachito de Foxboro.

—¡Canastos! No me gustaría que me metiesen en una cosa de ésas —declaró el pequeño, mientras la motora se alejaba de aquel lugar.

El agua se había retirado tanto de la iglesia que lo que antes parecía una isla era ahora un montículo. Pero aún quedaba una especie de riachuelo por el que bajaba el agua y por donde Wally pudo navegar.

—Lo mejor será que vaya a la caseta a dejar mi barca —decidió el chico, mientras Pete y Ricky saltaban a tierra.

—Muy bien, Wally. Gracias por habernos traído. Ya nos veremos más tarde.

Los dos hermanos contemplaron a su amigo, que se alejaba por el laberinto de arroyuelos que corrían hacia el río. Cuando llegaron a lo alto del montículo, encontraron a las niñas jugando con la familia de marmotas.

—Les hemos hecho una casa —explicó Holly, señalando la caja de cartón donde estuvieran los bocadillos.

La marmota madre y sus hijuelas parecían muy contentas en su extraña guarida, a pesar de que «Negrito» no cesaba de saltar y ladrar en torno a ella. Pam hizo preguntas a sus hermanos y Pete le habló de su aventura. Luego añadió:

—Creo, Pam, que lo mejor sería que tú y yo buscásemos al señor Marshall. Hay que darse mucha prisa, si queremos que intente salvar el puente.

Los dos hermanos encontraron a Emmy en la entrada de la iglesia, preparando una comida con el paquete que había llevado poco antes una lancha de la policía. Pete y Pam comieron bocadillos y bebieron leche, y marcharon en seguida a los terrenos altos del

Pueblo Pionero, en busca del director.

Cuando los pequeños acabaron de comer, Emmy acunó a Sue en sus brazos. La chiquitina pronto quedó dormida. Ricky y Holly se alejaron, de puntillas, para ir a jugar. Corriendo por las zonas más secas, llegaron al lugar en que se encontraban los instrumentos de tortura. Holly se detuvo en seco y quedó tirándose de las trencitas.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando.

Ricky abombó el pecho y dándose mucha importancia, dijo:

—Corbatín y calcetines. Los usaban en los tiempos coloniales para la gente que hablaba mucho.

—¡Cucarachas! —exclamó Holly, subiendo a la húmeda plataforma.

—Yo te lo explicaré todo —se ofreció Ricky, y repitió lo que Wally le había dicho. Luego, con una mirada traviesa, añadió—: A lo mejor te gustaría meter la cabeza en ese agujero.

Holly contempló la picota.

—Es demasiado alta para mí, Ricky. A lo mejor para nosotros sirve eso otro.

Y señaló el cepo.

—¡Ah, los calcetines! —dijo Ricky, dándoselas de entendido—. Tú siéntate aquí y pon los pies ahí.

—Hazlo tú primero y me lo enseñas —dijo Holly, encogiéndose, como si estuviera asustada.

—Pero ¡si es muy fácil! —replicó Ricky—. ¡Mira!

Dando un fuerte tirón, levantó la parte superior del cepo. Luego se sentó en el suelo y colocó los pies dentro de los orificios. Antes de que tuviera tiempo de decir una sola palabra más, Holly se apresuró a bajar sobre los tobillos de su hermano el extremo levantado.

—¡Eh, no hagas eso! —protestó el chico.

—Es lo que ibas a hacerme tú, ¿verdad? —dijo Holly, con ojitos picaruelos.

—¡Déjame salir! —chilló Ricky, pateando con el deseo de libertarse.

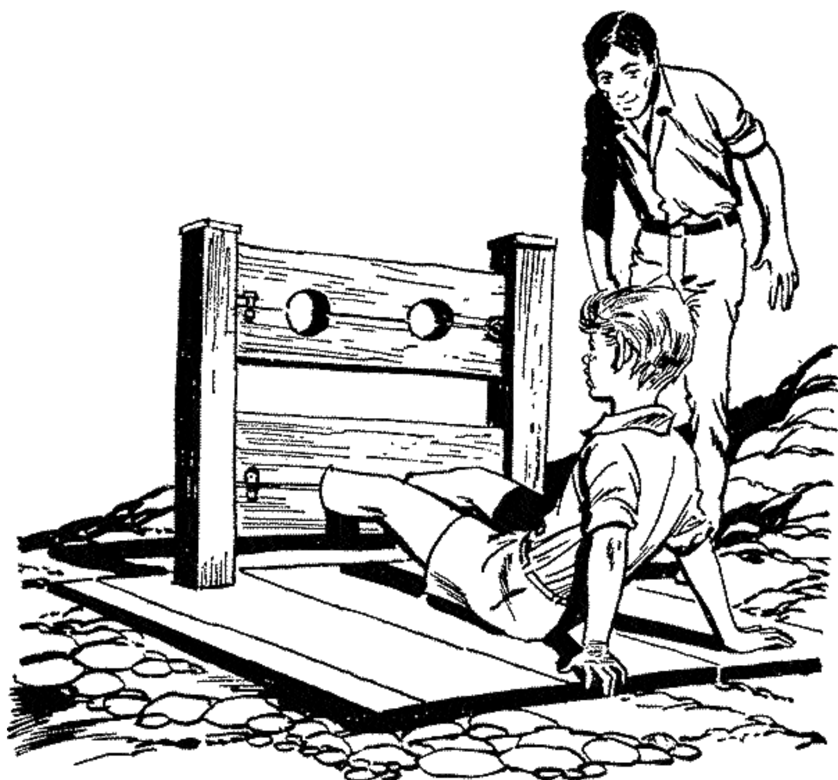
—Está bien —se avino Holly.

Y se acercó para levantar el tablón superior. Pero, a pesar de los tirones, no pudo moverlo.

—¡Canastos! Menos mal que el agua está bajando, y no subiendo —dijo el chiquillo—. ¡Holly, busca a alguien que me saque de aquí!

Estaba la niña mirando a su alrededor, por si veía a alguien, cuando apareció una persona por la esquina del edificio.

—¡Ahí está Indy! —dijo la niña, y le llamó a gritos, pidiendo ayuda.



El buen amigo de los Hollister acudió a toda prisa y rió de buena gana, viendo lo que le había sucedido al pelirrojo.

—¿Eres algún murmurador? —preguntó al prisionero.

—No, no —se defendió Ricky—. Es que Holly me ha engañado.

Con un fuerte tirón, Indy levantó el tablón que aprisionaba los tobillos del pequeño. Ricky se levantó a toda prisa y estaba a punto de agarrar a su hermana por las trenzas, cuando Indy levantó en vilo a la niña.

—El primer bromista fuiste tú, Ricky —dijo Indy, alborotando más, con su mano, los siempre revueltos cabellos de Ricky.

Dejó a Holly en el suelo y los tres se encaminaron a la iglesia. Allí encontraron a Pam y Pete que acababan de regresar de la Posada, donde habían encontrado al director del museo.

—El señor Marshall va a hacer todo lo que pueda por impedir que mañana vuelen el viejo puente —dijo el chico.

—Puede que el nivel del agua sea ya lo bastante bajo para que el puente deje de constituir una amenaza —se le ocurrió a Indy, que luego habló de sus aventuras durante los trabajos de salvamento del día anterior. Entre otras cosas contó que había podido salvar a un gatito que había quedado aislado en lo alto de un granero. Y con una amplia sonrisa que dejó a la vista sus blanquísimos dientes, añadió—: Tengo otras noticias para vosotros.

—¿De otro gatín que has salvado? —preguntó Sue.

—Algo de eso —asintió Indy.

—¿Es alguien que nosotros conocemos? —preguntó Pam.

Indy se echó a reír, sin poder seguir guardando el secreto.

—Se trata de «Parche», vuestro indio. La policía había supuesto que los ladrones se vieron sorprendidos por la inundación y tuvieron que desprenderse de las figuras, dejándolas flotar.

—Debemos ir a buscar a «Parche» lo antes posible —opinó Pete —. ¡Puede que encontremos alguna pista que nos ayude a encontrar a los ladrones!

—Ya he advertido a la policía que iremos a buscarlo —dijo Indy —. Lo haremos después de cenar.

Para entonces, el agua había descendido lo suficiente para que la furgoneta pudiera ser conducida hasta el motel. Una vez allí, todos se dieron una ducha caliente y se pusieron ropas limpias. Más tarde cenaron en una cafetería. Luego, después de dejar a Emmy, Sue y «Negrito» en el motel, los demás marcharon al Fondeadero del Pinar.

Pam, que iba sentada delante, entre Ricky e Indy, desplegó sobre sus rodillas un mapa de carreteras. Siguió con un dedo la serpenteante senda marcada en el mapa y no tardó en informar:



—Está a tres kilómetros y medio de aquí.

Unos minutos más tarde llegaban a una pequeña población, constituida tan solo por una calle con unas cuantas tiendas y una gasolinera. Indy detuvo la furgoneta ante los surtidores de gasolina y en seguida se presentó un hombre vestido con un mono azul.

—¿Querrá usted decirme en dónde puedo encontrar al jefe de policía? —pidió Indy.

—Soy yo mismo —dijo el hombre, mientras se secaba las manos con un trapo viejo.

—Venimos a buscar la figura india que fue arrastrada por la corriente del río —explicó Pete.

—Han venido ustedes al lugar adecuado —sonrió el hombre—. La figura está aquí dentro.

Los niños bajaron del vehículo y entraron, detrás de Indy, en la gasolinera. Allí estaba «Parche», con aquella horrenda expresión que tanto susto diera a Pam, en Shoreham.

—Es el que buscamos —dijo Pete—. Pero ¿dónde está el rifle?

—A mí que me registren —bromeó el policía—. La figura no tenía ningún rifle.

—¡Canastos! Seguro que se lo ha llevado la corriente —opinó Ricky.

Pam se llevó una desilusión.

—Así no queda nada bien este indio. ¡Cómo me gustaría poder encontrar su rifle!… Bueno. Ahora nos gustaría llevarnos al indio a la Posada de la Diligencia.

—Muy bien —asintió el hombre de la gasolinera—. Estaba esperando que alguien viniera a buscarlo.

Al despedirse, prometió avisar al museo, en el caso de que llegara a saber algo del rifle de madera.

«Parche» volvió a ser colocado sobre la furgoneta y los forasteros se pusieron en camino hacia Foxboro. Estaban a medio camino cuando oscureció e Indy tuvo que encender los faros. Al virar a la derecha, la rueda trasera se encalló en el lodo de la cuneta.

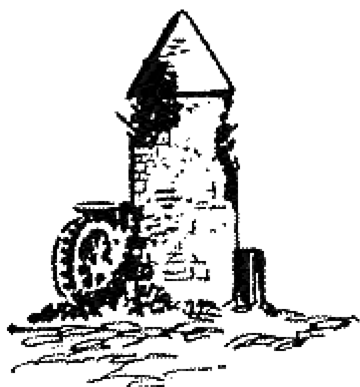
—Debí haber contado con eso —murmuró el conductor, mientras todos bajaban a ver lo ocurrido—. Pero confío en que, si todos empujamos y uno se coloca al volante, podremos salir de aquí. —Y volviéndose a Holly, Indy pidió—: Tú ponte al volante y conduce. Oprime el acelerador, muy lentamente.

Indy y los demás arrimaron el hombro a la parte trasera de la furgoneta, disponiéndose a empujar. Dentro, Holly tomó el volante y alargó el pie derecho hasta alcanzar el acelerador.

—¡Calma! ¡Lentamente! —ordenó Indy—. ¡Adelante, Holly!

La pequeña apoyó el pie suavemente en el acelerador pero, al hacerlo, resbaló hacia delante en el asiento. ¡Su pie se hundió con fuerza en el pedal y las ruedas traseras giraron vertiginosamente, lanzando una lluvia de lodo!

DOCE VACAS



Sonaron fuertes gritos cuando Pete, Pam, Ricky e Indy quedaron completamente salpicados de lodo.

—¡Para, Holly! —gritó Pete, apartándose a toda prisa de las ruedas posteriores.

—¡Quita el pie del acelerador! —vociferó Indy.

Las ruedas suspendieron sus giros en el fango, y Holly salió de la furgoneta y acudió junto a los otros.

—Lo siento… No he podido evitarlo —dijo, deteniéndose en seco, sorprendida por lo que estaba viendo.

¡Qué curioso espectáculo ofrecían a la luz de los potentes faros los otros cuatro, completamente salpicados de lodo!

—Te advertí que oprimieses el acelerador suavemente —dijo Indy.

—Ya lo sé —contestó Holly con una vocecita muy tímida—. Pero me resbaló el pie. Lo siento.

Pero, a pesar de que procuraba hablar muy seria, los labios se le entreabrieron en una sonrisa y no tardó en soltar una carcajada.

—¡Canastos! ¡No tiene gracia! —rezongó Ricky.

—¡Huuuy! ¡Si pudierais veros!

Holly reía de tan buena gana que se le saltaron las lágrimas. Los cuatro enlodados se miraron entre sí y Pete no tardó en soltar una risilla. Pocos segundos después, todos reían a carcajadas. Cuando pudieron dominarse y se dispusieron a probar de nuevo, Pam dijo:

—Esta vez yo oprimiré el acelerador.

Los otros empujaron y, por fin, el coche salió del fango. A los pocos minutos volvían a estar camino del motel.

—Vaya. Ese barro ha hecho que se me quede la cara acartonada. No puedo mover las cejas.

Holly prorrumpió en risillas al decir:

—A lo mejor te vuelves guapísimo. Algunas señoras van al salón de belleza a ponerse mascarillas de lodo.

Al llegar al motel, vieron luz en la habitación de Emmy. Ricky fue el primero en salir del coche.

Sue y Emmy estaban sentadas en la cama. La pequeñita levantó la cabeza y, al ver una cara embadurnada, que la miraba, dio un grito y se abrazó a Emmy, cerrando los ojos.

—¡Dios mío! —exclamó Emmy, mirando hacia la puerta—. ¿Qué ha sucedido?

—Ha sido culpa de Holly —contestó Ricky—. Pero lo ha hecho sin querer.

Cuando los demás entraron, Sue los contempló a todos, desde detrás de la falda de Emmy. Pero cuando oyó contar lo ocurrido, la pequeñita rió de buena gana. También Emmy prorrumpió en carcajadas.



—Bien. Tendréis que limpiaros de arriba abajo —dijo, luego, sacudiendo la cabeza—. ¡Ya veo que mañana vamos a tener un largo día de lavado!

Al día siguiente, cuando terminaron de desayunar, Pete e Indy decidieron ir a llevar la talla india al museo.

—Yo me quedo a jugar en el jardín —decidió Ricky.

—Yo ayudaré a Emmy a lavar las ropas sucias de barro.

—Yo también —dijo Holly—. Hay una lavadora que funciona con monedas, en el motel. Será muy divertido.

Antes de que Emmy pudiera decir nada, se abrió la puerta de la cafetería y por ella entró Zuzu.

—Hola —saludó alegremente—. He venido a jugar con vosotros.

Bajo un brazo llevaba Zuzu una caja de zapatos y, en la otra, una larga tablilla. Viendo que Pam se quedaba indecisa, Emmy dijo:

—Yo me encargaré de la ropa. Podéis marcharos y llevaros a Sue

con vosotras.

—Podemos dibujar —propuso Zuzu, abriendo la caja de zapatos, para que vieran que la llevaba llena de lápices.

Mientras Pete e Indy iban a buscar la furgoneta, las niñas y Ricky salieron al jardín del motel. Ricky empezó a jugar con los aparatos gimnásticos, y las niñas se sentaron a dibujar en una mesita.

Durante un rato, Pam contempló cómo Zuzu coloreaba sus dibujos. Por fin decidió hacerle preguntas sobre los ladrones que la niña asegurara haber visto en el molino.

«Al fin y al cabo —pensó Pam—, puede que dijera la verdad».

Pero, antes de que Pam hubiera podido decir nada, Holly miró el papel de Zuzu y preguntó:

—¿Qué es eso?

—Es mi hada madrina —afirmó la pequeña—. Va montada en un caballo blanco.

—Vamos, Zuzu —dijo Holly en tono de sabihonda—. Yo sé que no tienes ninguna hada madrina.

—Sí. Sí la tengo. A veces mi hada madrina me lleva a pasear, en su caballo blanco, a la luz de la luna.

Al oír aquello, Pam decidió que no merecía la pena preguntar nada a aquella pequeña sobre los ladrones.

«Seguramente todo fueron imaginaciones suyas» —pensó la mayor de las hermanas Hollister.

—¡Canastos, Zuzu! ¡Qué mentira tan gorda! —exclamó Ricky.

—Es una verdad verdadera —aseguró la pequeña.

Ricky, que se estaba columpiando en las anillas, declaró:

—¡Nadie tiene un hada madrina!

—¡Pues yo sí!

—Hagamos un concurso —propuso Pam, deseando impedir una discusión—. A ver quién dibuja la vaca más bonita.

Durante cinco minutos, las niñas estuvieron quietas, muy atareadas. De pronto, Pam dijo:

—Ya terminó el tiempo. Ahora hay que votar.

Resultó que el papel de Sue no tenía más que una cerca encarnada.

—Tú no entras en el concurso —protestó Holly—. Tenías que

haber dibujado una vaca.

—He dibujado doce —declaró, tranquilamente, la pequeña.

—¿Dónde están? —preguntó Holly, atónita.

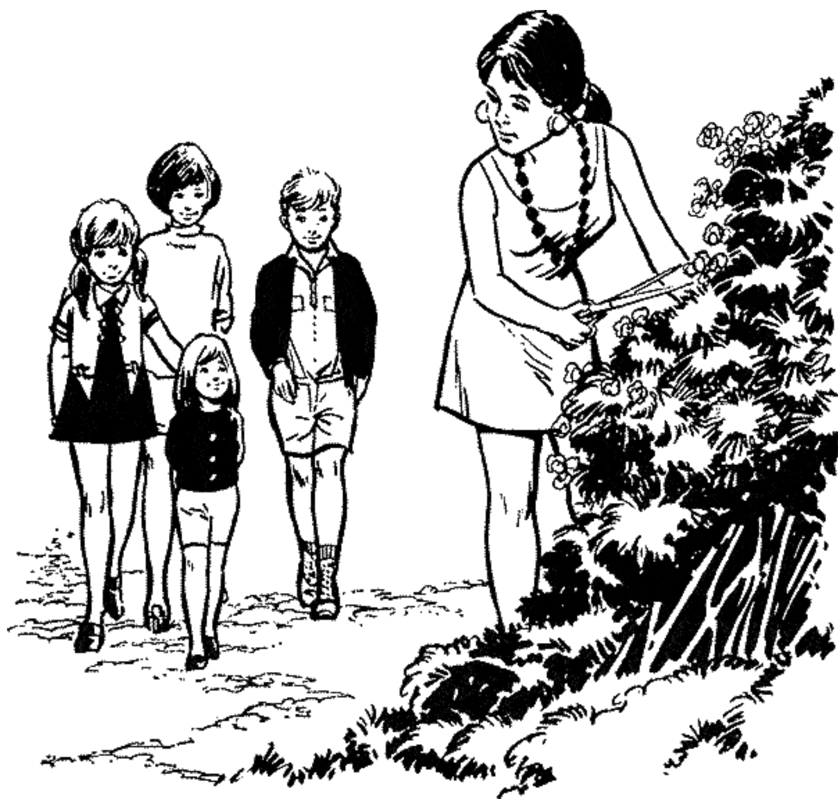
—Dentro del corral. ¿Verdad que he ganado?

Las demás se echaron a reír y todas votaron por el dibujo de Sue.

—Muy bien. Ahí está el premio —dijo Pam, sacando una bolsita de caramelos de menta del bolsillo. Dio dos a Sue y los demás los repartió entre todos.

El resto de la mañana lo pasaron jugando, muy felices. Al mediodía, Emmy les llamó para comer.

—Zuzu —dijo—, he telefoneado a tu mamá para que te deje comer con nosotras en la cafetería. Pero tienes que ir a casa en cuanto terminemos.



Cuando acabaron, Emmy dio permiso a Pam, Holly y Ricky para

que fuesen al museo. Por el camino dejaron a Zuzu en su casa. La señora Culver estaba en el jardín, cortando unas flores.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó a su hija.

—Sí —contestó la pequeña, que después de dar las gracias a los Hollister, se alejó hacia el fondo del jardín.

—¿Os ha contado Azuba alguna de sus fantasías? —preguntó a los otros la señora Culver.

—Sí —respondió Ricky—. Ha hablado de su hada madrina.

La señora se mostró preocupada.

—Me lo temía. Es que una de nuestras vecinas tiene un coche deportivo, blanco. Hace unas noches se llevó a Azuba a pasear con ella. Y de eso ha sacado Azuba la historia de su hada madrina.

—Tiene mucha imaginación —dijo Pam—. Puede que, cuando sea mayor, se dedique a escribir.

—Es posible —dijo la madre—. Pero antes tendrá que hacerse cargo de que hay diferencia entre la realidad y las historias. Ahora nunca se sabe cuándo creerla y cuándo no.

Después de decir adiós a la señora Culver, los Hollister se dirigieron al museo. Cuando llegaron a la Posada de la Diligencia, vieron su furgoneta aparcada ante ella.

Dentro estaba «Parche», en su lugar acostumbrado. Pero ni Indy ni Pete se Encontraban allí. Cuando salían, casi tropezaron con el señor Marshall, que entraba. Él les dijo que Indy y Pete habían comido en su compañía.

—Vuestro hermano ha ido a la vieja iglesia, a ver cómo siguen las marmotas —dijo, alegremente, el director del museo—. En cuanto a Indy, anda buscando un rifle similar al que llevaba el indio de madera.

—¿Uno de verdad? —preguntó Ricky.

—Indy piensa que puede utilizar uno como modelo para hacer otro de madera. Ha pensado que quizá a vosotros os gustará tallar ese arma para el indio.

—¡Sería estupendo! —exclamó el pelirrojo—. Yo…

Le interrumpió el timbrazo del teléfono.

—Perdonad —dijo el señor Marshall, acudiendo a contestar.

Mientras escuchaba, su rostro fue perdiendo toda expresión de alegría. Al cabo de unos momentos se despidió y colgó, despacio.

Luego se volvió a los niños y dijo, suspirando:

—Me temo que éste es el fin del puente.

—¡No! —exclamó Pam—. ¿Es que van a volarlo?

El señor Marshall asintió:

—Hice una solicitud al alcalde y al ingeniero, pero el consejo ha votado que sea destruido.

—Es terrible —declaró Holly—. Nosotros que esperábamos que usted pudiera convencerles…

—¿Cuándo van a hacerlo? —preguntó Ricky.

—El ingeniero está reclutando un grupo de trabajo —replicó el director.

—¡Pero tiene que existir una manera de salvar el puente! —exclamó Pam—. Si les ofreciese pagar algo para que lo dejasen…

El señor Marshall dijo que no con la cabeza.

—Ya probé eso. No ha servido de nada. Lo lamentable es que, mientras el testamento no se legalice, nadie puede asegurar a quién pertenece el puente. Como no hay duda de que no pertenece al museo, yo no tengo autoridad para impedir nada.

—Pero puede ocurrir que el testamento sea bueno y pueda usted comprar el puente —dijo Pam—. Nosotras sabemos en dónde puede haber una colcha de la amistad que perteneció a Paciencia Jones.

—Y puede que lleve la firma de esa señora —añadió Holly.

—Vamos —dijo Pam a los otros—. Tenemos que ir ahora mismo a ver a la señora Álamo.

—Puede que Indy quiera llevamos en la furgoneta —insinuó Holly.

—Vamos a tardar mucho tiempo en encontrarle —objetó Ricky—. ¿No hay algún atajo? —preguntó al señor Marshall.

El director del museo pareció sorprendido, pero contestó que podían subir hasta la iglesia y bajar por la colina de detrás.

—Así llegaréis al puente cubierto. Habrá un par de embarcaciones en el río y en una de ellas seguramente os cruzarán a la otra orilla. Si no es así, podéis cruzar el puente grande y llegaréis al Camino del Molino Viejo.

Los niños se marcharon inmediatamente de la Posada de la Diligencia y subieron por la colina, todavía muy fangosa. Cuando llegaron a la iglesia, vieron a Pete entretenido junto a la caja en que

estaban las marmotas.

—¡De prisa! —llamó el hermano mayor—. ¡Las marmotas se marchan! Voy a seguirlas.

Los demás se acercaron, jadeando, y contaron a su hermano lo que ocurría con el puente.

—¡Zambomba! Tenemos que ir a ver a la señora Álamo tan de prisa como podamos —dijo Pete.

—Mirad. Las marmotas se van en esa dirección —observó Ricky, señalando a la marmota madre, que avanzaba hacia los matorrales, seguida de sus hijos.

Al bajar por la ladera, Pete y Pam adelantaron a los hermanos pequeños y a los animalitos.

—¡Eh! —gritó Holly—. ¡Esperad!

Pete y Pam se detuvieron y miraron atrás. La marmota madre se dirigía a un agujero de la ladera.

—¡Está entrando! —notificó Ricky.

La rechoncha hembra inclinó la cabeza y empezó a meterse por el orificio. Pero no tardó en detenerse. Su ancha parte posterior quedaba fuera. La marmota no tardó en salir completamente. Volvió a intentar meterse una vez más, pero tuvo que volver a salir.

—¡No puede meterse! —dijo Holly.



—Puede que haya otro animal en su guarida —dijo Pam.

Las marmotitas pequeñas se habían acurrucado juntas y observaban a su madre.

—Ahora no tienen casa —comentó Holly, muy triste, dirigiéndose a Ricky.

—Podemos volver para traerles la caja —propuso el pequeño. Y llamando a Pete y Pam, les dijo—: Seguid vosotros hasta la casa de la señora Álamo.

Los mayores siguieron bajando por la ladera. Cuando llegaron a la orilla del río no había ninguna embarcación a la vista. Los dos hermanos contemplaron el viejo puente.

—¿Nos atrevemos? —murmuró Pete.

—Tardaríamos demasiado en llegar al puente principal —fue la contestación de Pam.

Cruzando los dedos, como deseándose suerte, los dos hermanos

echaron a andar por el tambaleante puente. Avanzaban con mucha precaución, conteniendo el aliento, mientras pisaban los viejos tablones. Debajo podían oír el murmullo del río, todavía muy crecido.

Por fin llegaron al otro extremo y salieron a la luz del día. Andando a buena paso, no tardaron en aproximarse al viejo molino. De repente, Pete tiró de la manga de Pam.

—¡Espera! Me parece que he oído algo ahí dentro.

Los dos hermanos se detuvieron a escuchar.

—Ha sido un golpe —cuchicheó Pete—. Voy a echar un vistazo. Tú sigue hasta la casa de la señora Álamo.

Mientras Pam seguía su camino, su hermano avanzó con sigilo junto a la ruinosa pared de piedra. Luego se detuvo junto a un árbol para escuchar. El suelo estaba cubierto por los escombros arrastrados durante la inundación, y Pete vio grandes trozos de madera que habían quedado suspendidos entre el ramaje. Pero no se veía persona alguna.

Un momento más tarde algo alcanzaba con fuerza la nuca de Pete y el muchachito caía al suelo, sin sentido.

UN ROBO MISTERIOSO



Cuando al cabo de un rato abrió los ojos, Pete no supo lo que le había sucedido. Luego, el dolor que sentía en la nuca le recordó el inesperado golpe que le había hecho caer.

Con mucha precaución se sentó y vio que estaba entre las altas hierbas del borde del Camino del Molino Viejo.

«¡Zambomba! ¿Cómo habré llegado aquí?» —se preguntó.

Lo último que recordaba era haber estado bajo un árbol, cerca del molino. ¿Le habría trasladado alguien hasta el lateral del camino?

Pete se puso en pie, algo tambaleante, y miró a su alrededor. Estaba a poca distancia de las viejas ruinas. No se veía a nadie.

Supuso que le habría caído algún tablón desde uno de los árboles.

«He debido de quedar atontado y he andado hasta aquí sin darme cuenta, hasta caer desmayado».

Recordando que Pam estaría preocupada, al no verle llegar, Pete se dirigió a la casa de la señora Álamo. Ya le estaba desapareciendo el dolor de la nuca cuando llegó a la puerta y tocó la campanilla.

Fue Pam quien salió a abrir. En cuanto vio a su hermano, la niña

supo que algo le había ocurrido. En aquel momento llegó la señora Álamo al vestíbulo y exclamó:

—¡Cielo santo! ¡Estás blanco como una sábana, muchacho!

Cuando Pete explicó lo que le había sucedido, la señora Álamo le apoyó una mano en la frente.

—¿Tienes fiebre? —preguntó.

—No. Estoy bien. Gracias. ¿Han encontrado la colcha de la amistad?

—No. Aún no —respondió Pam—. Estamos buscando por los armarios del piso bajo.

—Sí. Está aquí. En alguna parte —dijo la señora Álamo—. Si pudiera recordar dónde…

—Nos explicó usted que tiene baúles en el desván —le recordó Pam.

La gruesa señora Álamo titubeó.

—Sí… Pero esperaba no tener que subir las escaleras…

—Es que tenemos que encontrar esa colcha. ¡Por favor, señora Álamo! —suplicó Pete.

—No podemos perder tiempo —insistió Pam.

—Está bien —se avino la mujer—. Venid conmigo.

Cogiéndose con fuerza al pasamanos, empezó a subir las escaleras. Mientras seguían a la gruesa señora, Pete y Pam se miraron, preocupados. A aquellas horas, los obreros seguramente estarían volando el puente.

Por fin, la señora Álamo llegó a lo alto de las estrechas escaleras de la buhardilla. Sus pasos resonaban ruidosamente en el suelo de madera, mientras la gruesa dama cruzaba una gran habitación, atestada de mueble y baúles.

—Aquí guardo mis colchas —dijo la señora Álamo, respirando fatigosamente. Se inclinó y tiró hacia arriba de la tapa de uno de los baúles—. Es curioso. No creí que estuviera cerrado con llave. Pero tal vez lo cerré —admitió, suspirando—. Tendré que bajar a buscar la llave.

Pete rezongó para sus adentros y pidió en voz alta:

—Permita que probemos a abrirlos, señora Álamo.

En seguida, Pam y él tiraron con fuerza de la tapa del baúl. Con un crujido, la tapa se abrió. Pete abrió el segundo baúl. Los dos

estaban llenos, hasta arriba, de colchas.

A la señora Álamo le brillaron los ojos de alegría.

—Niños, cada una de estas colchas tiene una historia —dijo—. En cuanto recobre el aliento, os las iré contando.

«Pues no acabaremos nunca», pensó Pam, aterrada.

Y añadió, en voz alta:

—Señora Álamo, ¿por qué no se sienta y descansa? Ya nos hablará de las colchas otro día.

—Sois muy comprensivos —dijo la robusta dama, que sacudió el polvo de una mecedora y se sentó en ella.

Mientras la mecedora crujía, al balancearse, Pete y Pam se entretuvieron examinando las colchas. Cuando sacaron la última del segundo baúl estaban sofocados, manchados de polvo y desanimados. En ninguna parte habían encontrado la firma de Paciencia Jones.

Muy desilusionados, los dos hermanos volvieron a dejar las colchas en el baúl.

—Por favor, señora Álamo, ¿quiere pensar si tiene colchas en alguna otra parte? —pidió Pam.

La señora interrumpió su vaivén en la mecedora y arrugó la frente. Al fin dijo:

—No. No puedo acordarme de otra parte.

Mientras la señora hablaba, Pete había estado mirando por la ventana, hacia el Camino del Molino Viejo. De pronto exclamó:

—¡Pam! ¡Mira! ¡De prisa!

La niña se acercó, corriendo.

Bajando por el camino que llegaba hasta el puente cubierto, se veía una camioneta de recogida de escombros. En un lateral se leía: «Ciudad de Foxboro».

—¡Ahí va el equipo de demolición! —exclamó Pete—. ¡Van a volar el puente ahora mismo!

—Si pudiéramos evitarlo…

—Puede que si les explicásemos que estamos buscando a toda prisa la colcha, esperasen un poco más —dijo Pete.

—No creo que valga de mucho —declaró la señora Álamo.

—Tampoco lo creo yo —respondió Pete, corriendo hacia la puerta—, pero voy a intentarlo.

Un momento después el chico hacía crujir las escaleras. Pam dio las gracias por su ayuda a la señora Álamo y corrió junto a su hermano. Pero, en su prisa, dio un resbalón y cayó rodando varios peldaños.

Durante unos minutos a Pam le dolió tanto el tobillo que tuvo que apretar los puños para no llorar. Cuando al fin se levantó y quedó apoyada sobre una pierna, al pie de la escalera, la señora Álamo llegó, caminando a bandazos.



—¿Estás herida, hijita? —preguntó, asustada.

—Me he torcido el tobillo —repuso Pam, al tiempo que se apoyaba con precaución sobre el pie herido, comprobando que podía soportar el peso de su cuerpo.

—Ven y échate a descansar —dijo la señora Álamo, empujando a la niña hacia una habitación que se encontraba en frente de las escaleras.

—No, no. Gracias. Quiero ir con Pete. No será nada.

Pero la señora no le hizo caso y la condujo hasta una cama de hierro, cubierta con una colcha azul.

—Ahora te acuestas aquí, hasta que te sientas mejor —dijo, amablemente, al tiempo que levantaba la colcha de la cama.

Cuando estaba a punto de contestar, Pam se contuvo. El forro de la colcha estaba formado por muchas piezas.

—¡Es una colcha de la amistad! —exclamó y, cojeando, se acercó a la cama.

¡Precisamente en una esquina, con la tinta un poco descolorida, se leía la firma de Paciencia Jones!

—¡Lo hemos encontrado! —gritó la niña—. ¡Señora Álamo, debo llevar esto a Pete ahora mismo!

—Está bien —asintió la señora.

Antes de que pudiera decir nada más, Pam había quitado la colcha y se alejaba, cojeando, al tiempo que murmuraba las gracias y decía adiós.

Al salir de la casa ya estaba Pam muy mejorada de su torcedura y pudo correr colina abajo. Pero no se veía a Pete por ninguna parte.

«Ya debe de haber llegado junto a esos hombres», pensó.

Al dar la vuelta en la curva del camino vio a su hermano, hablando con tres obreros.

—¡Pete! ¡Está aquí! —gritó, corriendo hacia ellos.

Unos momentos después, explicaba, sin aliento, todo lo ocurrido.

El capataz era un hombre fornido, de cabello color zanahoria y risueños ojos azules.

—Me gustaría ayudaros, jovencitos —dijo—. Pero tengo órdenes de colocar cargas de dinamita en el puente y eso es lo que estamos haciendo.

—¡Tanto como hemos trabajado para salvarlo! —dijo Pam, a quien sin querer, se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿No querría usted telefonear y decir que hemos encontrado la firma?

El capataz se ablandó.

—Está bien. Veremos lo que dicen.

Fue a la camioneta, cogió el «walkie-talkie» que estaba sobre el asiento, y habló a través del mismo, durante un rato. Cuando se

volvió a los niños estaba sonriendo.

—Muy bien, princesita —dijo a Pam—. Se me ha ordenado que os lleve a ti y a la colcha a la oficina del ingeniero, en el Ayuntamiento. Creo que al viejo puente aún le queda algo de vida.

—A mí no vas a necesitarme —dijo Pete a su hermana—. Y tengo algo que hacer en casa de la señora Álamo.

El capataz ayudó a Pam a subir al asiento delantero y los demás hombres se acomodaron detrás. Durante un trecho, Pete corrió tras el vehículo, que se dirigía a la ciudad. Al llegar a casa de la señora Álamo, encontró a esta última en el jardín de la parte posterior.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la señora a Pete.

Después de explicárselo todo, Pete pidió permiso para volver a mirar dentro del granero.

—A lo mejor puedo encontrar alguna pista de los hombres que estuvieron aquí —dijo.

La señora estuvo observando, mientras Pete rebuscaba entre la paja y los pesebres, sin encontrar nada. Luego, en un rincón, descubrió una gran caja de cartón. Estaba abierta y dejaba a la vista algunos vestidos.

—Pero ¡si son ropas que yo tenía intención de dar para beneficencia! Alguien las ha sacado fuera —masculló la señora.

—Puede que esos dos forasteros las sacasen para tumbarse encima.

Mientras Pete decía aquello, la señora Álamo remiró los vestidos.

—No puedo asegurar que falte alguno. —De repente, una mirada de sospecha asomó a su rostro—. Esto me recuerda que sí hay algo que falta. ¡Unas cuantas herramientas han desaparecido!

Condujo a Pete hasta un cobertizo que había junto al granero y le mostró la hilera de herramientas que había sobre el banco de carpintero.

—¿Qué es lo que se han llevado? —preguntó Pete.

—Una broca, un escoplo y la sierra.

Pete miró a su alrededor y pudo ver una hilera de botes en una estantería. Uno de los botes de en medio también había desaparecido.

—Sí —asintió la señora—. Ha desaparecido también el bote de

goma laca y algunos pinceles.

—Lo mejor será que informe usted de esto a la policía —dijo Pete. Y cuando se disponía a marchar, aún comentó—: ¿Para qué necesitarían esos hombres pinceles y goma laca?



Mientras regresaba al motel, Pete seguía haciéndose aquella misma pregunta. Cuando pasaba por el molino oyó, repentinamente, un ruido entre las altas hierbas, cerca del agua. Pete se detuvo en seco, con el corazón latiéndole fuertemente. Un momento más tarde oía un chapoteó y veía un cuerpecillo marrón que se alejaba de la orilla.

«¡Un castor! ¡Carambola! Sí que estoy nervioso».

Pete apretó el paso y cruzó el viejo puente. Con un suspiro de alivio salió al otro lado y subió a toda prisa por la colina.

Cerca de la guarida de las marmotas vio la caja de cartón que Ricky y Holly habían dejado. Dentro había comida, pero los animalitos se habían marchado.

Estaba Pete preguntándose qué habría sido de ellos, cuando oyó un ligero campanilleo. Un momento después, una pequeña marmota

sacaba la cabeza por el agujero del nido subterráneo. En su boca llevaba un billete de diez dólares.

LA MITAD DE UN TESORO



Pete miró, atónito, al animal. Luego se agachó, sujetó la marmota y le sacó el billete de la boca. Cuando soltó al animal, éste se metió en la caja de cartón, cercana a su nido.

Pete estaba tan nervioso que apenas se dio cuenta. A toda prisa se arrodilló junto al agujero, metió el brazo y sacó un puñado de papel moneda.

Mudo de asombro, Pete lo estuvo contemplando largo rato. Mezclado con los billetes se veía serrín húmedo.

—No me extraña que la marmota grande no pudiera entrar —dijo al fin, Pete, hablando solo—. ¡La entrada está llena de dinero!

Apresuradamente volvió a meter los billetes en el agujero y tapó éste con una gran piedra. Bajó corriendo hasta la vieja iglesia, pero no encontró a nadie allí. Siguió bajando, a toda prisa, hasta la Posada. Allí vio a Holly y Ricky que esperaban en el porche, acompañados de Indy. Su hermana se puso en pie de un salto, diciendo:

—Lo sabemos todo. No nos lo tienes que explicar.

—Habéis encontrado la colcha —añadió Ricky—. Lo sabemos porque el alcalde ha telefoneado al señor Marshall para que vaya al

Ayuntamiento y por eso…

—¡Escuchad! —le interrumpió Pete—. ¡Acabo de encontrar el dinero robado!

Sin dar tiempo a que los otros dijesen nada, empezó a contar los detalles de su descubrimiento. Cuando terminó, Indy entró a toda prisa para telefonear a la policía.

Quince minutos más tarde llegaba un grupo de hombres de la policía, provistos de picos y palas. Todos se pusieron en camino detrás de Pete. El muchachito les condujo hasta el nido de las marmotas y quitó la piedra. Indy, Ricky y Holly contemplaron, atónitos, cómo el jefe de policía se inclinaba y empezaba a sacar dinero.

Los oficiales cavaron con los picos alrededor del agujero y Ricky encontró un gran palo con el que estuvo ayudándoles. Uno de los policías esperaba cerca, con un gran saco preparado. Él e Indy iban llevando la cuenta de dinero que caía dentro. Seguían apareciendo billetes y billetes, a medida que los otros cavaban la tierra.

De repente, uno de ellos anunció:

—¡Hay otro agujero aquí, jefe!

Holly y Pete acudieron a ver.

—Debe de ser la salida del nido de las marmotas —dijo Pete.

Algunos hombres se acercaron y excavaron por aquel trecho. De repente, se oyó un fuerte silbido. Por el agujero asomaron la marmota madre y sus pequeñuelos.

—¡Huy! ¡Están asustados! —exclamó Holly, apenada.

Recogió la caja de cartón y la colocó cerca de los animalitos. Todos salieron y se acurrucaron en un rincón de la caja. Detrás de todos iba «Cojito».

Los oficiales continuaron horadando. Había corrido la noticia del descubrimiento por todo Foxboro, y la gente se iba amontonando alrededor del nido de marmotas, para observar. Pete descubrió entre el grupo a Wally y le llamó.

Viendo al hijo del tendero que corría hacia Pete, Ricky acudió a su lado. Le seguía Holly, que llevaba en su mano a «Cojito».

Cuando Wally contempló el contenido del saco, sus orejas se movieron vertiginosamente, arriba y abajo.

—¡Grandes sapos saltarines! —exclamó—. ¿Y por qué los

ladrones esconderían el dinero bajo tierra?

—Tendrían miedo de no poder escapar llevándolo encima —razonó Pete—. Como hay un cordón de policía alrededor de esta zona…

El jefe de policía, un hombre robusto, de cabello gris, que estaba cerca de los niños, comentó:

—Tienes razón. Hay patrullas de policía incluso en el río, en motoras.

—Pero si los ladrones robaron una embarcación en alguna parte, han podido escapar entre los campos inundados.

—Eso es cierto —dijo el policía—. Pero hemos recorrido el área varias veces. ¿Dónde podían estar escondidos esos hombres?

—¿No podría ser en el viejo molino? —apuntó Pete.

El policía movió negativamente la cabeza.

—Mis hombres lo han registrado centímetro a centímetro. Es uno de los lugares en donde primero se buscó.

Mientras hablaba, sus ojos contemplaban el nido de las marmotas que iba quedando destruido. Muchos de los hombres habían dejado de cavar. Uno de ellos se acercó y dijo:

—Creo que hemos encontrado todos los billetes que estaban escondidos ahí, jefe.

—Pero todavía falta dinero —informó el oficial que cuidaba del saco.

—No hay más que la mitad de lo que robaron —informó Indy.

—Pues no tendríamos ni eso, de no ser por Pete Hollister —dijo el jefe—. Eres muy observador, muchachito.

Los otros niños aplaudieron, muy contentos y orgullosos de Pete. El jefe de policía miró a los dos hermanos pequeños, comentando:

—Y vosotros fuisteis los descubridores del mapa. Sois unos buenos detectives.

Ricky se puso muy encarnado, de placer, y Holly no hizo más que mirar fijamente al animalito que tenía en las manos.

—Estamos muy contentos de que hayan encontrado el dinero —dijo al fin—. Pero ahora las marmotitas no tienen casa…

—Puede cavarse un nido en cualquier otra parte —contestó Indy—. Ahora, lo mejor será que os despidáis de ellos.

—¡Oh! ¿No puedo tenerle un ratito más? —suplicó Holly.

Indy movió negativamente la cabeza.

—No creo que el propietario del motel quiera en su casa una caja de cartón llena de marmotas.



Holly puso una carita muy tristona y rozó con su mejilla el cuerpecito suave de la marmota coja.

—Seguro que el señor Marshall nos dejará tenerlas en su granero —opinó Ricky—. Como Pete y yo le llevamos la carreta de bueyes llena de turistas…

—Podemos dejar allí las marmotas, cuando pasemos en la furgoneta —opinó Pete—. Y luego iremos a recoger a Pam al Ayuntamiento.

Media hora más tarde, los Hollister, Wally e Indy se encontraban con Pam y el director del museo, que salían del Ayuntamiento. Antes de que Pete tuviera tiempo de hablarle de las marmotas, el señor Marshall le cogió una mano y se la estrechó con afecto.

—Tengo que daros las gracias —dijo—. Habéis salvado mi puente.

—¡La firma del testamento de Paciencia Jones es la misma que hay en la colcha! —informó Pam, muy feliz—. Eso quiere decir que el testamento es verdadero y que el señor Marshall puede comprar

el puente.

—Ya he pagado y hecho los trámites. Mañana empezarán los trabajos —dijo el director del museo—. En cuanto sea posible, el puente será trasladado al museo.

—¡Estupendo! —exclamó Holly.

Y antes de que nadie más hablara, Ricky dio la noticia del dinero que Pete había encontrado.

Pam aplaudió, diciendo:

—Éste ha sido un día de sorpresas.

El señor Marshall sonrió y posó una mano en la cabeza de Ricky.

—Habéis sido todos muy útiles —dijo—. Quisiera poder hacer algo por vosotros.

Holly aprovechó el momento para decir:

—¿No podríamos dejar las marmotas en el granero de usted, hasta que volvamos a casa?

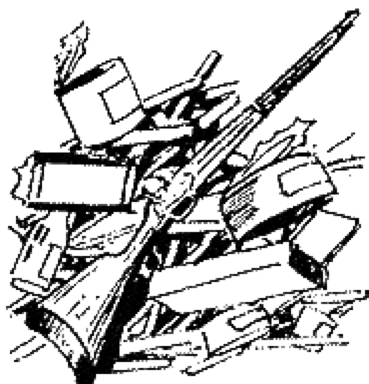
El director del museo sonrió.

—Jovencita, puedes llevar hasta un elefante, si lo deseas —dijo.

Cuando terminó el día y los Hollister se metieron en la cama, Pam estaba tan nerviosa que no podía dormir. No hacía más que pensar y pensar en el misterio del indio robado y del dinero desaparecido. Era medianoche cuando la niña empezó a adormilarse, preguntándose dónde estarían escondidos los asaltantes del tren. De repente se despertó, sobresaltada.

¡Alguien estaba llamando a la puerta!

SECRETO EN EL MOLINO



Pam se sentó en la cama y quedó escuchando. Otra vez sonó el golpeteo en la puerta. ¿Quién podría ser?

Pam se puso las zapatillas y corrió a mirar por la ventana. No había luna y la noche era tan negra como la tinta. Pam no pudo ver nada.

Holly, que también se había despertado, cuchicheó:

—¿Vas a abrir la puerta?

Llamaron de nuevo.

—Llama a los chicos y diles que no hagan ruido; no vayan a despertar a Sue.

Cuando volvió Holly con sus hermanos, los golpes en la puerta eran más fuertes.

—¿Quién es? —preguntó Pete, mientras se ajustaba la bata.

—Soy Zuzu —contestó una vocecilla.

Pete abrió inmediatamente y la pequeña entró. Iba vestida con un albornoz rojo y un camisón larguísimo que le tapaba hasta las zapatillas blancas.

—¡Zuzu! Pero ¿qué haces levantada, a estas horas? —preguntó Pam.

—Has hecho muy mal viniendo —reprendió Holly—. ¿Y si se despierta tu mamá y se encuentra con que no estás? Además, ¿no estás asustada?

—Un poquito —confesó Zuzu—, pero tengo algo importante que deciros.

—¿Qué es? —preguntó Pete.

—Me desperté hace un rato, porque el perro de al lado ladraba. Fui a la ventana, miré y… ¿Sabéis lo que vi?

—¿Qué? —preguntaron los Hollister, todos a un tiempo.

Los ojos de Zuzu chispearon, mientras la niña tomaba aliento para proseguir:

—Vi a dos hombres pasando por la calle.

—¿Sólo eso? —rezongó Holly.



—No. Es que llevaban a otro hombre. Uno lo sujetaba por la cabeza y el otro por los pies. Y se metieron en las tierras del museo.

—¡Demonios guisados! —exclamó Ricky—. ¡Otra mentirota gorda!

Pam ladeó la cabeza y miró fijamente a la pequeña.

—Zuzu, ¿estás segura de que eso que dices es verdad?

—Claro que sí. ¿No os lo creéis?

Los Hollister miraron a Zuzu muy poco convencidos.

—A lo mejor todo son imaginaciones tuyas —declaró Holly.

—No, no —aseguró la otra niña—. He visto a esos hombres. Y he venido en seguida a decíroslo para poder ser detective, como sois

vosotros. Tenéis que creerme.

Pete sacudió la cabeza y dijo:

—Vamos, Zuzu. Pam y yo té acompañaremos a casa.

A Zuzu le tembló la barbilla y empezaron a resbalarle lágrimas por las mejillas.

—Yo quiero ser detective —dijo, sollozando, mientras Pam la acompañaba a la puerta.

Cuando Pete y las dos niñas llegaron al pie de la colina, Zuzu había dejado de llorar. Pam encontró un pañuelo de celulosa en su bolsillo y enjugó los ojos de la pequeña.

—Nos gustaría creerte, hijita —dijo Pam—, pero te inventas tantas historias…

Sin contestar, la niña se metió en su casa.

A la mañana siguiente, los forasteros durmieron hasta muy tarde. Mientras desayunaban buñuelos en la cafetería, hablaron a Emmy, Indy y Sue de la visita nocturna.

—Esa historia de Zuzu es difícil de creer —admitió Indy.

Acababan de pedir todos una segunda ración de buñuelos cuando la puerta de la cafetería se abrió y entró el señor Marshall.

—Supuse que os encontraría aquí —dijo—. Estoy deseando daros la noticia. ¡El Amigo de los Colonos ha vuelto! —El director del museo miró las caras de sorpresa de todos y se echó a reír—. Estaba allí, en el porche de la Posada. No me preguntéis cómo ha llegado. ¡Todo lo que sé es que ese indio no anda!

Inmediatamente Pam dejó su tenedor y se puso en pie.

—¡Zuzu decía la verdad! —exclamó—. Vio a los hombres que transportaban al indio.

En pocas palabras explicó Indy al señor Marshall a qué se refería Pam.

—Emmy, ¿puedo marcharme ahora? —pidió la niña—. Quiero pedir disculpas a Zuzu.

—Será mejor que vayamos todos —opinó Ricky, ceñudo.

Los Hollister encontraron a la niña en el patio posterior. Pam le contó lo que había ocurrido y todos le pidieron disculpas por no haberla creído.

—Ya sé que todo es culpa mía —dijo Zuzu—. Nunca más volveré a inventarme cosas.

—¿Viste anoche alguna otra cosa que no nos hayas dicho? —preguntó Pete.

Después de pensar unos momentos, Zuzu dijo:

—Los hombres llevaban un farol.

—¿Recuerdas algo más sobre ellos? —insistió Pam.

—No —contestó la pequeña, que salió dando saltitos, junto a Pam, cuando los Hollister se marchaban, para decirles adiós desde la puerta.

En la tienda, los jóvenes detectives encontraron a Wally sacudiendo las estanterías con un largo plumero. Su padre estaba despachando, detrás del mostrador.

Cuando Pete dio a Wally la noticia sobre el Amigo de los Colonos, el cliente que estaba comprando se volvió a mirar a los niños. Era el capataz de pelo color zanahoria.

—¿Qué? ¿Cómo está mi princesita hoy? —preguntó a Pam. Y sin esperar contestación, añadió—: Hoy tenemos que ocuparnos de reforzar el puente. Pero ahora he venido a comprar un farol. Alguien robó el que colocamos sobre el letrero de aviso.

—¿Cuándo? —preguntó Pete.

—Anoche.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Los dos hombres que devolvieron el indio al museo llevaban un farol. ¡Apuesto algo a que lo robaron en el puente!

—Y el puente está cerca del molino —añadió Pam, pensativa—. Todavía tengo sospechas sobre esas ruinas. Zuzu dijo que los ladrones estaban allí. Puede que dijera la verdad.

—¿Crees que los ladrones se esconden en el molino? —preguntó Ricky.

Fue Pete quien contestó:

—No sé, pero hay algo raro allí. Voy a registrar aquella zona.

Wally pidió permiso a su padre para ir con los Hollister. A los pocos minutos, los cinco niños corrían por la colina, hacia el motel.

Aunque no compartía sus esperanzas de encontrar nada en el molino, Indy se avino a llevarles en la furgoneta. Pete cogió la linterna y todos se instalaron en el vehículo. De camino, Indy dejó a Emmy, Sue y «Negrito» en el museo.

—Os recogeremos al volver —prometió.

Cuando estuvieron cerca del molino, Pete propuso que aparcaran y se acercasen, sigilosamente, a pie. Indy dejó el vehículo a un lado del camino y todos bajaron. Pete abría la marcha del grupo que se movía en silencio, entre los árboles, hacia una pared lateral del molino. Al llegar a un trecho pantanoso, lleno de hierba, Pete ordenó un alto.

Ante ellos se levantaba el ruinoso edificio, sombreado por los árboles. Sus muros de piedra recibían la fuerte luz del sol, en algunos trechos. Nadie se movía. Los niños escucharon atentamente. No se oía más que el murmullo del río y el canto de los pájaros.

A media voz, Pete dio instrucciones a Holly, Ricky y Wally para que hiciesen guardia en la entrada del molino.

—Silbad, si alguien llega. Pam y yo vamos a entrar.

—Yo me quedaré en la puerta —dijo Indy, sonriendo—. Buena suerte.

Pete y Pam encontraron entornada la puerta, que rechinó cuando la empujó Pete. Los dos hermanos penetraron en una fría habitación que no tenía más que una ventana. En una esquina había una escalera. Subiendo por ella se podía llegar al piso alto, o al sótano, bajando.

—Voy a bajar —decidió Pete.

Cuando iba a sacar la linterna, su hermana le agarró por un brazo.

—¡Mira! —dijo, señalando una pila de escombros.



¡Entre ellos asomaba el desaparecido rifle de «Parche»!

Rápidamente los niños buscaron entre el montón de desperdicios, donde había mucho serrín y taquitos de madera. Pete y Pam encontraron un bote vacío de goma laca, pinceles, un berbiquí, una sierra y un escoplo.

—¡Esto es lo que los ladrones del tren robaron en casa de la señora Álamo! —cuchicheó Pete con voz ronca.

—Entonces, deben de ser los mismos que robaron el indio —calculó Pam, que un momento después contenía una exclamación—. ¡Pete! ¡Creo que ya sé dónde está el resto del dinero!

Pam cogió de la mano a Pete, que sostenía el rifle, y los dos salieron del molino. En seguida contaron a los otros lo que habían visto.

—Bien. Y ¿dónde está el dinero? —preguntó Indy.

—Lo tiene el Amigo de los Colonos.

—¿Quieres decir, Pam, que los ladrones habrán vaciado el interior de madera del indio para meter dentro el dinero? —preguntó Indy.

—Espero que lo hayas adivinado —declaró Wally, sacudiendo las orejas más que nunca.

—Vayamos de prisa al museo, para comprobarlo —apremió Indy, tan animado como los niños—. Además, avisaré a la policía. Querrán registrar nuevamente el molino.

—Bien. Wally, Pam y yo nos quedaremos de vigilantes hasta que llegue la policía —decidió Pete—. Podría ser que los ladrones volvieran.

—Recordad que no podéis enfrentaros a ellos —les advirtió Indy—. Si ellos vinieran, vosotros huid.

Después que Ricky, Holly e Indy se marcharon con el rifle, Pete dijo:

—Me gustaría echar un vistazo al sótano. Podemos explorar, mientras esperamos.

Mientras entraban, silenciosamente, en el molino, los niños podían oír los gritos de los hombres que trabajaban en el puente viejo. Pete empujó la rechinante puerta y todos entraron.

—Dejad la puerta igual que la hemos encontrado —advirtió Pete a Pam y mientras ella la empujaba, hasta cerrarla casi por completo, los goznes volvieron a rechinar.

—¿Qué hay arriba? —preguntó Wally.

—Vayamos a mirar —propuso Pam.

Los tres amigos subieron las escaleras y entraron en un cuarto que estaba ocupado casi completamente por una gran piedra de moler. De repente, abajo sonaron ruidos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pam.

—Puede que una rata —dijo Wally, y Pam se estremeció.

Pete avanzó el primero hacia la puerta y todos miraron hacia abajo. De pronto Pam dio un grito de alarma. ¡Trepando por la ventana había una mujer gordísima con un sombrero feo y viejo!

—¡Deténgase! —gritó Pete.

La mujer se estremeció, sobresaltada, se echó una mano al sombrero y desapareció.

—¡Hay que seguirla! —decidió Pete.

Los niños bajaron las escaleras a toda prisa y salieron del molino a tiempo de ver que la mujer fugitiva corría hacia el puente.

—¡Allí hay otra! —advirtió Wally.

Otra silueta de largas faldas estaba llegando al camión de los obreros. La mujer gorda de delante saltó por encima de unas piedras y se aferró furiosamente el vestido.

¡Estaba cayendo dinero de su ropa!

—¡Son los ladrones! —advirtió Pete.

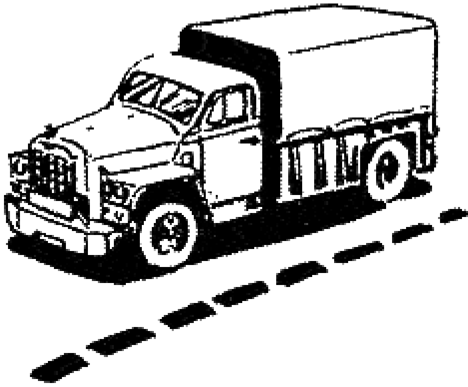
Los niños estaban a punto de alcanzar al ladrón disfrazado, cuando éste saltó al camión.

El motor se puso en marcha.

—¡Deténganse! —ordenó Pete, parándose delante del vehículo.

Pero, en lugar de detenerse, el camión emprendió la marcha.

BRIBONES DISFRAZADOS



Pete dio un salto a un lado, y el camión pasó rugiendo junto a él. Todos los niños corrieron por el camino, detrás del vehículo. En el Camino del Molino Viejo se detuvieron, mirando, desalentados, como el vehículo se alejaba a toda prisa hacia Foxboro. En ese momento apareció un coche azul que marchaba en la misma dirección.

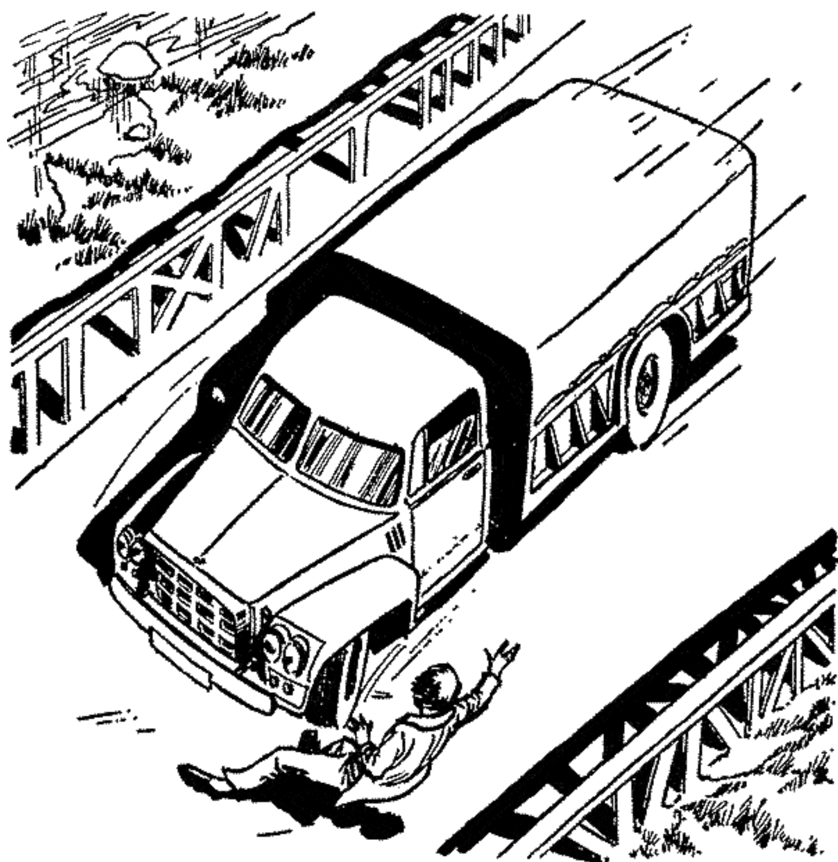
Pete, Pam y Wally corrieron hacia el vehículo, moviendo desesperadamente las manos. El joven conductor se acercó, preguntando:

—¿Qué pasa?

—Tenemos que detener ese camión —dijo Pete—. ¡Dentro van los asaltantes del tren!

Por un momento, el conductor estuvo indeciso. No sabía si creerles o no. Pero, después de mirarles a la cara, dijo:

—Muy bien. Subid.



Y mientras él conducía a toda velocidad por el Camino del Puente Viejo, los niños le contaron lo que había sucedido.

—¡Les estamos ganando! —exclamó Pete, mientras penetraban en el puente moderno.

Cuando llegaron a Foxboro, el joven conductor detuvo el coche junto al bordillo.

—Sal en seguida y vete a avisar a la policía —dijo a Wally—. Nosotros seguimos adelante.

Wally saltó a tierra y el coche siguió avanzando. Al llegar a las afueras de la ciudad, el coche azul se encontraba detrás del camión.

De repente el camión se desvió a un lado del camino para ir a detenerse junto al elevador. El coche azul hizo otro tanto. Los ladrones saltaron del camión y, recogiéndose los vuelos de sus faldas, corrieron hacia el telesilla. Los niños corrieron tras ellos.

De un fuerte empujón, Pete hizo caer al primero de los hombres. El segundo tropezó y cayó sobre ellos. Mientras este último luchaba por librarse, Pam tiró del ala de su sombrero, haciendo que le cayese sobre los ojos. La extraña dama tropezó en el dobladillo de su vestido y volvió a caer. Cuando los ladrones consiguieron levantarse, el conductor había salido del coche azul y muchos espectadores habían acudido a ver lo que ocurría. Llegaron dos coches de la policía y de ellos bajaron Wally y media docena de policías.

A toda prisa, los oficiales pusieron las esposas a los ladrones y el jefe de policía les arrancó de la cabeza los extravagantes sombreros. Los dos prisioneros eran hombres altos y fornidos. Uno de ellos tenía la nariz larga y el cabello amarillento. El otro era más achaparrado y llevaba el negro cabello cortado a cepillo.



—Tienen el dinero escondido en los vestidos —dijo Pam—. Se les cayeron unos billetes mientras bajaban la colina. —Mientras les sacaban de los bolsillos grandes fajos de dinero, Pam añadió—: Estoy segura de que el dinero que falta se encontrará en la figura india.

—¿Qué decís a eso? —preguntó, muy severo, el jefe de policía a los dos detenidos.

Pero ellos, frunciendo el ceño, se negaron a decir nada.

Pete se dirigió al policía, diciendo:

—Si nos lleva usted a la Posada de la Diligencia, creo que podremos demostrárselo.

—Vayamos —decidió el policía.

Él y los niños dieron las gracias al conductor por su ayuda y, después de un rápido viaje en coche, llegaron a la Posada. Los Hollister entraron corriendo en la Sala de los Indios, seguidos por los oficiales y los detenidos.

Tendieron en el suelo al Amigo de los Colonos y entre Indy y Ricky empezaron a sacar de la base de la escultura puñados de billetes. Holly, Emmy y el señor Marshall observaban. Delante estaba Sue, con la marmota «Cojito» en sus manos. «Negrito» ladraba, enfurecido, a los policías.

Siguió una confusión de preguntas y respuestas, todas ellas a un tiempo. Cuando volvió a hacerse el silencio, los dos ladrones estaban muy pálidos.

El de la nariz larga parpadeaba, nervioso.

—Hablaré —dijo.

Y con gran nerviosismo confesó que eran una banda de seis hombres. Habían llegado primero dos a Foxboro, hicieron un mapa de la zona y lo escondieron en la habitación del motel. Luego marcharon a Canadá para decidir un lugar donde ocultarse.

—Después de eso, Harry y yo vinimos con otros dos de la banda. Nos hospedamos en el mismo motel, y estudiamos el mapa que nos habían preparado.

—Gracias a estos niños, ya lo sabemos todo —dijo el jefe de policía.

—Nosotros encontramos el mapa —anunció Holly.

El hombre de pelo negro miró con ojos centelleantes a su compañero.

—Creí que lo habías sacado del somier, Al —mascullό.

—Yo creí que lo habías sacado tú —contestó el narigudo.

—Buscamos la pista de todos los que se hospedaron en el motel, hasta localizar a sus cómplices —explicó el jefe de policía—. Todos han sido detenidos esta mañana, en el Canadá.

Harry dio un gruñido.

—Todo ha sido culpa tuya, Al —masculló, y explicó que su

compañero se había herido el pie, durante el asalto, y no pudo saltar al coche con los demás—. Yo tuve que ayudarle a esconderse en el molino.

—Los compañeros que dibujaron el mapa, dispusieron un escondite en el sótano, por si fracasaba el plan de huida —explicó Al—. Teníamos latas de conservas, maletas para el dinero, una linterna y hasta un aparato de radio.

—Pero la policía buscó en el molino —dijo Wally.

—Nos imaginamos que lo harían —replicó Harry—. De modo que dejamos todo escondido entre las altas hierbas de debajo del puente y después que la policía registró el molino, nos trasladamos a él.

—Al cabo de dos días, mi pie estuvo mucho mejor, pero decidimos quedarnos hasta que se hubiera desistido del cordón policial. Entonces oímos, por radio, que iba a registrarse nuevamente el área. Queríamos marchar, pero no habríamos podido pasar ante la policía con el botín.

—Así que decidieron esconder el dinero en el indio de madera —adivinó Pete.

El ladrón del cabello negro cabeceó, asintiendo.

—¿Y cómo pudieron cargar con estas figuras tan pesadas? —preguntó el señor Marshall.

—¡Uff! ¡Qué rato tan malo pasamos con ellas! —murmuró Al.

Y explicó que las arrastraron, de una en una, hasta la iglesia, luego las bajaron rodando, por la ladera de la colina y cruzaron con ellas el puente, hasta el molino.

—Y después, la inundación —se lamentó Harry—. Agarramos las dos sacas de dinero y salimos, para salvar la vida.

—Nosotros encontramos un trozo de harpillera en el granero de la señora Álamo —dijo Pete.

—Se me enganchó a mí en un clavo, cuando subíamos al altillo —explicó Al—. Antes de irnos de allí metimos el dinero en las maletas, y lo que no cupo allí, en la saca impermeable.

—Luego robaron los vestidos y las herramientas a la señora Álamo —añadió Pete.

Al asintió.

—Nuestro plan era llegar al molino cuando bajasen las aguas,

hacer unas cavidades en los indios y esconder el dinero. Yo tuve la idea de los disfraces.

—Pero encontramos una motora a la deriva y decidimos huir en seguida.



—Eso es lo que Pete pensó que querrían hacer —sonrió Ricky.

Harry arrugó el ceño.

—Pero no lo hicimos. El agua se retiró demasiado pronto. Nos estancamos y tuvimos que volver al molino.

—Entonces nos encontramos con que el agua había arrastrado lejos uno de los indios de madera.

—Y como todo el dinero no cabía en un solo indio, metieron una mitad en el nido de las marmotas —completó Pam.

—Sí. ¿Cómo lo sabéis?

—También fueron los niños quienes lo descubrieron —informó el policía.

Antes de que los ladrones pudieran hablar, Pam preguntó:

—¿Por qué no llevaron al indio al museo por el atajo?

—Lo intentamos, pero no pudimos subir por la colina de detrás

de la iglesia. Estaba demasiado fangosa y resbalábamos —contestó Harry.

—Tardamos horas en llegar. Creí que se me iban a romper los brazos. Y para que todo fuese peor, perdimos la linterna en el lodo —se quejó Al.

—Por eso robaron el farol del puente —indicó Pete.

El ladrón miró, atónito, al chico.

—¿También sabes eso?

El jefe de policía sonrió.

—Estos amiguitos también descubrieron el escondite del molino. Ahora está allí un grupo de registro.

—¡Chiquillos impertinentes! —exclamó Harry—. Les oímos andar husmeando por allí, esta mañana, mientras nos disfrazábamos. Cuando ellos se marcharon empezamos a subir las escaleras, pero los críos volvieron.

—Sí. Nosotros saltamos por la ventana. No oímos rechinar la puerta —añadió Al.

—Todo habría salido bien, de no ser por ellos —se lamentó Harry—. Nosotros vimos cómo te caía un madero en la cabeza.

—Y no podíamos permitir que un chiquillo se quedase allí, inconsciente. Por eso te llevamos al camino. Pensamos que ese accidente te dejaría asustado.

—Pero no te desanimaste —se lamentó Harry.

Después que se hubieron llevado a los detenidos, Pete tomó el taco de madera, redondeado, que Indy había sacado de la base del Amigo de los Colonos. Con cuidado lo puso en su lugar. Luego, ayudado por Indy, levantó la figura.

—Ahora enviaremos las medidas al señor Fritz y le explicaremos que este indio ha tenido una emocionante aventura.

—Y «Parche» también —recordó Holly, haciendo una caricia al terrible «Parche», que volvía a empuñar su rifle.

—Y ahora ya podemos volver a Shoreham —dijo Emmy, sonriente—. Y las marmotitas, a su casa.



Sue levantó en alto a la marmotita coja, para notificar:

—Ya se le está curando la pata.

—Le quitaré las tablillas —dijo Pam. Y después que ella lo hubo hecho, Holly le quitó la esquila.

—Se la daremos a «Morro Blanco» —decidió.

Ricky alargó la mano hacia el señor Marshall, diciendo:

—Nos hemos divertido de lo lindo resolviendo su misterio, señor.

El director del museo sonrió:

—Habéis hecho un gran trabajo y siempre consideraré esto como «vuestro» misterio.

—No, no —protestó Sue—. Será el misterio de las marmotas, porque ellas han «incontrado» el dinero.

Mientras los demás reían, alegremente, Sue levantó a la altura de su cara a la marmota coja y la besó en el morrito.